MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN

CABALLERO LADRÓN



Una nueva edición del libro que recoge los nueve primeros relatos del carismático ladrón de guante blanco.

Tan popular y emblemático como Sherlock Holmes o acaso más, Arsène Lupin es un personaje inolvidable convertido ya en leyenda. Experto en derecho y medicina, diestro en artes marciales, además de prestidigitador y auténtico seductor. Lupin es un héroe de los bajos fondos a quien nadie gana en sagacidad.

Maurice Leblanc

Arsène Lupin, caballero ladrón

Arsenio Lupin - 1

ePub r1.0
Titivillus 04.11.2021

Título original: *Arsène Lupin, gentleman-cambrioleur*
Maurice Leblanc, 1907
Traducción: Zulema Couso & Antonio Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


«*Arsène Lupin solo permanece en la cárcel el tiempo que le plazca y ni un minuto más*»

1

LA DETENCIÓN DE ARSÈNE LUPIN

¡Qué viaje tan extraño! ¡Con lo bien que había comenzado! Por mi parte, jamás me había embarcado en una travesía con tan buenos presagios. El *Provence* era un trasatlántico rápido, cómodo y capitaneado por un hombre de lo más amable. A bordo viajaba la flor y nata de la sociedad, que pasaba el tiempo de la manera más agradable, entablando relaciones e improvisando maneras de divertirse. Disfrutábamos de la extraña sensación de estar apartados del mundo, a solas con nosotros mismos, como si nos encontráramos en una isla desconocida y no nos quedara otra opción que relacionarnos.

Y así hicimos.

¿Alguien se ha parado a considerar lo original e imprevisto de semejante reunión de personas? Un grupo que ni siquiera se conocía la víspera pero que ahora, durante unos días, entre el cielo infinito y el inmenso mar, se veía obligado a vivir la experiencia más íntima, a desafiar la cólera del océano, el aterrador ataque de las olas, la crueldad de las tempestades y la calma traicionera del agua adormecida. En el fondo, no es sino una especie de trágico resumen de la propia vida, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y tal vez por eso se devora con ganas y prisa febril ese corto viaje del cual se divisa el fin desde el mismo momento en que se inicia.

Sin embargo, en los últimos años, se había incorporado una nueva sensación a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante sigue unida a ese mundo del cual nos creíamos liberados. Perdura un lazo, que se desata poco a poco en pleno océano, y poco a poco también se vuelve a anudar. ¡El telégrafo!, que llama desde otro universo y a través del cual llegan noticias de la forma más misteriosa que existe. Nuestra imaginación es incapaz de evocar los cables por los que se desliza el mensaje invisible. El misterio es más insondable y también más poético, y hay que recurrir a las alas del viento para explicar este nuevo milagro.

Durante el primer día de viaje, sentimos que nos seguía, que nos escoltaba, incluso que nos precedía esa voz lejana que, de vez en cuando, nos susurraba a alguno de nosotros unas palabras llegadas de un mundo lejano. Dos amigos se comunicaron conmigo. Otros diez, tal vez veinte, nos enviaron a todos, a través del espacio, palabras de despedida tristes o alegres.

Pero el segundo día, a ochocientos kilómetros de la costa francesa, durante una tarde de tormenta, el telégrafo transmitió el siguiente comunicado:

> *Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R…*

En ese preciso momento, un violento trueno estalló y atravesó el cielo sombrío. Las ondas eléctricas se cortaron. El resto del comunicado no llegó. Del nombre bajo el cual Arsène Lupin se ocultaba solo sabíamos la inicial.

De haberse tratado de otra noticia, no dudo en absoluto que el operador telegráfico y los oficiales de la embarcación habrían guardado escrupulosamente el secreto. Pero hay acontecimientos que escapan de la discreción más rigurosa. Aquella misma noche, sin que nadie pudiera explicar cómo la noticia se había propagado, todos los pasajeros sabíamos que el famoso Arsène Lupin se escondía entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El ladrón invisible cuyas proezas ocupaban las páginas de los periódicos desde hacía meses! El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard, nuestro detective más astuto, había entablado aquel duelo implacable que se desarrollaba de la manera más pintoresca. Arsène Lupin, el elegante caballero que operaba solo en castillos y salones, y que una noche había entrado en la residencia del barón Schormann, para salir con las manos vacías después de haber dejado su tarjeta en la que había garabateado las siguientes palabras: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos». Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces, que tan pronto aparecía como chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, comerciante marsellés, médico ruso ¡o incluso torero español!

Hay que entenderlo bien: Arsène Lupin, campando a sus anchas por el espacio limitado de un trasatlántico. ¡Qué digo! Por el pequeño rincón que constituye la primera clase de un barco, donde todos nos encontramos a cada momento, en este comedor, en este salón, en esta sala de fumadores. Quizá, Arsène Lupin era aquel señor. O aquel otro. O mi vecino de mesa. O mi compañero de camarote.

—Y esta situación se prolongará todavía durante cinco días —exclamó a la mañana siguiente la señorita Nelly Underdown—. ¡Es intolerable! Confío en que lo detendrán. —Y entonces, dirigiéndose a mí, añadió—: *Monsieur* Andrésy, usted tiene muy buena relación con el capitán, ¿seguro que no sabe nada?

¡Hubiera deseado tanto saber algo, aunque solo fuera por agradar a la señorita Nelly! Era una de esas criaturas magníficas que, estén donde estén, llaman inevitablemente la atención. Deslumbran tanto por su belleza como por su fortuna, y tienen una corte de fervientes y entusiastas admiradores.

Educada en París bajo el cuidado de una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el millonario Underdown, de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, *lady* Jerland.

Desde el primer momento en que la vi, había decidido iniciar un coqueteo con ella. Pero, en la rápida intimidad del viaje, sus encantos causaron tal impresión en mí que, turbado, me sentí incapaz de seducirla cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, mis halagos gozaban de su favor. Se dignaba a reírse con mis frases ingeniosas y mostraba interés en mis anécdotas. Al parecer, respondía con cierta simpatía a la buena disposición que le demostraba.

Sin embargo, un rival me inquietaba: un joven guapo, elegante, reservado, cuyo carácter taciturno ella parecía preferir a mi frivolidad parisina.

Precisamente, dicho joven se encontraba entre el grupo de admiradores que rodeaban a la señorita Nelly en el momento de dirigirme la pregunta anterior. Estábamos en el puente, cómodamente instalados en mecedoras. La tormenta de la noche anterior había despejado el cielo y ahora hacía un tiempo delicioso.

—No sé nada con exactitud, *mademoiselle* —le respondí—. Pero ¿acaso no podemos investigar nosotros mismos igual de bien que lo haría el viejo Ganimard, enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh! Eso son palabras mayores.

—En absoluto. ¿Cree que es un asunto complicado?

—Muy complicado.

—Eso es porque olvida que contamos con varias pistas para resolverlo.

—¿Qué pistas?

—Primero, Lupin se hace llamar señor R…

—No es un dato demasiado preciso que digamos.

—Segundo, viaja solo.

—Si eso bastara…

—Tercero, es rubio.

—¿Y bien?

—Pues que lo único que tenemos que hacer es consultar la lista de pasajeros y proceder por descarte.

Llevaba dicha lista en el bolsillo, así que la saqué y me puse a examinarla.

—En primer lugar, solo hay trece personas cuyos nombres comienzan con la letra R.

—¿Solo trece?

—Sí, en primera clase, sí. Y de esos trece señores R…, como podéis comprobar, a nueve de ellos los acompañan esposas, niños o sirvientes. Lo que nos deja con cuatro personas que viajan solas: el marqués de Raverdan…

—Lo conozco. Es el secretario de la embajada —interrumpió la señorita Nelly.

—El comandante Rawson…

—Es mi tío —comentó alguien.

—El señor Rivolta…

—Presente —exclamó alguien entre nosotros, un italiano cuyo rostro estaba oculto bajo una barba de un hermoso color negro.

La señorita Nelly se echó a reír.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —continué—, nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que el culpable es el último de la lista.

—¿Es decir?

—Es decir, el señor Rozaine. ¿Alguien de ustedes conoce al señor Rozaine?

Nadie contestó. Pero la señorita Nelly se volvió hacia el joven taciturno cuyas atenciones hacia ella me atormentaban y le dijo:

—Y bien, *monsieur* Rozaine, ¿por qué no responde?

Todos nos volvimos hacia él. Era rubio.

Debo confesar que sentí un pequeño sobresalto. Y el molesto silencio que cayó sobre nosotros indicaba que los otros asistentes a aquella escena también sintieron esa misma angustia. Sin embargo, la idea era absurda, porque no había nada que levantara ninguna sospecha en el porte de aquel caballero.

—¿Que por qué no respondo? —dijo—. Pues porque, teniendo en cuenta como me llamo, que viajo solo y el color de mi pelo, he llegado a la misma conclusión que ustedes. Opino que deberían arrestarme.

Tenía un aspecto extraño al pronunciar esas palabras. Sus labios, delgados como dos trazos inflexibles, se afinaron todavía más y palidecieron. Sus ojos

estaban veteados por unos hilillos de sangre.

Por supuesto, estaba bromeando, pero su apariencia y actitud nos impresionaron.

—Le falta la herida del brazo —comentó la señorita Nelly, ingenuamente.

—Es cierto, me falta la herida —contestó él.

Con un gesto nervioso, se subió la manga y nos mostró el brazo. Sin embargo, enseguida me di cuenta de algo. La señorita Nelly y yo intercambiamos una mirada: el hombre había enseñado el brazo izquierdo.

Estaba a punto de comentarlo cuando otro incidente desvió nuestra atención. *Lady* Jerland, la amiga de la señorita Nelly, llegó corriendo en ese preciso instante.

Estaba visiblemente alterada. Nos apiñamos a su alrededor y, con gran esfuerzo, logró balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas! ¡Se lo han llevado todo!

Pero no, no se lo habían llevado todo, como pronto descubrimos. El ladrón había actuado de manera muy curiosa: ¡se había llevado solo una selección!

La estrella de diamantes, el colgante con incrustaciones de rubí, las pulseras y los collares rotos conservaban las piedras más grandes, pero les habían quitado las más finas y preciosas, aquellas de mayor valor y que ocupaban menor espacio. Las monturas seguían sobre la mesa. Allí las vi, como todos, despojadas de sus joyas como si fueran flores con los hermosos pétalos de colores arrancados.

Y para cometer semejante robo durante la hora en que *lady* Jerland tomaba el té, en pleno día y en un pasillo muy concurrido, había sido preciso forzar la puerta del camarote, buscar una pequeña bolsa escondida en el fondo de una sombrerera, abrirla y hacer la selección.

El grito fue unánime entre nosotros. Todos los pasajeros llegaron inmediatamente a la misma conclusión en cuanto al robo: era obra de Arsène Lupin. Y con razón, pues ese era su *modus operandi*, complicado, misterioso, inconcebible…, pero lógico, al fin y al cabo; puesto que, de haberse llevado todas las joyas, le habría resultado difícil ocultar el gran volumen del botín pero si se llevaba solo las pequeñas piedras por separado —perlas, esmeraldas, zafiros—, el problema disminuía considerablemente.

A la hora de la cena, los asientos a la derecha y a la izquierda de Rozaine permanecieron vacíos. Durante la noche nos enteramos de que el capitán había requerido su presencia.

Su detención, algo que nadie ponía en duda, produjo un verdadero alivio. Por fin respirábamos tranquilos. Aquella noche retomamos los juegos. Bailamos. La señorita Nelly especialmente dio muestras de una alegría arrolladora que me convenció de que, si en un principio las atenciones de Rozaine le habían resultado gratas, ya estaban olvidadas. Su gracia acabó de conquistarme. Hacia la medianoche, bajo la serena claridad de la luna, le declaré mi devoción con un ardor que no pareció desagradarle.

Pero al día siguiente, ante la estupefacción general, nos enteramos de que los indicios contra Rozaine no eran suficientes y de que había quedado en libertad.

Había presentado documentos completamente en regla que demostraban que era hijo de un importante comerciante de Burdeos. Además, en sus brazos no había ni rastro de ninguna herida.

—¡Papeles! ¡Partidas de nacimiento! ¡Arsène Lupin puede presentar todas las que quieran! —clamaban los enemigos de Rozaine—. Y en cuanto a la herida, lo que ocurre es que en realidad no sufrió ninguna… ¡o bien la marca ha desaparecido!

Se les señaló que, tal como se llegó a demostrar, a la hora del robo Rozaine paseaba por la cubierta, a lo que respondieron:

—¿De verdad creen que un hombre como Arsène Lupin no es capaz de cometer un crimen sin estar presente?

Además, aparte de todas las extrañas circunstancias, quedaba un asunto al que ni siquiera los más escépticos podían responder: ¿qué otra persona, a parte de Rozaine, viajaba sola, tenía el cabello rubio y su nombre comenzaba por R? ¿De quién hablaba el telegrama si no era de él?

Así que cuando Rozaine se dirigió audazmente hacia nuestro grupo poco antes del almuerzo, la señorita Nelly y *lady* Jerland se levantaron de sus asientos y se marcharon, sin duda, presas del miedo.

Una hora más tarde, una circular escrita a mano iba pasando entre la tripulación, los marineros y los viajeros de todas las clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o descubriera a la persona en posesión de las joyas robadas.

—Y si nadie me ayuda a enfrentarme a ese bandido, me las veré con él por mi cuenta —declaró Rozaine al capitán.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según la opinión popular, Arsène Lupin contra Arsène Lupin. ¡El enfrentamiento no carecía de interés!

La situación se prolongó durante dos días.

Se vio a Rozaine deambulando día y noche, mezclándose entre el personal, interrogando, investigando. Por las noches, veíamos su sombra, rondando.

Por su parte, el capitán desplegó también una actividad encomiable. Recorrió el *Provence* de arriba abajo, examinando todos los rincones. Se registraron todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto de que las joyas podrían estar ocultas en cualquier lugar, excepto en la cabina del ladrón.

—Imagino que al final acabarán por descubrir algo, ¿verdad? —me preguntó la señorita Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas desaparezcan.

—Exacto —le respondí—. De lo contrario, habrá que registrar las copas de cada sombrero, el forro de las americanas y todo cuanto llevamos puesto.

Después, al mostrarle mi cámara Kodak, una 9×12 con la que no dejaba de fotografiarla en las poses más variadas, añadí:

—En un aparato no mayor que este se podrían esconder todas las joyas de *lady* Jerland. Bastaría con fingir que se hacen fotos y nadie sospecharía.

—Pero se dice que no existe un ladrón que no deje pista alguna.

—Sí, hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque piensa no solo en el robo, sino también en cualquier circunstancia relacionada que pueda apuntar hacia él.

—Antes se mostraba usted más confiado.

—Sí, pero después lo he visto en acción.

—Entonces, ¿qué piensa?

—Bueno, en mi opinión, creo que estamos perdiendo el tiempo.

Y, de hecho, las pesquisas siguieron sin dar resultado, o más bien el que dieron no se correspondió en absoluto con el esfuerzo general: habían robado el reloj del capitán.

Furioso, el capitán redobló sus esfuerzos y vigiló a Rozaine, al que ya había interrogado varias veces, más de cerca que antes. Al día siguiente, por una graciosa ironía, el reloj apareció entre los cuellos postizos del segundo oficial.

El incidente tenía cierto cariz de prodigio, y demostraba a la perfección el estilo humorístico de Arsène Lupin, ladrón, sí, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, cierto es, pero también para divertirse. La situación recordaba al autor que casi muere de un ataque de risa provocado por su propia obra.

Sin duda estábamos ante un artista en su género, y cada vez que observaba a Rozaine, sombrío y reservado, y pensaba en el doble papel que estaba desempeñando, no podía evitar sentir cierta admiración.

La antepenúltima noche, el oficial de guardia oyó unos gemidos que provenían del lugar más oscuro del puente. Se acercó y encontró a un hombre allí tendido, con la cabeza envuelta en una gruesa bufanda gris y las manos atadas con una delgada cuerda.

Desataron al hombre, lo ayudaron a incorporarse y le ofrecieron los cuidados oportunos.

Era Rozaine, a quien, en una de sus expediciones, habían agredido, atado y robado.

En su ropa, sujeta con un alfiler, una tarjeta de visita en la que rezaban estas palabras:

Arsène Lupin acepta gustoso los diez mil francos
ofrecidos por Rozaine.

Pero la cartera robada contenía veinte mil.

Naturalmente, se acusó al desafortunado de haber simulado el ataque. Pero, aparte del hecho de que no podía haberse atado de esa manera a sí mismo, comprobaron que la caligrafía de la tarjeta era completamente distinta de la de Rozaine y que se asemejaba a la letra de Arsène Lupin conforme aparecía reproducida en un viejo periódico que encontraron a bordo.

Así pues, Rozaine no era Arsène Lupin, sino el hijo de un comerciante de Burdeos y ¡aquel acto terrible confirmaba una vez más la presencia de Arsène Lupin a bordo!

Cundió el pánico. Ya nadie se atrevía a permanecer a solas en su camarote, y mucho menos a aventurarse sin compañía por las zonas menos frecuentadas del barco. Los pasajeros se agrupaban por seguridad y, sin embargo, a pesar de la cercanía física, a los conocidos más íntimos les separaba un sentimiento mutuo de desconfianza. Y es que la amenaza no la presentaba un individuo aislado y, por dicha razón, menos peligroso. En aquel momento Arsène Lupin podía ser… cualquiera, todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía poderes milagrosos e ilimitados. Se le creía capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser en ocasiones el comandante Rawson, en otras el noble marqués de Raverdan, o incluso, pues nadie se limitaba ya a la acusadora inicial del nombre, tal o cual persona conocida por todos, aunque viajara acompañada de su esposa, niños y criados.

Los primeros telegramas no trajeron noticias. Al menos, el capitán no nos comunicó novedad alguna, y tal silencio no resultaba en absoluto tranquilizador.

Por tanto, el último día de viaje se nos hizo interminable. Vivíamos con miedo constante a algún nuevo desastre que, en esta ocasión, ya no se limitaría a un robo, ni a una simple agresión; esta vez sería un crimen, un asesinato. Éramos incapaces de admitir que Arsène Lupin iba a limitarse a aquellos dos robos insignificantes. Dueño absoluto del buque ante la impotencia de las autoridades, podía desear lo que quisiera. Nuestra propiedad y nuestras vidas estaban a su merced.

Confieso que para mí fueron unas horas deliciosas, pues me garantizaron la confianza de la señorita Nelly. Impresionada por los sorprendentes acontecimientos y siendo de naturaleza inquieta, buscó junto a mí una protección y seguridad que yo le ofrecí encantado.

Para mis adentros, le di las gracias a Arsène Lupin. ¿No había sido él el artífice de nuestro acercamiento? Gracias a él, ahora podía dejarme llevar por mis felices sueños de amor, por qué no confesarlo, cada vez menos quiméricos. Aunque los Andrésy son una buena estirpe, su escudo había perdido cierto lustre, y a mí no me parecía indigno que un caballero tuviera en mente recuperar el prestigio de su nombre.

Además, sentía que dichos sueños no molestaban a la señorita Nelly. Sus ojos sonrientes me animaban a darles rienda suelta. La dulzura de su voz me daba esperanzas.

Y hasta el último momento, apoyados sobre la barandilla de la borda, permanecimos el uno junto al otro, mientras que el horizonte de la costa americana se perfilaba ante nosotros.

Se había abandonado la búsqueda del ladrón. Estábamos a la espera. De primera a tercera clase, donde se arremolinaban los emigrantes, todos aguardábamos el momento supremo en el que, finalmente, se explicaría el misterioso enigma. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre y disfraz se ocultaba el famoso ladrón?

Y ese momento supremo llegó. Aunque viviera cien años, nunca olvidaría ni el más mínimo detalle.

—Qué pálida está, señorita Nelly —le dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo casi desmayada.

—Y usted —me respondió ella—, qué cambiado está.

—Es un momento apasionante y me siento muy feliz de poder vivirlo junto a usted. Sé que su recuerdo me acompañará durante mucho tiempo.

No me escuchaba, estaba nerviosa y febril. Bajaron la pasarela pero, antes de que pudiéramos usarla, unos oficiales de aduanas uniformados subieron a bordo.

La señorita Nelly balbuceó:

—No me sorprendería que ahora dijeran que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía.

—Quizá prefirió la muerte a la deshonra y se arrojó al Atlántico para evitar la detención.

—No bromee —me dijo, molesta.

De pronto, me estremecí y, cuando ella me preguntó qué me pasaba, le respondí:

—¿Ve a ese anciano de pequeña estatura al final de la pasarela?

—¿El del paraguas y el redingote de color verde oliva?

—Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el famoso policía que ha jurado atrapar a Arsène Lupin. Ahora entiendo por qué no recibimos noticias de este lado del Atlántico. Ganimard estaba aquí y no le gusta que se ocupen de sus asuntos.

—Entonces, ¿va a detener a Arsène Lupin?

—¿Quién sabe? Al parecer, Ganimard jamás lo ha visto sin maquillar y sin ir disfrazado. Así que, a menos que conozca el nombre bajo el cual se oculta…

—¡Ah! —exclamó ella con esa curiosidad peculiar de las mujeres—. Me encantaría poder ser testigo de su detención.

—Paciencia. Seguro que Arsène Lupin ya sabe que su enemigo le espera. Preferirá salir del barco entre los últimos, cuando los ojos del viejo policía estén ya cansados.

Comenzó el desembarque. Apoyado en su paraguas y con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la multitud que se apretujaba en la pasarela. Noté que un oficial de a bordo, colocado detrás de él, le iba informando de vez en cuando.

El marqués de Raverdan, el comandante Rawson y el italiano Rivolta desfilaron, entre otros. Y entonces vi que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! Todavía no parecía repuesto de sus desventuras.

—Podría ser perfectamente él —comentó la señorita Nelly—. ¿Qué piensa usted?

—Creo que sería muy interesante tener a Ganimard y a Rozaine en la misma foto. Coja la cámara, voy demasiado cargado.

Le di la cámara, pero demasiado tarde para que la usara. Rozaine ya había pasado junto al detective. El oficial susurró algo al oído de Ganimard, quien se encogió ligeramente de hombros, y Rozaine pasó.

Dios mío, entonces, ¿quién era Arsène Lupin?

—¿Quién puede ser? —preguntó ella en voz alta.

Ya no quedaban más de veinte personas a bordo. Los observó uno por uno, atentamente, temiendo que Arsène Lupin no estuviera entre ellos.

—No podemos esperar mucho más —le dije.

Ella se adelantó y yo la seguí. Sin embargo, no habíamos dado ni diez pasos cuando Ganimard se interpuso en nuestro camino y nos impidió continuar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un momento, señor. ¿Qué prisa tiene?

—Acompaño a la señorita.

—Un momento —repitió, en tono autoritario.

Me observó detenidamente y luego, clavando sus ojos en los míos, me dijo:

—Arsène Lupin, ¿verdad?

Me eché a reír.

—No, Bernard d’Andrésy.

—Bernard d’Andrésy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d’Andrésy estuviera muerto, no estaría aquí. Pero no es el caso. Aquí están mis papeles.

—Sí, son los papeles de Andrésy, pero será un placer para mí explicarle cómo han llegado a su poder.

—Pero ¿qué locura es esta? Arsène Lupin navega bajo el nombre de R.

—Sí, otro de sus trucos, una pista falsa para despistar. Eres muy listo, muchacho, pero esta vez la suerte se ha puesto en tu contra. Venga, Lupin, demuéstranos que te lo puedes tomar con deportividad.

Dudé un momento. Después me propinó un fuerte golpe en el brazo derecho y lancé un grito de dolor. Me había dado en la herida todavía sin curar que mencionaba el telegrama.

No quedaba otra opción que resignarse. Me di la vuelta hacia la señorita Nelly. Lo había oído todo y estaba lívida, vacilante.

Su mirada se encontró con la mía, luego la bajó hacia la cámara de fotos que le había entregado. Hizo un gesto brusco y tuve la sensación de que acababa de entenderlo todo. Sí, allí estaban, entre los estrechos pliegues del cuero negro y granulado, entre los huecos de aquel pequeño objeto que había

tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me detuviera, allí se escondían los veinte mil francos de Rozaine y las perlas y los diamantes de *lady* Jerland.

Juro que en ese momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus agentes me rodearon, todo me era indiferente; mi detención, la hostilidad de los demás, todo, excepto una cosa: la decisión que tomaría la señorita Nelly con respecto a lo que le acababa de confiar.

No tenía duda alguna de que era una prueba material y concluyente, pero ¿decidiría la señorita Nelly presentarla?

¿Me traicionaría? ¿Procedería como un enemigo que no perdona o bien como una mujer con recuerdos cuyo desprecio se ve suavizado por sentimientos de indulgencia y por una simpatía involuntaria?

Pasó ante mí. Yo la saludé sin una palabra. Avanzó por la pasarela y se confundió con los otros pasajeros, con mi Kodak en la mano.

«Sin duda —pensé—, no se atreve, no públicamente. La entregará en una hora, en un instante».

Pero, al llegar a mitad de la pasarela, con un movimiento torpe y mal disimulado, dejó caer la cámara al agua entre la embarcación y el muelle.

Luego la vi alejarse.

Su bella silueta se mezcló con la multitud, apareció y desapareció de nuevo por última vez. Todo había terminado. Para siempre.

Por un instante, me quedé inmóvil, triste y a la vez invadido por una dulce ternura. Después, para gran asombro de Ganimard, suspiré:

—Qué lástima no ser un hombre honesto.

Fue así como, en una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su detención. Los diversos incidentes que plasmaré más tarde han establecido entre nosotros ciertos lazos que podrían considerarse… ¿amistosos? Sí, me atrevería a decir que Arsène Lupin me honra con su amistad y que gracias a esa amistad se presenta a veces en mi casa de improviso, llenando el silencio del gabinete donde trabajaba con su alegría juvenil, con el resplandor de su vida ardiente, con el buen humor de un hombre para quien el destino no guarda más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo describirlo? Lo he visto veinte veces y cada una de ellas era una persona diferente… o, mejor dicho, el mismo ser, pero reflejado en veinte espejos, ofreciendo otras tantas imágenes deformadas, cada una con

sus ojos particulares, sus facciones especiales, su gesto propio, su silueta y su carácter.

—Incluso yo ya no sé ni quién soy —confesó en una ocasión—. No me reconozco frente al espejo.

Genialidad y paradoja, sin duda, pero también verdad para con aquellos que se tropiezan con él y que ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte para maquillarse, sus facultades prodigiosas para transformar hasta las proporciones de su rostro y alterar incluso la relación existente entre sus rasgos.

—¿Por qué debería tener una apariencia definida? —añadió—. ¿Por qué no evitar el peligro de una personalidad que siempre es la misma? Mis actos me definen lo suficiente.

Y, a continuación, con un toque de orgullo, precisó:

—Si nadie puede decir con absoluta certeza «Este es Arsène Lupin», mejor. Lo esencial es que puedan decir sin temor a equivocarse: «Esto es obra de Arsène Lupin».

Son algunos de sus actos, algunas de sus aventuras, lo que trato de reconstruir, de acuerdo a las confidencias que generosamente compartió conmigo varias tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete…

2

ARSÈNE LUPIN EN PRISIÓN

Ningún turista puede considerarse como tal si no conoce las orillas del Sena y si no ha observado, al ir desde las ruinas de Jumièges a las de Saint-Wandrille, el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, que se erige con orgullo en mitad del río. Un puente arqueado lo conecta con la orilla. La base de sus sombrías torres se confunde con el granito que la sostiene, un bloque de piedra tan enorme que parece que se haya desprendido de alguna montaña y haya aterrizado allí tras una gran explosión. A su alrededor, las tranquilas aguas del gran río juegan pacíficamente entre las cañas y las aves lavanderas tiemblan sobre las piedras húmedas.

La historia del castillo de Malaquis es igual de tormentosa que su nombre, igual de dura que su silueta. Ha sido testigo de combates, asedios, asaltos, violaciones y masacres. En la región de Caux, durante las veladas, la gente narra con estremecimiento los crímenes allí cometidos y se cuentan misteriosas leyendas, como la del famoso túnel que antes conducía a la abadía de Jumièges y a la mansión de Agnès Sorel, amante de Carlos VII.

En este antiguo refugio de héroes y bandidos habita el barón Nathan Cahorn, o el barón Satán, como se lo conocía anteriormente en la Bolsa, donde amasó fortuna con increíble rapidez. Los señores del castillo de Malaquis, arruinados, se vieron obligados a sacrificar la mansión de sus antepasados y el barón almacenó allí sus admirables colecciones de muebles, cuadros, loza fina y maderas talladas. Vive solo, asistido por tres viejos sirvientes. Jamás entra nadie. Jamás nadie ha visto en sus antiguas salas los tres Rubens que posee, sus dos Watteau, su púlpito de Jean Goujon y los muchos otros tesoros arrancados a los más ricos en subastas públicas a golpe de billetes.

El barón Satán vive con miedo, no tanto por su persona, sino por los tesoros acumulados con una pasión implacable y con la perspicacia de un *amateur*, tanto que ni el comerciante más astuto puede jactarse de haberlo

inducido jamás a error. Los adora. Los ama intensamente, como un avaro; celosamente, como un amante.

Cada día, al ponerse el sol, las cuatro puertas de hierro forjado a ambos extremos del puente y la entrada a la corte de honor se cierran a cal y canto. Al menor impacto, sonarían unos timbres eléctricos que harían vibrar el silencio. Por el lado del Sena, nada hay que temer: la roca se alza abrupta.

Un viernes de septiembre el cartero se presentó como de costumbre en el extremo del puente y, como de costumbre, el propio barón abrió la pesada hoja de la puerta.

Escudriñó al hombre minuciosamente, como si fuera un extraño, pese a que conocía la cara honesta y los ojos parpadeantes del cartero desde hacía muchos años.

—Soy el de siempre, señor barón, y no otro que se ha puesto mi camisa y mi gorra —le dijo el hombre con una sonrisa.

—Nunca se sabe —murmuró Cahorn.

El cartero le entregó un fajo de periódicos y añadió:

—Señor barón, le traigo algo nuevo.

—¿Algo nuevo?

—Sí, una carta certificada.

Al vivir como un recluso, sin amigos ni nadie que se interesara por él, el barón nunca recibía correspondencia. Aquella situación no podía ser sino un mal presagio que despertó su sospecha y su desconfianza. ¿Quién era el misterioso remitente que se atrevía a perturbar la tranquilidad de su retiro?

—Tiene usted que firmar, señor barón.

Firmó, mascullando. A continuación, cogió la carta, esperó a que el cartero doblara el recodo del camino y, tras deambular nervioso arriba y abajo, se apoyó contra el parapeto del puente y rasgó el sobre. Contenía una hoja de papel cuadriculado, y en él, escritas a mano, las siguientes palabras: «Prisión de La Santé, París». Miró la firma: «Arsène Lupin». Estupefacto, leyó:

> *Señor barón*:
>
> *En la galería que une sus dos salones hay un cuadro de Philippe de Champaigne de exquisito acabado que me encanta. También me gustan sus Rubens, así como el más pequeño de sus Watteau. Del salón de la derecha, destaco el aparador de Luis XIII, los tapices de Beauvais, el velador estilo imperio firmado por Jacob y el cofre renacentista. En el de la izquierda, la vitrina de las joyas y de las miniaturas.*
>
> *Por ahora, me conformo con estos objetos, que se pueden retirar con comodidad. Así que le ruego los embale adecuadamente y los envíe a mi nombre (a porte pagado) a la estación ferroviaria de Batignolles, antes de las ocho. De lo contrario, me veré obligado a proceder a su traslado yo mismo durante la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre. Y, obviamente, no me contentaré con los objetos mencionados anteriormente.*

Le ruego acepte mis disculpas por cualquier inconveniente que le pueda causar. Le transmito mi más sincera consideración.

Arsène Lupin

P. D.: Por favor, no me envíe el Watteau más grande. Ya sé que ha pagado treinta mil francos por él en la casa de subastas, pero es una copia, pues el original lo quemó Barras en una orgía durante el Directorio. Consulte las Memorias inéditas de Garat.

Tampoco me interesa la châtelaine *Luis XV. Dudo de su autenticidad.*

La carta alteró profundamente al barón Cahorn. Se habría alarmado con cualquier otra firma, pero aquella ¡estaba firmada por el mismísimo Arsène Lupin!

Como lector habitual de los periódicos, estaba al corriente de lo que acontecía en el mundo en lo que respectaba a robos y crímenes y, por lo tanto, conocía bien las hazañas del infernal ladrón. Por supuesto, sabía también que Lupin, a quien su enemigo Ganimard arrestó en América, se hallaba actualmente preso, a la espera de ser procesado… ¡y con qué condena! Sin embargo, también sabía que se podía esperar cualquier cosa de Arsène Lupin. Además, tales conocimientos del castillo, de la ubicación de los cuadros y de los muebles era de lo más alarmante. ¿Quién le había proporcionado esa información de cosas que nadie había visto jamás?

El barón levantó la vista y contempló la silueta arisca del Malaquis, su pedestal abrupto, el agua profunda que lo rodeaba, y se encogió de hombros. No, sin duda, no había peligro alguno. Nadie en el mundo podía forzar la entrada al santuario que albergaba sus tesoros inestimables.

Nadie, quizá, pero ¿y Arsène Lupin? ¿Acaso existen las puertas, las murallas o los puentes levadizos para Arsène Lupin? ¿De qué sirven los obstáculos más formidables que uno pueda imaginar o las mayores precauciones cuando Arsène Lupin se propone una fechoría?

Aquella misma noche escribió al procurador de la República en Ruan. Le adjuntó la carta con las amenazas y le pidió su ayuda y protección.

La respuesta no tardó en llegar. El mencionado Arsène Lupin se encontraba detenido en la prisión de La Santé, bajo estricta vigilancia y sin la posibilidad de escribir una carta de ese tipo, la cual, sin duda, era obra de algún impostor. Tanto la lógica como el buen sentido apuntaban a aquella versión de los hechos. Sin embargo, como medida de precaución, la carta había sido examinada por un experto en caligrafía quien declaró que, pese a ciertas semejanzas, la escritura no era la del recluso.

Las palabras «pese a ciertas semejanzas» se grabaron en la mente del barón, pues en ellas leyó la posibilidad de una duda que le parecía motivo suficiente para justificar la intervención de la ley. Sus temores aumentaron.

Leyó la carta una y otra vez. «Me veré obligado proceder a su traslado yo mismo». ¡Y aquella fecha exacta: «la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre»!

Atormentado por las sospechas y apesadumbrado, el barón no se había atrevido a comentar el asunto con sus criados, cuya devoción no le parecía de lo más sólida. Sin embargo, por primera vez en muchos años, sentía la necesidad de hablar, de buscar consejo. Abandonado por la justicia de su país, y sintiéndose incapaz de defenderse por sus propios medios, estuvo a punto de ir a París para contratar los servicios de algún viejo policía.

Transcurrieron dos días. Y al tercero, se llenó de esperanza y alegría al leer el periódico. El *Réveil de Caudebec* había publicado lo siguiente:

> Tenemos el placer de contar con la presencia en nuestra ciudad desde hace casi tres semanas del detective en jefe Ganimard, uno de los miembros más veteranos de nuestra Policía Nacional, la Sûreté. El señor Ganimard, cuya última proeza, la captura de Arsène Lupin, le ha valido la fama en toda Europa, se recupera de la ardua tarea pescando carpas y gobios.

¡Ganimard! ¡He aquí la ayuda que necesitaba el barón Cahorn! ¿Quién podría desbaratar los planes de Arsène Lupin mejor que Ganimard, el paciente y astuto detective?

El barón no lo dudó. La ciudad de Caudebec estaba a solo seis kilómetros del castillo, poca distancia para un hombre que aceleraba el paso animado por la esperanza.

Después de varios intentos infructuosos de averiguar la dirección del detective, el barón visitó la oficina del *Réveil*, situada en el muelle. Allí encontró al redactor del artículo, quien se acercó a la ventana y le dijo:

—¿Ganimard? Lo encontrará en el muelle, caña de pescar en mano. Fue allí donde yo también lo encontré, y la casualidad hizo que viera su nombre grabado en la caña. Mire, es aquel señor de ahí, bajo los árboles del paseo.

—¿El del redingote y el sombrero de paja?

—Exacto. Es un tipo extraño y un tanto rudo, de pocas palabras.

Cinco minutos después, el barón se acercaba al famoso Ganimard. Se presentó y trató de entablar conversación. Al no conseguirlo, abordó con franqueza el verdadero motivo de su presencia y le contó brevemente su caso.

El otro escuchó, inmóvil, sin apartar la vista del agua. Cuando el barón terminó de relatar su historia, el pescador se volvió, lo miró de arriba abajo con profunda compasión, y dijo:

—Señor, los ladrones no tienen la costumbre de prevenir a quienes están a punto de robar. En concreto, Arsène Lupin no cometería tal insensatez.

—Pero…

—Señor, si tuviera la menor duda, el placer de capturar de nuevo a Arsène Lupin me haría olvidar cualquier otra consideración. Desafortunadamente, el joven se encuentra entre rejas.

—¿Y si hubiera escapado?

—Nadie se escapa de La Santé.

—Pero él…

—Él es igual que los demás.

—Pero…

—Si se escapa, mejor que mejor. Volveré a capturarlo. Mientras tanto, duerma usted tranquilo. Y ahora basta. Está usted asustando a los peces.

La conversación había terminado. El barón regresó al castillo, aliviado hasta cierto punto por la indiferencia de Ganimard. Comprobó las cerraduras, espió a los criados y durante las siguientes cuarenta y ocho horas casi se convenció de que sus temores eran infundados. No, era evidente; como había dicho Ganimard, los ladrones no advierten a aquellos que están a punto de robar.

Se acercaba el fatídico día. La mañana del martes, víspera del 27, no hubo nada de particular. Sin embargo, a las tres en punto, un chico trajo un telegrama.

No ha llegado ninguna mercancía a la estación de Batignolles. Prepárelo todo para mañana por la noche. Arsène.

El telegrama provocó en el barón tal estado de pánico que incluso consideró ceder a las demandas de Arsène Lupin.

Se marchó a Caudebec a toda prisa. Encontró a Ganimard pescando en el mismo lugar, sentado en un taburete. Sin mediar palabra, le tendió el telegrama.

—¿Y qué? —preguntó el inspector.

—¿Cómo que «Y qué»? ¡Es mañana!

—¿El qué?

—¡El robo! ¡El saqueo de mis colecciones!

Ganimard dejó a un lado la caña, se volvió hacia él y, cruzando los brazos sobre el pecho, exclamó con impaciencia:

—¿Cree que me voy a preocupar por una historia tan absurda como esa?

—¿Qué precio pone para pasar la noche del 27 al 28 de septiembre en el castillo?

—Ni un céntimo. Ahora, déjeme en paz.

—Fije un precio. Soy extremadamente rico y puedo pagarlo.

La brutalidad de la oferta desconcertó tanto a Ganimard que respondió tranquilamente:

—Estoy de vacaciones, no tengo derecho a meterme en…

—No se enterará nadie. Me comprometo a guardar el secreto, pase lo que pase.

—¡Oh! No ocurrirá nada.

—Muy bien, pues veámoslo. ¿Tres mil francos serán suficientes?

El inspector dio una calada al tabaco y, después de un momento de reflexión, dijo:

—Hecho. Pero debo advertirle que está tirando su dinero.

—Me da igual.

—En ese caso… Además, al fin y al cabo, ¡nunca se sabe con ese diablo de Lupin! Puede que tenga a una panda de ladrones a su servicio. ¿Confía en sus criados?

—Mi confianza en…

—Entonces, mejor no contar con ellos. Enviaré un telegrama a dos de mis hombres para que nos ayuden, es más seguro. Y, ahora, márchese. Es mejor que no nos vean juntos. Hasta mañana a eso de las nueve.

Al día siguiente, fecha fijada por Arsène Lupin, el barón Cahorn dispuso su arsenal, preparó sus armas y se paseó por el Malaquis. No vio nada, no oyó nada.

Por la noche, a las ocho y media, despachó a sus criados. Sus habitaciones se encontraban en un ala del castillo, en un lugar retirado que daba a la carretera, en el extremo opuesto. Una vez a solas, abrió suavemente las cuatro puertas. Tras un momento, escuchó pasos que se acercaban.

Eran Ganimard y sus ayudantes, dos tipos corpulentos, con manos inmensas y el cuello como un toro. Después de hacer algunas preguntas sobre la disposición de las entradas y las habitaciones, Ganimard cerró y bloqueó con cuidado las puertas a través de las cuales se podía acceder a las estancias amenazadas. Inspeccionó las paredes, levantó los tapices y, finalmente, instaló a sus agentes en la galería central.

—Nada de tonterías, ¿eh? No hemos venido a dormir. A la mínima señal de alarma, abrid las ventanas del patio y llamadme. Prestad atención también al lado que da al río. Diez metros de precipicio no suponen obstáculo para diablos de ese calibre.

Encerró allí a sus agentes, se llevó las llaves y le dijo al barón:

—Y, ahora, a nuestro puesto.

Para pasar la noche, había elegido un pequeño cuarto situado en las gruesas murallas entre las dos puertas principales y que, en el pasado, había sido el cuarto del centinela. Una mirilla se abría sobre el puente y otra sobre el patio. En una esquina se distinguía algo que parecía un pozo.

—Si no me equivoco, señor barón, me dijo que este pozo es la única entrada subterránea al castillo y que lleva cerrado desde tiempos inmemoriales.

—Sí.

—Entonces, a menos que haya alguna otra entrada que solo conozca Arsène Lupin, algo que veo difícil, podemos estar tranquilos.

Colocó tres sillas juntas, se tendió cómodamente sobre ellas, se encendió la pipa y suspiró:

—En realidad, barón, me siento algo avergonzado por aceptar su dinero para llevar a cabo una tarea tan elemental como esta. Cuando se lo cuente al amigo Lupin, se retorcerá de la risa.

Pero el barón no se rio. Atento a cualquier sonido, interrogaba al silencio con creciente inquietud. De vez en cuando, se inclinaba sobre el pozo y lanzaba una mirada ansiosa al agujero.

Dieron las once, las doce, la una.

De repente, agarró el brazo de Ganimard, quien se despertó sobresaltado.

—¿Lo ha oído?

—Sí.

—¿Qué es?

—Mis ronquidos.

—No, no es eso. Escuche.

—¡Ah, sí! Lo oigo perfectamente. Es la bocina de un automóvil.

—¿Entonces?

—Pues que es poco probable que Lupin use un automóvil como ariete para entrar en el castillo. Barón, yo, en su lugar, me iría a dormir como voy a hacer yo otra vez. Buenas noches.

Esa fue la única alarma. Ganimard reanudó su sueño interrumpido y el barón no oyó nada más, excepto los ronquidos regulares de su compañero.

Al amanecer, salieron de la habitación. Una profunda calma, la paz de la mañana a la orilla del agua fresca, reinaba en el castillo. Subieron las

escaleras, con Cahorn radiante de alegría y Ganimard con su habitual temple calmado. Ningún ruido. Nada sospechoso.

—¿Qué le había dicho, barón? En el fondo, no debería haber aceptado su oferta. Me siento avergonzado.

Abrió la puerta y entró en la galería.

Encorvados y con los brazos colgando, los dos agentes dormían en las sillas.

—Por el amor de Dios —gruñó el inspector.

En ese mismo instante, el barón gritó:

—¡Los cuadros! ¡El aparador!

Tartamudeaba sin aliento mientras extendía los brazos hacia los lugares vacíos, hacia las paredes desnudas donde no quedaba nada más que los inútiles clavos y cuerdas. El Watteau había desaparecido. Se habían llevado los Rubens. Los tapices, descolgados. Los armarios, despojados de joyas.

—¡Y mis candelabros Luis XVI! ¡El candelabro del Regente…! Y la Virgen del siglo XII…

Corría de un lugar a otro preso de la más profunda desesperación. Recordaba el precio de compra de cada artículo, contaba las pérdidas sufridas, sumaba las cifras…, todo atropelladamente, con palabras confusas y frases sin acabar. Pataleaba y se estremecía de rabia y de dolor. Actuaba como un hombre arruinado al que no le quedaba más salida que volarse los sesos.

Si algo podría haberlo consolado, hubiese sido la estupefacción de Ganimard. A diferencia del barón, el inspector no se movió. Parecía petrificado, y examinaba su alrededor con la mirada como perdida. ¿Las ventanas? Cerradas. ¿Las cerraduras de las puertas? Intactas. Ni una rotura en el techo. Ningún agujero en el suelo. Todo estaba en perfecto orden. El robo debía haberse llevado a cabo metódicamente, siguiendo un plan lógico e inexorable.

—Arsène Lupin… Arsène Lupin… —murmuraba con aire hundido.

De repente, como movido por la ira, se precipitó sobre sus dos agentes y los sacudió e insultó violentamente. Pero no se despertaron.

—¡Qué diablos! —exclamó—. No será que…

Se inclinó sobre ellos y los examinó de cerca. Dormían, sí, pero su sueño no tenía nada de natural.

—Los han drogado —le dijo al barón.

—Pero ¿quién?

—Fue él, por supuesto, o alguno de sus hombres siguiendo sus órdenes. Este trabajo lleva su sello.

—En ese caso, estoy perdido. No hay nada que hacer.

—Nada.

—Es espantoso, monstruoso.

—Presente una denuncia.

—¿De qué sirve eso?

—¡Hombre, inténtelo! La justicia tiene sus recursos.

—¡Ja, la justicia! Usted mismo es un claro ejemplo de ella. En este preciso momento, aunque podría estar buscando una pista y tratando de descubrir algo, ni siquiera ha movido un dedo.

—¡Descubrir algo con Arsène Lupin! Mi querido barón, Arsène Lupin jamás deja pistas. No deja nada al azar. A veces creo que, en América, se puso en mi camino voluntariamente y me permitió detenerlo.

—Entonces, ¿debo renunciar a mis cuadros, a todo? Se ha llevado las joyas de mi colección. Daría una fortuna por recuperarlas. Si no hay otra manera, que me diga el precio.

Ganimard lo miró atentamente.

—Eso tiene sentido. ¿Lo dice en serio?

—Sí, sí. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—La discutiremos más tarde, si la investigación no tiene éxito. Pero ni una palabra sobre mí si quiere que lo ayude.

Y luego añadió entre dientes:

—Además, no tengo nada de lo que presumir en todo este asunto.

Los dos agentes iban recuperando poco a poco el conocimiento con el aire desconcertado de quien sale de un sueño hipnótico. Abrieron los ojos y miraron a su alrededor con asombro, intentando entender lo sucedido. Cuando Ganimard los interrogó, no se acordaban de nada.

—A alguien habréis tenido que ver…

—No.

—¿No os acordáis?

—No.

—¿Y no habéis bebido nada?

Se lo pensaron un momento y, a continuación, uno de ellos respondió:

—Sí, he bebido un poco de agua.

—¿De esta botella?

—Sí.

—Yo también —añadió el otro.

Ganimard husmeó el interior y la probó. No tenía ningún sabor ni olor particular.

—Vamos, aquí estamos perdiendo el tiempo —dijo—. No se pueden resolver los misterios planteados por Arsène Lupin en cinco minutos. Pero juro que lo atraparé de nuevo. Ha ganado la segunda batalla, pero yo ganaré la guerra.

Ese mismo día, el barón Cahorn presentó una denuncia por robo contra Arsène Lupin, recluso de la prisión de La Santé.

Al ver su castillo invadido por los gendarmes, el procurador, el juez de instrucción, los periodistas y fotógrafos, y por una multitud de curiosos, el barón se arrepintió en numerosas ocasiones de la denuncia contra Lupin.

El asunto pronto se convirtió en tema de apasionada discusión general. Se había producido en tan extrañas circunstancias y el nombre de Arsène Lupin avivaba la imaginación del público hasta tal punto que los periódicos llenaron sus columnas con las historias más fantásticas de sus hazañas y encontraban a lectores que las creían.

El *Écho de France* publicó la carta inicial de Arsène Lupin (nunca se supo cómo la obtuvieron), esa en la que se advertía del robo al barón Cahorn, hecho que causó un gran revuelo. Empezaron a surgir las teorías más rocambolescas e incluso hubo quien recordó la existencia de los famosos túneles. La policía decidió seguir esa línea de investigación.

Registraron el castillo de arriba a abajo, levantaron piedra por piedra, analizaron los entarimados y las chimeneas, los marcos de los espejos y las vigas de los techos. A la luz de las antorchas, examinaron las inmensas bodegas donde los señores de Malaquis solían almacenar las municiones y provisiones. Sondearon las entrañas de la roca. Pero todo fue en vano. No descubrieron ni rastro de túnel alguno. No existía ningún pasaje secreto.

Sin embargo, los cuadros y los muebles no podían haber desaparecido como fantasmas, no dejaba de comentar todo el mundo. Había que sacarlos por puertas y ventanas, y las personas que los cargaban, obviamente, también tenían que haber entrado y salido por puertas y ventanas. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Cómo entraron en el castillo? ¿Y cómo salieron?

La policía de Ruan, ante su impotencia, solicitó la ayuda de la fuerza policial parisina. Dudouis, jefe de la Sûreté, envió a los mejores detectives de su cuerpo especial. Él mismo pasó cuarenta y ocho horas en el castillo. No consiguió sacar nada en claro.

Entonces mandó buscar a Ganimard, cuyos servicios habían resultado tan útiles en anteriores ocasiones cuando todo lo demás había fracasado.

Ganimard escuchó con atención las instrucciones de su superior y luego, negando con la cabeza, dijo:

—En mi opinión, es inútil registrar el castillo. La solución se encuentra fuera.

—¿Dónde?

—En Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin! Para aceptar esa teoría, debemos admitir su intervención en el robo.

—Así es. De hecho, considero que es una posibilidad bastante probable.

—Venga, Ganimard, eso es absurdo. Arsène Lupin está en la cárcel.

—Sí, Arsène Lupin está en la cárcel, vigilado. En eso estoy de acuerdo. Pero, ya puede llevar grilletes en los pies, tener las muñecas atadas con cuerdas y estar amordazado, que seguiré pensando lo mismo.

—¿Y por qué esa obstinación?

—Porque Arsène Lupin es la única persona con suficiente calibre para idear y llevar a cabo un plan de esta magnitud.

—Eso no son más que palabras, Ganimard.

—Es la verdad. No sirve para nada buscar túneles, piedras que esconden puertas y ese tipo de tonterías. Nuestro individuo no emplea métodos tan anticuados. Se trata de alguien de nuestro tiempo, incluso va un paso más allá.

—Entonces, ¿cuál es su conclusión?

—Mi conclusión es que quiero pedirle permiso para pasar una hora con él.

—¿En su celda?

—Sí. Durante el viaje de regreso de América hicimos muy buenas migas y me atrevería a decir que siente cierta simpatía por la persona que logró detenerle. Si puede informarme sin comprometerse, no dudará en hacer que mi visita no sea en vano.

Era mediodía pasado cuando condujeron a Ganimard a la celda de Arsène Lupin. Acostado en la cama, Lupin levantó la cabeza y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, menuda sorpresa ver a mi querido Ganimard!

—El mismo que viste y calza.

—En mi retiro elegido, he deseado muchas cosas…, pero ninguna tanto como recibirte aquí.

—Muy amable de tu parte.

—No, en absoluto. Sabes que te tengo en la más alta estima.

—Me alegro.

—Siempre lo he dicho: Ganimard es nuestro mejor detective y, siendo sincero, es casi tan inteligente como Sherlock Holmes. Siento no poder ofrecerte nada mejor que este taburete. ¡Y ni hablar de refrescos, ni mucho menos una cerveza! Entenderás que estoy de paso.

Ganimard sonrió y se sentó. El prisionero continuó hablando:

—¡Dios mío, cómo me alegro de ver la cara de un hombre honesto! Estoy cansado de las caras de los espías y de los soplones que vienen aquí diez veces al día para registrarme los bolsillos y la celda, y comprobar que no estoy preparando una huida. No te imaginas cómo se interesa el gobierno por mí.

—Tiene sus motivos.

—¡En absoluto! Me encantaría que me dejaran vivir tranquilo.

—Con el dinero de los demás.

—¿Verdad? Sería tan sencillo… Pero, bueno, yo no paro de decir tonterías y tú seguramente tendrás prisa. Vamos al grano, Ganimard. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—El caso Cahorn —respondió Ganimard sin rodeos.

—Un momento. ¡Tengo tantos casos en la cabeza! Concédeme un segundo para encontrar en mi cerebro el expediente del caso Cahorn. ¡Ah! Aquí está. Caso Cahorn, castillo de Malaquis, en el Bajo Sena. Dos Rubens, un Watteau y algunos objetos insignificantes.

—¡Insignificantes!

—¡Desde luego! En verdad, todo es de poca importancia. Hay cosas mucho mejores. Pero me basta saber que el asunto te interesa. ¿En qué puedo ayudarte, Ganimard?

—¿Quieres que te explique en qué punto se encuentra la investigación?

—No será necesario. Ya he leído los periódicos de esta mañana y me atrevería a decir que no se ha avanzado demasiado.

—Y esa es la razón por la que he venido a verte.

—Estoy totalmente a tu servicio.

—En primer lugar, todo este asunto ¿lo has organizado tú?

—De principio a fin.

—¿La carta con el aviso? ¿El telegrama?

—Todos míos. Guardo los recibos en algún sitio.

Arsène abrió el cajón de una mesita de madera blanca que, junto con la cama y el taburete, constituían todos los muebles de la celda, y sacó dos pedazos de papel que entregó a Ganimard.

—¡Ah! —exclamó Ganimard—. Yo creía que estarían vigilando y controlando de cerca cada uno de tus pasos y, sin embargo, lees los periódicos ¡y hasta coleccionas recibos!

—Vamos, Ganimard, aquí son muy estúpidos. Me descosen el forro de la ropa, examinan las suelas de mis zapatos, comprueban las paredes de mi celda, pero no se les ocurre que Arsène Lupin no es tan tonto como para elegir un escondite tan simple. Ya contaba con eso.

—Qué gracioso —exclamó Ganimard, divertido—. Me desconciertas. Venga, cuéntame la aventura.

—Espera, no tan deprisa. Iniciarte en mis secretos…, descubrirte mis trucos… es un asunto muy serio.

—Entonces, ¿me he equivocado al pensar que cuento con tu amabilidad?

—No, Ganimard, y ya que insistes…

Arsène Lupin recorrió la celda dos o tres veces y luego se detuvo.

—¿Qué opinas de mi carta al barón? —preguntó.

—Creo que lo has hecho por diversión, para presumir.

—¡Ja, para presumir! Venga, Ganimard, pensaba que me conocías mejor. ¿De verdad crees que yo, Arsène Lupin, perdería el tiempo en tales banalidades? ¿Crees que habría escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirle? Quiero que entiendas, tú y todo el mundo, que la carta era el punto de partida indispensable, el motor que puso toda la maquinaria en movimiento. Veamos, vayamos por orden y, si lo deseas, preparemos juntos el robo del castillo de Malaquis.

—Te escucho.

—Supongamos que tenemos un castillo cerrado a cal y canto y atrincherado, tal como estaba el del barón Cahorn. ¿Voy a abandonar y renunciar a hacerme con los tesoros que anhelo bajo el pretexto de que el castillo donde se encuentran es inaccesible?

—Evidentemente, no.

—¿Trato de asaltar el castillo liderando una banda como lo hicieron antaño?

—Eso sería una insensatez.

—¿Me cuelo sigilosamente?

—Imposible.

—Pues solo queda una manera, la única en mi opinión. Consiste en conseguir que el dueño de dicho castillo me invite.

—Es, sin duda, un método original.

—¡Y muy sencillo! Supongamos que, un día, el dueño recibe una carta que lo advierte de que un famoso ladrón conocido como Arsène Lupin está pensando en robarle. ¿Qué haría?

—Le enviará la carta al procurador.

—Quien se reirá de él porque «el susodicho Arsène Lupin se encuentra, a día de hoy, entre rejas». Así que, el hombre, preso de la ansiedad y el temor, le pedirá la ayuda al primero que se le presente, ¿verdad?

—Sin lugar a dudas.

—Y si resulta que lee en un periodicucho que un famoso detective está pasando las vacaciones en un pueblo vecino…

—Acudirá a ese policía.

—Tú lo has dicho. Ahora, por otro lado, supongamos que Arsène Lupin, habiendo previsto ese paso inevitable, le haya pedido a uno de sus amigos más hábiles que se instale en Caudebec y se ponga en contacto con un redactor del periódico *Réveil*, al que está suscrito el barón, y le dé a entender a ese redactor que él es el célebre policía. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que el redactor anunciará en el *Réveil* la presencia en Caudebec del mencionado policía.

—Perfecto. Y entonces sucederá una de estas dos cosas: o bien el pez, me refiero a Cahorn, no muerde el anzuelo y entonces no sucede nada, o bien, lo que es más probable, se lo traga entero y corre a ver al policía. Así que ahí tienes al barón Cahorn implorando la ayuda de uno de mis amigos contra mí.

—Esta historia es cada vez más original.

—Por supuesto, al principio, el falso policía se niega a prestarle ayuda. Luego llega el telegrama de Arsène Lupin. El barón, asustado, vuelve a acudir a mi amigo y le ofrece una suma de dinero para que vele por su seguridad. Mi amigo acepta y lleva consigo a dos miembros de nuestra banda, quienes durante la noche, mientras Cahorn está bajo la atenta mirada de su protector, retiran los objetos a través de la ventana y los bajan con cuerdas hasta una bonita lancha fletada para la ocasión. Tan sencillo como el propio Lupin.

—Es ridículamente maravilloso —exclamó Ganimard—. No soy capaz de encontrar elogios suficientes para alabar la audacia del plan y el ingenio de sus detalles. Pero no se me ocurre ningún detective cuyo nombre y fama sean lo bastante ilustres como para atraer al barón y sugestionarlo hasta ese punto.

—Solo hay uno, solo uno.

—¿Quién?

—El más ilustre de todos, el enemigo personal de Arsène Lupin. En definitiva, el inspector Ganimard.

—¡Yo!

—Tú mismo, Ganimard. Y esto es lo mejor de todo: si el barón decide hablar, descubrirás que no te quedará otra que detenerte a ti mismo, igual que hiciste conmigo en América. ¡Ja, qué venganza más cómica: he conseguido que Ganimard arreste al propio Ganimard!

Arsène Lupin se rio con ganas. El detective, muy ofendido, se mordió los labios. La broma no le hacía ni pizca de gracia.

La llegada de un guardia le dio a Ganimard la oportunidad de recomponerse. El hombre traía la comida que Arsène Lupin, por concesión especial, pedía de un restaurante cercano. Tras depositar la bandeja sobre la mesa, el guardia se retiró. Arsène se acomodó, partió el pan, dio dos o tres bocados y continuó:

—Pero, tranquilo, mi querido Ganimard, no irás a Malaquis. Voy a contarte una cosa que te dejará asombrado: el caso Cahorn está a punto de archivarse.

—¿Cómo?

—He dicho que está a punto de archivarse.

—No me engañes, acabo de ver al jefe de la Sûreté.

—¿Y bien? ¿Acaso Dudouis conoce mis asuntos mejor que yo? Debes saber que Ganimard, bueno, perdóname, que el falso Ganimard mantiene una buena relación con el barón. Este último, y esa es la razón principal por la que no ha confesado nada, le ha encargado la muy delicada misión de negociar conmigo una transacción. En este mismo momento, y previo pago de cierta suma, es muy probable que el barón haya recuperado sus queridas bagatelas. A cambio, retirará la denuncia. Por lo tanto, al no haber ningún robo, las autoridades deberán abandonar el caso.

Ganimard observó al detenido con un aire desconcertado.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Acabo de recibir el mensaje que esperaba.

—¿Acabas de recibir un mensaje?

—Hace un momento, querido amigo. Por educación, no quería leerlo en tu presencia. Pero si me lo permites…

—Te estás burlando de mí, Lupin.

—Mi querido amigo, si eres tan amable, casca con cuidado este huevo pasado por agua. Comprobarás con tus propios ojos que no me burlo de ti.

Ganimard obedeció mecánicamente y rompió el huevo con ayuda de la hoja de un cuchillo. Lanzó un grito de sorpresa. La cáscara estaba vacía, excepto por un pequeño pedazo de papel azul. A petición de Arsène, lo desenvolvió. Era un telegrama o, mejor dicho, parte de un telegrama del que se habían eliminado los matasellos. Decía lo siguiente:

Acuerdo cerrado. Cien mil entregados. Todo en orden.

—¿Cien mil?

—Sí, cien mil francos. No es mucho, pero, ya sabes, son tiempos difíciles… ¡Y tengo tantos gastos! Si supieras cuál es mi presupuesto… ¡Es como el de una gran ciudad!

Ganimard se levantó. Su mal humor había desaparecido. Reflexionó por un momento, analizando todo el asunto con la esperanza de descubrir un punto débil. Después, con un tono con el que indicaba claramente su admiración como experto, dijo:

—Menos mal que no existen más hombres como tú. De lo contrario, la policía tendría que cerrar.

Arsène Lupin adoptó un aire un tanto modesto y respondió:

—Bah, uno tiene que distraerse y ocupar sus horas de ocio…, especialmente porque solo podía llevar satisfactoriamente a cabo el golpe estando en prisión.

—¿¡Cómo!? —exclamó Ganimard—. ¿Acaso el juicio, la defensa o la instrucción no son suficiente para distraerte?

—No, porque he decidido no estar presente en mi juicio.

—¿Cómo dices?

Arsène Lupin repitió con calma:

—No estaré presente en mi juicio.

—¿De verdad?

—Mi querido amigo, ¿de verdad crees que voy a pudrirme aquí, sobre la paja mojada? Me insultas. Arsène Lupin solo permanece en la cárcel el tiempo que le plazca y ni un minuto más.

—Quizá hubiera sido más prudente no entrar en un primer momento —objetó el detective en tono irónico.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿No recuerdas quién tuvo el honor de detenerme? Debes saber entonces, mi respetable amigo, que nadie, ni siquiera tú, podría haberme puesto una mano encima si un asunto mucho más importante no hubiera distraído mi atención en aquel instante crítico.

—Me sorprendes.

—Una mujer a la que yo amaba me estaba mirando, Ganimard. ¿Entiendes acaso lo que significa el hecho de que te mire la mujer a la que amas? Te juro que lo que ocurría a mi alrededor carecía de importancia. Y por eso estoy aquí.

—Desde hace mucho tiempo, si me permites el comentario.

—Al principio, quería olvidar. No te rías; fue una aventura encantadora y todavía guardo un buen recuerdo. Además, soy un poco neurasténico. ¡Llevamos un ritmo de vida febril en la actualidad! Es necesario saber cuándo parar y hacer una cura de aislamiento. Este lugar es perfecto para eso. Aquí, las curas se llevan a cabo con gran rigor.

—Arsène Lupin, te estás burlando de mí —comentó Ganimard.

—Ganimard —respondió Lupin—, hoy estamos a viernes. El próximo miércoles iré a fumarme un puro a tu casa, en rue Pergolèse, a las cuatro de la tarde.

—Allí te espero, Arsène Lupin.

Se estrecharon la mano como dos viejos amigos que se respetan y se valoran, y el viejo policía se dirigió hacia la puerta.

—¡Ganimard!

—¿Qué ocurre? —preguntó al volverse.

—Ganimard, se te olvida tu reloj.

—¿Mi reloj?

—Sí, me lo he encontrado en el bolsillo.

Se lo devolvió, disculpándose.

—Perdóname, es una mala costumbre que tengo. Que se hayan llevado el mío no es razón suficiente para que te quite yo el tuyo, sobre todo porque aquí guardo uno del que no me puedo quejar y que responde perfectamente a mis necesidades.

Sacó del cajón un gran reloj de oro, compacto y manejable, con una pesada cadena del mismo metal.

—¿Y eso, de qué bolsillo procede? —preguntó Ganimard.

Arsène Lupin examinó con indiferencia las iniciales grabadas en el reloj.

—«J. B.»… ¿De quién eran estas iniciales? Ah, sí, ya me acuerdo. Jules Bouvier, mi juez de instrucción. Un hombre encantador…

3

LA FUGA DE ARSÈNE LUPIN

Se abrió la puerta de la celda justo cuando, ya terminada la comida, Arsène Lupin admiraba con complacencia el magnífico cigarro con una banda dorada que se había sacado del bolsillo. Al entrar el guardia, apenas le dio tiempo de tirar el puro en el cajón y alejarse de la mesa. Era la hora del ejercicio.

—Te estaba esperando, mi querido amigo —exclamó Lupin, con el buen humor que acostumbraba.

Salieron. Apenas doblaron la esquina del pasillo, dos hombres entraron en la celda y la examinaron de manera minuciosa. Uno era el inspector Dieuzy y el otro, el inspector Folenfant.

Buscaban acabar con el asunto. No cabía lugar a dudas: Arsène Lupin seguía manteniendo la comunicación con sus cómplices en el exterior. La noche anterior, el *Grand Journal* había publicado estas líneas dirigidas a su redactor de temas legales:

> *Monsieur: En un artículo reciente, usted se refirió a mi persona en términos injustificables. Unos días antes del inicio de mi juicio, lo visitaré para rendir cuentas.*
>
> *Saludos cordiales,*
>
> *Arsène Lupin*

Era, indudablemente, la caligrafía de Arsène Lupin, así que estaba claro que enviaba cartas. Y si las enviaba, también las recibía. Por lo tanto, era evidente que preparaba la escapada que había anunciado con tanta arrogancia.

La situación se había vuelto intolerable. En colaboración con el juez de instrucción, el jefe de la Sûreté, Dudouis, acudió en persona a la prisión de La Santé y explicó al director las medidas que convenía adoptar. Al mismo tiempo, envió a dos hombres a examinar la celda del prisionero.

Levantaron cada objeto, deshicieron la cama y siguieron los pasos habituales en tales casos, pero no descubrieron nada. Estaban a punto de abandonar el registro cuando el guardia entró apresuradamente y dijo:

—El cajón, hay que buscar en el cajón de la mesa. Cuando entré en la celda, me dio la impresión de que lo cerraba.

Miraron donde señalaba el funcionario y Dieuzy exclamó:

—¡Cielos, esta vez lo tenemos!

Folenfant lo detuvo.

—Espera un momento. El jefe querrá hacer un inventario.

—Pero, este puro de lujo…

—Deja el habano y avisa al jefe.

Dos minutos más tarde, Dudouis rebuscaba en el contenido del cajón. Primero descubrió un paquete de recortes de periódicos relacionados con Arsène Lupin compilados por *Argus de la Presse*; a continuación, una petaca con tabaco, una pipa, papel cebolla y, por último, dos libros.

Leyó los títulos de los libros. Uno de ellos era la edición inglesa de *El culto al héroe*, de Thomas Carlyle; el otro, un magnífico Elsevier con encuadernación de la época titulado *Manual de Epicteto,* cuya traducción alemana había sido publicada por Leyde en 1634. Al examinar los libros, descubrió que todas las páginas estaban subrayadas y anotadas. ¿Se trataba de marcas específicas o era simplemente reflejo de su pasión por la lectura?

—Tendremos que estudiarlas detalladamente —sugirió Dudouis.

Luego examinó la petaca y la pipa. Finalmente, cogió el famoso puro con la banda dorada.

—¡Pardiez! Nuestro amigo sabe cuidarse: ¡es un Henry Clay!

Con la acción mecánica de un fumador habitual, se colocó el puro cerca del oído y lo apretó, haciéndolo crujir. Y al instante dejó ir una exclamación de sorpresa. El puro había cedido bajo la presión de sus dedos. Lo examinó con mayor atención y enseguida descubrió algo blanco entre las hojas del tabaco. Con delicadeza y la ayuda de un alfiler, sacó un rollo de papel muy delgado, apenas más grueso que un palillo de dientes. Era una nota. La desenrolló y leyó estas palabras, escritas con una letra femenina:

La cesta ha tomado el lugar de la otra. Ocho de diez están preparadas. Al presionar con el pie exterior, la placa se levanta de arriba abajo. De las doce a las dieciséis todos los días, H-P esperará. Pero ¿dónde? Respuesta inmediata. No se preocupe, su amiga vela por usted.

Dudouis reflexionó un momento y luego dijo:

—Está bastante claro: la cesta, las ocho casillas… De doce a dieciséis significa de doce a cuatro en punto.

—Pero ¿y el tal H-P que esperará?

—H-P debe significar automóvil. H-P son las iniciales de *horse power*, caballos de potencia. ¿No se habla así de la potencia de un motor en lenguaje

deportivo? Un veinticuatro H-P es un automóvil de veinticuatro caballos. —A continuación, se levantó y preguntó—: ¿El detenido acababa de comer?

—Sí.

—Y ya que no ha leído el mensaje, tal como demuestra el estado del puro, es probable que acabara de recibirlo.

—¿Cómo?

—En la comida, en el pan o en una patata, ¿qué sé yo?

—Imposible. Solo accedimos a que le trajeran la comida para atraparlo con las manos en la masa, pero nunca hemos encontrado nada.

—Esta noche interrogaremos a Lupin. Por ahora, alejadlo de su celda. Llevaré esto al juez de instrucción. Si comparte mi opinión, fotografiaremos la carta de inmediato y dentro de una hora podrá meter en el cajón, entre el resto de objetos, un cigarro similar a este con el mensaje original. El prisionero no debe sospechar nada.

No sin cierta curiosidad, aquella noche Dudouis regresó a la prisión de La Santé acompañado por el inspector Dieuzy. En un rincón, sobre la estufa, había tres platos apilados.

—¿Ha comido?

—Sí —respondió el director.

—Dieuzy, por favor, corta esos macarrones en pedazos muy pequeños y abre ese trozo de pan. ¿Nada?

—No, jefe.

Dudouis examinó los platos, el tenedor, la cuchara y, finalmente, el cuchillo, un cuchillo reglamentario con la hoja de punta redonda. Giró el mango a la izquierda y después a la derecha. En ese momento, el mango cedió y se desprendió de la hoja. El cuchillo era hueco y escondía una nota de papel.

—Vaya —comentó—, no es un truco muy inteligente para un hombre como Arsène. Pero no perdamos más tiempo. Dieuzy, investigad en el restaurante.

A continuación, leyó la nota:

Confío en ti. H-P seguirá de lejos, todos los días. Yo iré delante. Hasta pronto, querida y admirable amiga.

—Por fin —dijo Dudouis, frotándose las manos—, creo que vamos por buen camino. Con un empujoncito por nuestra parte, la fuga será todo un éxito, al menos lo suficiente para que podamos atrapar a los cómplices.

—¿Y si Arsène Lupin se escapa? —objetó el director.

—Emplearemos a los hombres necesarios para evitarlo. Pero si se muestra más listo de la cuenta… ¡peor para él! En cuanto a su banda, si el jefe se

niega a hablar, lo harán los demás.

Y, de hecho, Arsène Lupin no hablaba mucho. Desde hacía meses, el juez de instrucción Jules Bouvier se esforzaba en vano. Los interrogatorios se habían reducido a charlas carentes de interés entre el juez y el abogado Danval, uno de los más destacados del Colegio, que sabía lo mismo del acusado que cualquiera que pasara por allí.

De vez en cuando, por educación, Arsène Lupin dejaba caer alguna cosa como:

—Pues claro, señor juez, estamos de acuerdo. El robo al banco Crédit Lyonnais, el robo de rue de Babylone, la emisión de billetes falsos, el caso de las pólizas de seguros, los robos en los castillos de Armesnil, Gouret, Imblevain, Groseliers y Malaquis, todo ha sido obra de un servidor.

—Entonces podría explicarme…

—Es inútil, lo confieso todo. Todo y hasta diez veces más cosas de las que no saben nada.

Agotado por la infructuosa tarea, el juez había suspendido los molestos interrogatorios. Sin embargo, tras conocer la existencia de las notas interceptadas, los retomó. Así que, de manera regular, a mediodía, Arsène Lupin era trasladado desde La Santé al centro de detención en el coche de la penitenciaría, junto con un grupo de detenidos. Regresaban hacia las tres o las cuatro de la tarde.

Pero, una tarde, dicho viaje de vuelta se llevó a cabo en condiciones inusuales. No habían interrogado todavía a los otros detenidos de La Santé, así que decidieron llevar primero de regreso a Arsène Lupin. Viajaba solo en el vehículo.

Estas furgonetas penitenciarias, vulgarmente conocidas como «cestas de ensalada», se dividen longitudinalmente por un pasillo central en el que se abren diez compartimentos, cinco a cada lado. Cada compartimento está dispuesto de tal forma que solo se puede ir sentado y, por consiguiente, los cinco prisioneros, además de viajar bastante estrechos, lo hacen separados los unos de los otros por particiones paralelas. Un guardia municipal, de pie en un extremo, vigila el pasillo.

Lo colocaron en la tercera celda de la derecha y el pesado vehículo se puso en marcha. Arsène calculó cuidadosamente cuando salían del Quai de l’Horloge y cuando pasaban ante el Palacio de Justicia. Entonces, al llegar más o menos al centro del puente de Saint-Michel, presionó con el pie derecho la placa metálica que cerraba su celda, como siempre hacía. De

inmediato, algo se activó y la placa de metal se movió de manera imperceptible. Pudo comprobar que iba sentado entre las dos ruedas.

Esperó, siempre alerta. La furgoneta subió lentamente por el bulevar Saint-Michel. En la esquina de Saint-Germain, se detuvo. Un caballo que tiraba de un carro se había desplomado. Con el tráfico interrumpido, enseguida se acumularon numerosos coches y varios ómnibus.

Arsène Lupin echó un vistazo. Otra furgoneta carcelaria se había detenido junto a la que él ocupaba. Levantó la cabeza un poco más, puso un pie en uno de los radios de la rueda y saltó al suelo.

Un cochero lo vio, se echó a reír y luego intentó llamar la atención. Sin embargo, su voz se perdió en el ruido del tráfico que había comenzado a moverse de nuevo. Además, Arsène Lupin ya estaba lejos.

Se había alejado varios metros a la carrera, pero al llegar a la acera de la izquierda, se volvió, miró a su alrededor y tomó aire, como si no supiera todavía qué dirección seguir. Después, decidido, se metió las manos en los bolsillos y, con el aire despreocupado de quien pasea, subió por el bulevar.

Era un día cálido y brillante de otoño, y los cafés estaban llenos. Se sentó en una terraza.

Pidió una jarra de cerveza y un paquete de cigarrillos. Vació el vaso con pequeños sorbos, se fumó un cigarrillo tranquilamente y se encendió un segundo. Finalmente, se levantó y pidió al camarero que llamara al propietario.

Cuando llegó, Arsène le habló en voz alta para que lo escuchara todo el mundo:

—Lo lamento mucho, señor, he olvidado la cartera. Tal vez mi nombre sea lo suficientemente conocido como para que me fíe durante unos días: Arsène Lupin.

El propietario lo miró creyendo que se trataba de alguna broma. Pero Arsène repitió:

—Lupin, prisionero en La Santé, ahora fugitivo. Me atrevo a asumir que el nombre os inspirará una total confianza.

Y se alejó, entre risas, sin que el propietario le reclamara el dinero.

Cruzó la rue Soufflot y tomó la rue Saint Jacques. Siguió su camino con calma, fumando sus cigarrillos y mirando los escaparates de las tiendas. En el bulevar Port-Royal se orientó, preguntó y se dirigió hacia la rue de la Santé. Los altos muros prohibidos de la prisión se elevaban ahora frente a él. Los rodeó, se acercó al guardia que estaba de centinela y se quitó el sombrero.

—Es la prisión de La Santé, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Me gustaría regresar a mi celda. La furgoneta me ha dejado en el camino y no es mi deseo abusar…

—Venga, hombre, vete por donde has venido ¡y que sea rápido! —gruñó el guardia.

—Discúlpeme, pero es que he venido justamente de dentro de esa puerta. Y, si no permite que Arsène Lupin entre en la prisión, lo pagará caro, amigo mío.

—¡Ja, Arsène Lupin! Pero ¿de qué estás hablando?

—Lamento no llevar mi carné —respondió Arsène, fingiendo hurgarse los bolsillos.

El guardia lo miró de arriba abajo, asombrado. Entonces, sin decir una palabra, como si no quisiera hacerlo, llamó. La puerta de hierro se abrió parcialmente.

Unos minutos después, el director de la prisión apareció corriendo, gesticulando y fingiendo sentir una ira violenta. Arsène sonrió.

—Señor director, no es necesario jugar a ese juego conmigo. Se toman la molestia de llevarme solo en la furgoneta, preparan un atasco de lo más oportuno y esperan que corra a reunirme con mis amigos. ¡Ja! ¿Y los veinte agentes de la Sûreté que nos escoltaban a pie, en coche y en bicicleta? Me habrían dejado bueno. No habría salido vivo. ¿O quizá el señor director contaba con eso? —Se encogió de hombros y añadió—: Por favor, les pido que no se preocupen por mí. Cuando quiera escapar, no necesitaré ayuda.

Dos días después, el periódico *Écho de France*, que al parecer se había convertido en el reportero oficial de las hazañas de Arsène Lupin —se decía que era uno de sus principales patrocinadores—, publicó una versión con todo lujo de detalles del intento de fuga. Lo publicaron todo, incluso el texto de los mensajes intercambiados entre el prisionero y su misteriosa amiga, cómo se llevó a cabo dicha correspondencia, la complicidad de la policía, el paseo por el bulevar Saint-Michel y el incidente del café de la rue Soufflot. Sabían que los interrogatorios del inspector Dieuzy a los camareros del café no habían obtenido resultado alguno y, además, desvelaron algo extraordinario, algo que demostró la infinita variedad de recursos de Lupin: la furgoneta penitenciaria en la que lo habían transportado estaba completamente trucada y sus cómplices la habían sustituido por una de las seis furgonetas habituales que prestaban el servicio.

Ya nadie ponía en duda la futura fuga de Arsène Lupin. De hecho, él mismo la anunció en términos categóricos, como demostraba su respuesta al

señor Bouvier un día después del incidente. Cuando el juez se burló de su fracaso, Lupin lo miró con frialdad y le dijo:

—Señor, escúcheme bien y créame cuando le digo que este intento de fuga formaba parte de mi plan final.

—No lo entiendo —se burló el juez.

—No es necesario que lo entienda.

El interrogatorio ocupó las páginas del *Écho de France* y, cuando el juez reanudó su investigación, Arsène Lupin exclamó con cierto hastío:

—Dios mío, ¿de qué sirve todo esto? Todas estas preguntas no tienen ninguna importancia.

—¿Cómo que no tienen importancia?

—Claro que no, porque no estaré presente en mi juicio.

—¿Que no estará…?

—No, ya lo he decidido. Es irrevocable y nada me hará cambiar de opinión.

Tal seguridad, combinada con las indiscreciones inexplicables que Arsène cometía cada día, irritaban y desconcertaban a la justicia. Había secretos que solamente conocía Arsène Lupin y que, en consecuencia, solo él podía revelar. Pero ¿con qué propósito los iba a revelar? ¿Y cómo?

Trasladaron a Arsène Lupin a otra celda. Una noche, lo bajaron a la planta inferior. Por su parte, el juez cerró la instrucción y devolvió el caso a la acusación.

El silencio judicial duró dos meses. Arsène los pasó tumbado sobre su lecho, con el rostro casi siempre hacia la pared. El cambio de celda parecía haberlo desanimado. Incluso se negó a recibir las visitas de su abogado. Apenas intercambió unas cuantas palabras necesarias con los guardas.

Durante los quince días anteriores a su juicio, pareció animarse. Se quejó de falta de aire, así que cada mañana, temprano, se le permitía salir al patio, flanqueado por dos hombres.

Mientras tanto, la curiosidad pública no había disminuido. Todos los días se esperaba leer la noticia de su fuga. Casi se deseaba, tal era la simpatía pública que se había ganado con su palabra, su alegría, su diversidad, su genialidad inventiva y el misterio de su vida. Arsène Lupin debía fugarse. Era su destino inevitable. Incluso sorprendía que estuviera tardando tanto. Todas las mañanas, el comisario de policía preguntaba a su secretario:

—Y bien, ¿todavía no se ha fugado?

—No, señor comisario.

—Mañana, entonces.

El día antes del juicio, un caballero se presentó en las oficinas de un importante periódico, pidió ver al reportero judicial, le lanzó una tarjeta a la cara y se marchó a toda velocidad. En la tarjeta iban escritas las siguientes palabras:

Arsène Lupin siempre cumple sus promesas.

En aquellas condiciones comenzó el juicio.

La afluencia de público fue enorme. Todo el mundo quería ver al famoso Arsène Lupin y saber antes que nadie cómo se mofaría de la justicia. Abogados y magistrados, periodistas y gente de a pie, artistas y mujeres elegantes, toda la sociedad parisina se apretujaba en los bancos de la vista.

Llovía. Fuera hacía un día oscuro, sombrío. No pudieron ver bien a Arsène Lupin cuando los guardias lo llevaron a la sala. Sin embargo, su actitud grave, la manera en que se desplomó sobre el asiento, su inmovilidad indiferente y pasiva, no hablaban demasiado en su favor. Su abogado, uno de los asistentes de Danval que consideraba indigno el papel que le habían otorgado, le dirigió varias veces la palabra. Lupin simplemente movía la cabeza sin decir nada.

El secretario del tribunal leyó el acta de acusación y luego habló el juez:

—Acusado, póngase de pie. Díganos su nombre, apellidos, edad y profesión.

Al no recibir respuesta, el juez repitió:

—Su nombre. Le he preguntado su nombre.

Una voz pastosa y cansada articuló:

—Baudru, Désiré.

Un murmullo de sorpresa invadió el tribunal. Pero el juez continuó.

—¿Baudru, Désiré? ¡Ah, un nuevo alias! Bien, bien. Dado que es uno más de los muchos nombres que ha usado y que sin duda es tan imaginario como los demás, nos quedaremos con el nombre de Arsène Lupin, bajo el que es usted más conocido.

El juez consultó sus notas y continuó:

—Porque, a pesar de todas las investigaciones llevadas a cabo, nos ha resultado imposible reconstruir su identidad. Presenta usted un caso único en nuestra sociedad moderna: el de no tener pasado. No sabemos quién es, de dónde viene, dónde nació ni dónde se crio. En suma, un misterio. Aparece hace tres años de la nada, procedente no se sabe de dónde, y se presenta como Arsène Lupin, es decir, una extraña combinación de inteligencia y perversión, de inmoralidad y generosidad. La información que poseemos sobre usted

previa a dicha fecha no son más que suposiciones. Es probable que el llamado Rostat, que trabajó hace ocho años con Dickson, el prestidigitador, no fuera otro que Arsène Lupin. También es probable que el estudiante ruso que frecuentaba hace seis años el laboratorio del doctor Altier, en el hospital Saint-Louis, y que a menudo asombraba al médico con sus ingeniosas hipótesis sobre materia bacteriológica y con sus audaces experimentos en enfermedades de la piel, no fuera otro que Arsène Lupin. También es probable que Arsène Lupin fuera el maestro de lucha japonés que se estableció en París mucho antes de que aquí conociésemos el *jiu-jitsu*. Tenemos motivos para creer que Arsène Lupin fue el ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cobró los diez mil francos y desapareció para siempre. Arsène Lupin puede haber sido, también, la persona que salvó tantas vidas en el Bazar de la Caridad sacándolas a través del pequeño tragaluz… y que luego las desvalijó.

El juez se detuvo un momento y continuó:

—Esta época parece haber sido una especie de preparación completa para la batalla que ha estado librando desde entonces contra la sociedad; un aprendizaje metódico en el que desarrolló su fuerza, energía y habilidad hasta los niveles más altos. ¿Reconoce usted la exactitud de estos hechos?

Durante este discurso el acusado había ido pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra, con la espalda encorvada y los brazos inertes. Bajo la luz ahora más intensa se podía observar su extrema delgadez, sus mejillas hundidas, sus pómulos prominentes, su rostro color terroso salpicado de pequeñas manchas rojas y enmarcado en una barba rugosa y desigual. La vida en prisión lo había hecho envejecer y marchitarse. Ya no se apreciaba la silueta elegante y el rostro jovial que habíamos visto retratado tan a menudo en los periódicos.

Parecía no haber oído la pregunta planteada por el juez. Dos veces se repitió. Entonces levantó la vista, pareció reflexionar y luego, haciendo un esfuerzo desesperado, murmuró:

—Baudru, Désiré.

El juez se echó a reír.

—No entiendo la teoría de su defensa, Arsène Lupin. Si usted está tratando de evitar la responsabilidad de sus crímenes representando el papel de imbécil, como quiera. Pero procederé con el juicio y no prestaré atención a sus estrategias.

Y empezó a narrar con todo lujo de detalles los diversos robos, estafas y falsificaciones de los que se acusaba a Lupin. A veces cuestionaba al

prisionero, quien respondía con un gruñido o no lo hacía en absoluto.

Se inició el interrogatorio de los testigos. Hubo varios testimonios sin importancia, otros más serios, pero todos tenían en común numerosas contradicciones e inconsistencias. Una tediosa oscuridad envolvió el proceso, hasta que el detective Ganimard fue llamado al estrado, lo que avivó el interés.

No obstante, el viejo policía causó cierta decepción desde el comienzo. Tenía un aspecto no temeroso —había vivido situaciones bastante peores que aquella—, sino inquieto, incómodo. Varias veces miró al prisionero, con evidente desazón. Sin embargo, con las dos manos apoyadas en la barandilla, relató los acontecimientos en los que había participado, incluyendo la persecución del prisionero por toda Europa y su llegada a América. Todos lo escuchaban con gran avidez, como si estuviera narrando las aventuras más apasionantes. Pero hacia el final de su testimonio, después de referirse a sus conversaciones con Arsène Lupin, se detuvo en dos ocasiones como si estuviera distraído, indeciso.

Era evidente que algún otro pensamiento le obsesionaba.

—Si se encuentra indispuesto, sería mejor interrumpir su testimonio —le dijo el juez.

—No, no, es solo que…

Se detuvo, miró fija y atentamente al prisionero y añadió:

—Le pido permiso para examinar al prisionero más de cerca. Hay algo extraño en él que debo comprobar.

Se acercó al acusado, lo examinó con mayor atención y concentración durante varios minutos y luego regresó al estrado. Y desde allí, con tono un tanto solemne, anunció:

—Declaro, bajo juramento, que el hombre que está aquí presente, ante mí, no es Arsène Lupin.

Un profundo silencio acogió estas palabras.

—Pero ¿qué dice? ¡Menuda insensatez! —exclamó el juez, sorprendido.

—A primera vista existe cierto parecido, sí, lo confieso. Pero si se estudia detenidamente la nariz, la boca, el pelo, el color de la piel, verá que no es Arsène Lupin —afirmó el inspector con tranquilidad—. No es Arsène Lupin. ¡Y los ojos! Nunca ha tenido esos ojos de alcohólico.

—Vamos a ver, explíquese. ¿Qué trata de decir?

—¡Qué sé yo! Habrá encontrado la manera de poner a este pobre diablo en su lugar, a menos que sea un cómplice.

Se escucharon gritos y risas entre el público y se produjo una gran conmoción en la sala ante aquel inesperado giro teatral. El juez mandó llamar al juez de instrucción, al director de La Santé y a los guardias, y aplazó la vista.

Al reanudarse, Bouvier y el director de la prisión examinaron al acusado y declararon que solo había un vago parecido entre el preso y Arsène Lupin.

—Entonces, ¿quién es este hombre? —exclamó el juez—. ¿De dónde ha salido y por qué está en manos de la justicia?

Comparecieron los dos guardias de La Santé. Y… asombrosa contradicción: ¡ambos declararon que el prisionero era el hombre que les habían mandado vigilar! El juez tomó aire.

—Sí, sí, creo que es él —dijo uno de los guardias.

—¿Cómo que cree?

—Bueno, es que apenas lo he visto. Lo trajeron por la noche y lleva dos meses tumbado con la cara vuelta hacia la pared.

—¿Y antes de esos dos meses?

—Antes no ocupaba la celda veinticuatro.

—Lo cambiamos de celda después de su intento de fuga —interrumpió el director.

—Y usted, señor director, ¿no lo ha visto durante esos dos meses?

—No he tenido ocasión… No dio problema alguno.

—Y entonces, ¿ese hombre no es el detenido que le entregaron?

—No.

—¿Y quién es?

—No lo sé.

—Así que tenemos ante nosotros a un hombre que se hace pasar por Arsène Lupin desde hace dos meses. ¿Cómo se lo explica?

—Es imposible.

—¿Y bien?

Con absoluta desesperación, el juez se dirigió al acusado y le habló en un tono conciliador:

—Acusado, ¿puede decirme cómo y desde cuándo está en manos de la justicia?

El tono benevolente pareció desarmar la desconfianza de aquel hombre o despertó su interés por entender. Trató de responder. Finalmente, tras un interrogatorio hábil y delicado, logró formar algunas frases de las que dedujeron lo siguiente: dos meses antes lo habían llevado al centro de detención. Allí había pasado una noche y una mañana. Llevaba encima la

cantidad de setenta y cinco céntimos y lo habían puesto en libertad. Pero, al atravesar el patio, dos guardias lo habían cogido y lo habían llevado hasta el coche carcelario. Desde aquel preciso momento, había ocupado la celda veinticuatro, y no se quejaba del trato… Le daban bien de comer y no dormía del todo mal. Así que no había dicho nada.

Aquella historia parecía verosímil. En medio de las risas y de la emoción del público, el juez aplazó el juicio hasta que la historia pudiera ser investigada y verificada.

La investigación determinó inmediatamente los siguientes hechos, documentados en los registros penitenciarios: ocho semanas antes, un hombre llamado Désiré Baudru había dormido en el centro de detención. Puesto en libertad al día siguiente, salió de allí a las dos de la tarde. El mismo día a las dos en punto, después de haber sido interrogado por última vez, Arsène Lupin salió del centro de detención y volvía a La Santé en una furgoneta carcelaria.

¿Habían cometido un error los guardias? ¿Acaso, confundidos por el parecido, habían sustituido por un descuido a este hombre por su prisionero? Para ello, habría sido preciso que se hubieran dejado llevar por una autocomplacencia que no se correspondía con su servicio.

¿Se había planeado el cambio con antelación? Más allá de que la tipología de los lugares donde se produjo hacía que esa suposición resultara casi irrealizable, también hubiera sido necesario que Baudru fuese cómplice y que hubiera provocado su propia detención con el único propósito de ocupar el lugar de Lupin. Pero entonces, ¿qué milagro había conseguido que tal plan, basado en una serie de oportunidades improbables, de encuentros fortuitos y de errores fabulosos, tuviera éxito?

Llevaron a Désiré Baudru al servicio antropométrico; no se encontró ningún expediente. Por lo demás, pudieron rastrear fácilmente su historia pasada. Lo conocían en Courbevois, en Asnières y en Levallois. Vivía de la limosna y dormía en una de esas chabolas cerca de la barrera de Ternes. Sin embargo, llevaba un año desaparecido.

¿Lo había contratado Arsène Lupin? No había pruebas en ese sentido. Y, aunque hubiera sido así, no se explicaba la huida del prisionero, que seguía siendo un prodigio. De las veinte hipótesis que barajaban, ninguna resultaba satisfactoria. De lo que no había duda era de la propia fuga, un acto incomprensible, sensacional, en el que tanto el público como la justicia podían distinguir un plan cuidadosamente trazado, una secuencia de acciones

maravillosamente conectadas y cuyo desenlace encajaba perfectamente con la vanidosa predicción de Arsène Lupin: «No estaré presente en mi juicio».

Tras un mes de minuciosas investigaciones, el enigma seguía presentando el mismo carácter indescifrable. Pero no podían dejar preso indefinidamente al pobre diablo de Baudru. Procesarlo era ridículo. No había cargos en su contra. El juez de instrucción firmó la orden para ponerlo en libertad. Sin embargo, el jefe de la Sûreté decidió mantenerlo bajo vigilancia.

Era idea de Ganimard. Según él, no había ni complicidad ni casualidad. Baudru no era más que un instrumento que Arsène Lupin había utilizado con extraordinaria habilidad. Al ser puesto en libertad, Baudru les llevaría a Arsène Lupin o, al menos, a alguno de sus cómplices.

Los inspectores Folenfant y Dieuzy fueron asignados para ayudar a Ganimard y, una brumosa mañana de enero, las puertas de la prisión se abrieron para Désiré Baudru, un hombre libre.

Al principio parecía sentirse incómodo, y caminaba como alguien que no sabe muy bien qué hacer con su tiempo. Avanzó por la rue de la Santé y la rue Saint-Jacques. Se detuvo frente a una tienda de ropa usada, se quitó la chaqueta y el chaleco, vendió el chaleco por unas monedas, y volviéndose a poner la chaqueta, siguió su camino.

Cruzó el Sena. En Châtelet le adelantó un ómnibus. Trató de subir, pero no había sitio. El revisor le aconsejó que cogiese número y entró en la sala de espera.

Al momento, Ganimard llamó a sus dos asistentes, y, sin apartar la mirada de la sala de espera, les dijo a toda prisa:

—Buscad un vehículo. No, mejor dicho, dos. Es más prudente. Iré con uno de vosotros y lo seguiremos.

Los hombres obedecieron. Sin embargo, Baudru no apareció. Ganimard se adelantó y entró en la sala de espera. No había nadie.

—Pero qué idiota soy —murmuró Ganimard—. Se me había olvidado la otra salida.

En efecto. Un pasillo interior comunicaba la sala de espera con la rue Saint-Martin. Ganimard echó a correr y llegó justo a tiempo para ver a Baudru subido a la línea Batignolles-Jardin des Plantes, que en aquel instante giraba la esquina de la rue de Rivoli. Corrió y cogió el ómnibus, pero los dos agentes se habían quedado atrás. Tendría que seguir la persecución él solo.

Enfurecido, estuvo a punto de dejarse de formalidades y agarrar a Baudru por el cuello. ¿Acaso aquel supuesto imbécil no lo había separado de sus agentes en un acto premeditado y valiéndose de una ingeniosa artimaña?

Observó a Baudru. Dormitaba en el asiento, con la cabeza que se movía de un lado a otro. Iba con la boca medio abierta y una expresión increíble de estupidez en el rostro. No, tal adversario era incapaz de engañar al viejo Ganimard. Había sido un golpe de suerte, nada más.

En el cruce de las Galerías Lafayette, el hombre bajó del ómnibus y tomó el tranvía de La Muette, siguiendo el bulevar Haussmann y la avenida Victor-Hugo. Baudru se apeó frente a la estación de La Muette y, con aire indiferente, se adentró en el Bois de Boulogne.

Vagaba de un camino a otro, volvía sobre sus pasos, se alejaba. ¿Qué estaba buscando? ¿Tenía algún objetivo?

Al cabo de una hora dando vueltas, el cansancio pareció hacer mella en él. Vio un banco y se sentó. El lugar, no lejos de Auteuil, al borde de un estanque escondido entre los árboles, estaba absolutamente desierto. Pasó una media hora. Ganimard se impacientó y decidió hablar con el hombre.

Se acercó y se sentó junto a Baudru, se encendió un cigarrillo y dibujó sobre la arena unos círculos con la punta del bastón.

—No hace mucho calor —le dijo.

Silencio. Y, de repente, en aquel silencio, se oyó una carcajada ahogada pero alegre, feliz, la risa de un niño al que le ha dado un ataque de risa y no puede controlarse. Claramente, Ganimard sintió que se le erizaba la piel. Esa risa, ¡esa risa infernal que conocía tan bien…!

Con un movimiento brusco, agarró a aquel hombre por las solapas de la chaqueta y lo miró de manera profunda, violenta, con mayor intensidad que durante la audiencia, y vio que aquel ya no era el mismo hombre que había visto allí. Era él, sí, pero al mismo tiempo era el otro, el verdadero.

Ayudado por una voluntad cómplice, distinguió de nuevo la vida intensa en los ojos, llenó los rasgos delgados del rostro, percibió la carne real debajo de la piel flácida, la boca verdadera tras la mueca que la deformaba. Eran los ojos del otro, la boca del otro; era, especialmente, aquella expresión aguda, alerta, burlona, espiritual, tan clara y joven.

—Arsène Lupin… Arsène Lupin —tartamudeó.

Luego, en un repentino ataque de furia, agarró a Lupin por el pescuezo y trató de derribarlo. A pesar de sus cincuenta años, todavía poseía una fuerza inusual, mientras que su adversario parecía hallarse en una condición débil. ¡Y sería un golpe maestro si lograba detenerlo!

La lucha fue breve. Arsène Lupin se defendió con facilidad y, con la misma celeridad con la que se había lanzado, Ganimard lo soltó. Dejó caer el brazo derecho, inerte, inútil.

—Si hubieras tomado clases de *jiu-jitsu* en el Quai des Orfèvres, sabrías que ese golpe se llama *udi-shi-ghi* en japonés —declaró Lupin, y añadió fríamente—: Un segundo más y te hubiera roto el brazo, que es lo que mereces. ¿Cómo puede ser que tú, un viejo amigo a quien estimo y ante quien expongo voluntariamente mi verdadera cara, abuses así de mi confianza? No está bien… ¿Cuál es el problema?

Ganimard no respondió. Aquella fuga, de la que se consideraba responsable, era el hecho más vergonzoso de su carrera. ¿Acaso no había sido él quien provocó el error de la justicia con su testimonio? Una lágrima le rodó por la mejilla hasta el bigote gris.

—¡Dios mío! Venga, Ganimard, no te lo tomes tan en serio. Si no hubieras hablado tú, me las habría arreglado para que lo hiciera otro. A ver, ¿habría dejado que condenaran a Désiré Baudru?

—Entonces, ¿eras tú el que estaba allí? ¿El que está aquí ahora? —murmuró Ganimard.

—Soy yo, siempre yo, solo yo.

—¿Cómo es posible?

—Tampoco hace falta ser un brujo. Simplemente basta con, como señaló el valiente juez, prepararse durante años para hacer frente a cualquier eventualidad.

—Pero ¿tu cara? ¿Tus ojos?

—Entenderás que los dieciocho meses que trabajé con el doctor Altier en el hospital Saint-Louis no fueron por amor al arte. Consideré que, quien algún día tendría el honor de llamarse Arsène Lupin, no debía verse sometido a las leyes ordinarias que rigen la apariencia y la identidad. ¿La apariencia? Se puede modificar a voluntad. Por ejemplo, con una inyección hipodérmica de parafina se hincha la piel en el lugar deseado. El ácido pirogálico puede cambiar el color de la piel a la de un indio. El jugo de la celidonia te adorna con hermosas erupciones y tumores. Hay compuestos químicos que afectan el crecimiento de la barba y el cabello, otros que te cambian el tono de voz. Sumemos a eso dos meses con la dieta de la celda veinticuatro, ejercicios repetidos mil veces para abrir la boca en una cierta mueca, para inclinar la cabeza en cierta posición y curvar la espalda y los hombros. Por último, cinco gotas de atropina en los ojos para que presenten ese aspecto desorbitado, con la mirada como ida, y listo.

—Pero no concibo cómo engañaste a los guardias.

—La metamorfosis fue progresiva. La evolución fue tan gradual que no se dieron cuenta.

—¿Y Désiré Baudru?

—Baudru existe. Es un pobre inocente al que conocí el año pasado y que, en realidad, guarda cierto parecido conmigo. Considerando que mi detención era posible, me aseguré de que estuviera a salvo y estudié los puntos que nos diferencian con el fin de corregirlos en mi propia persona todo lo posible. Mis amigos consiguieron que pasara una noche en el centro de detención y que saliera de allí al día siguiente, aproximadamente a la misma hora que yo, para que fuera fácil de comprobar. Porque era necesario tener registro de su detención; de lo contrario la justicia se habría preguntado quién era yo. Pero, al ofrecerles este excelente Baudru, era inevitable que mordieran el anzuelo y que, a pesar de las dificultades casi imposibles que presenta una sustitución, prefirieran creer en eso antes que confesar su ignorancia, ¿entiendes?

—Sí, sí, por supuesto —murmuró Ganimard.

—Y además —añadió Arsène Lupin—, tenía un as en la manga que había preparado desde el principio: un público ansioso a la espera de mi fuga. Y ese es el error fatal en el que caísteis tú y los demás durante esta fascinante partida que entablamos la justicia y yo, y en la que estaba en juego mi libertad: supusiste que estaba actuando movido por la fanfarronería, embriagado por mi éxito de principiante. ¡Ja, Arsène Lupin, culpable de tal debilidad! Y, al igual que en el caso Cahorn, te dijiste: «Si Arsène Lupin grita a los cuatro vientos que se va a escapar, es porque tiene motivos para creerlo». Pero, maldita sea, lo que no has entendido todavía es que, para fugarme sin fugarme, era necesario que todo el mundo creyera desde un principio en esa fuga, que fuera un acto de fe, una convicción absoluta, una realidad tan clara como el agua. Y así fue, por voluntad mía. Arsène Lupin se fugaría, Arsène Lupin no asistiría a su juicio. Y cuando tú te levantaste para decir: «El hombre aquí presente no es Arsène Lupin», todo el mundo estaba dispuesto a creerte. Si una sola persona lo hubiera dudado, si alguien hubiera dicho simplemente «¿Y si lo fuera?», habría estado perdido al instante. Bastaba con inclinarse sobre mí, no con la idea de que yo no era Arsène Lupin, como tú y los demás creísteis en el juicio, sino con la idea de que yo podía ser Arsène Lupin. Me habrían reconocido a pesar de todas mis precauciones. Pero estaba tranquilo. Era lógico que, psicológicamente, nadie se parara a considerar esta sencilla idea.

Cogió a Ganimard de la mano.

—Venga, Ganimard, entre tú y yo, confiesa que, ocho días después de nuestra conversación en la prisión de La Santé, me estuviste esperando en tu casa a las cuatro, como te solicité.

—¿Y la furgoneta de la prisión? —dijo Ganimard, eludiendo dar una respuesta.

—¡Un farol! Mis amigos arreglaron esa vieja camioneta sin usar para intentarlo. Pero no creía que fuese muy práctico si no se daban una serie de circunstancias excepcionales. Solamente me pareció útil llevar a cabo ese intento de fuga para darle todavía más publicidad. Una primera fuga planificada audazmente le daría a la segunda el valor de una fuga hecha con antelación.

—De modo que el cigarro…

—El cigarro lo rellené yo. Y lo mismo hice con el cuchillo.

—¿Los mensajes?

—Los escribí yo.

—¿Y la misteriosa corresponsal?

—Ella y yo somos uno. Puedo cambiar mi caligrafía según mis deseos.

Ganimard reflexionó un momento.

—Cuando el servicio antropométrico examinó el caso de Baudru, ¿por qué no se dieron cuenta de que coincidía con Arsène Lupin? —objetó.

—La ficha de Arsène Lupin no existe.

—¡No me digas!

—O, si existe, es falsa. He prestado considerable atención a este asunto. En primer lugar, el método Bertillon registra las marcas visibles de identificación, y, como ves, no es infalible. Después, tiene en cuenta las medidas de la cabeza, los dedos, las orejas, etc. En estos últimos aspectos, no hay nada que hacer.

—¿Entonces?

—Entonces tuve que pagar. Incluso antes de regresar de América, uno de los empleados del servicio aceptó cierta suma para escribir cifras falsas en mis medidas. Y con eso es suficiente para que el método no funcione, y que una ficha se clasifique en un archivo diametralmente opuesto al correcto. Por lo tanto, la ficha de Baudru no podía coincidir con la de Arsène Lupin.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Ganimard tras un breve silencio.

—Ahora voy a descansar, a disfrutar de mejor comida que estos últimos meses y a volver a ser yo mismo poco a poco —respondió Lupin—. A veces está muy bien ser Baudru o cualquier otro, cambiar de personalidad como de camisa y escoger tu apariencia, voz, mirada o escritura. Pero llega un

momento en que uno no se reconoce a sí mismo y es triste. Experimento exactamente lo que debió experimentar el hombre que perdió su sombra. Así que voy a buscarme a mí mismo… y a encontrarme de nuevo.

Se paseó de arriba abajo. La luz del día dejó paso a cierta oscuridad. Se detuvo frente a Ganimard.

—Creo que ya no tenemos nada más que decirnos, ¿verdad?

—Solo una cosa —respondió el inspector—. Me gustaría saber si tienes intención de revelar la verdad de lo sucedido con tu fuga… El error que he cometido…

—¡Oh! Claro que no. Jamás nadie sabrá que Arsène Lupin fue puesto en libertad. También me interesa seguir rodeado de misterio y dejar que mi fuga conserve su carácter casi milagroso. Así, pues, no temas nada, mi querido amigo, y adiós. Voy a salir a cenar esta noche y tengo el tiempo justo para vestirme.

—¡Pensaba que querías descansar!

—Hay obligaciones sociales que uno no puede evitar. Ya descansaré mañana.

—¿Y dónde cenas esta noche?

—En la embajada británica.

4

EL VIAJERO MISTERIOSO

La noche anterior, había enviado mi coche a Ruan por carretera. Tenía pensado viajar en tren hasta allí y recuperar el vehículo para conducir hasta la residencia de unos amigos que viven a orillas del Sena.

En París, unos minutos antes de que saliera el tren, siete caballeros invadieron mi compartimento; cinco de ellos fumaban. No importaba que el viaje fuera corto, la idea de viajar con semejante compañía me resultó desagradable, especialmente porque el vagón, de modelo antiguo, no tenía pasillo. Así que recogí mi abrigo, mis periódicos y mi horario, y busqué refugio en un compartimento vecino.

Aquel nuevo compartimento estaba ocupado por una dama. Al verme, hizo un gesto de contrariedad que no me pasó desapercibido. Se inclinó hacia un caballero que esperaba de pie fuera del tren; sin duda, su marido, que la había acompañado a la estación. El caballero me escudriñó detenidamente y, al parecer, mi apariencia no le desagradó, porque sonrió mientras hablaba con su esposa como alguien que tranquiliza a un niño asustado. Ella también sonrió, y me dirigió una mirada amistosa, como si comprendiera de pronto que yo era uno de esos caballeros educados con los que una mujer podía permanecer encerrada dos horas en un pequeño espacio de dos metros cuadrados sin tener nada que temer.

—Tengo una cita importante, querida, y no puedo esperar más —le dijo su marido.

La besó cariñosamente y se fue. Su esposa le lanzó discretamente besos por la ventana y agitó su pañuelo en señal de adiós.

Se escuchó un silbido y el tren se puso en marcha.

En ese preciso momento, y a pesar de las protestas de los trabajadores de la estación, la puerta de nuestro compartimento se abrió y entró un hombre. Mi compañera, que estaba en pie colocando su equipaje en la malla superior, lanzó un grito de terror y se desplomó en el asiento.

No me tengo por un cobarde, ni mucho menos, pero confieso que tales intrusiones en el último minuto resultan siempre desconcertantes. Me parecen

actos sospechosos y antinaturales, dignos de un comportamiento fuera de lo común.

Sin embargo, el aspecto y la actitud del recién llegado conseguían más bien atenuar la naturaleza de la mala impresión que produjo su acto. Iba vestido de manera correcta y elegante, con una corbata de buen gusto, guantes limpios y tenía un rostro enérgico. ¿Dónde diablos había visto aquella cara? Porque, no cabía duda: lo había visto antes. Más exactamente, pensaba en esa especie de recuerdo que deja un retrato que se ha contemplado varias veces, pero del que nunca se ha visto el original. Y, sin embargo, el recuerdo era tan vago e indistinto que sentí que cualquier esfuerzo sería inútil en aquel momento.

Sin embargo, al fijar mi atención en la dama, me sorprendió la palidez y la ansiedad que se reflejaban en sus facciones. Miraba a nuestro compañero de viaje —estaban sentados en el mismo lado—, con una expresión de verdadero miedo, y advertí que una de sus manos temblorosas se deslizaba lentamente hacia un pequeño bolso de viaje colocado sobre el asiento, a unos veinte centímetros de ella. Por fin, cogió el bolso y se lo acercó con un movimiento brusco.

Nuestras miradas se encontraron y en sus ojos leí tanta ansiedad y miedo que no pude evitar decirle:

—¿Se encuentra indispuesta, señora? ¿Quiere que abra la ventana?

Su única respuesta fue un gesto que indicaba que tenía miedo de nuestro compañero. Sonreí, como lo había hecho su marido, me encogí de hombros y le expliqué por señas que no tenía nada que temer, que yo estaba allí, y que, además, el caballero parecía inofensivo.

En ese momento, el desconocido se volvió hacia nosotros, nos observó a los dos de la cabeza a los pies, y a continuación se hundió en su esquina y no nos prestó más atención.

Se produjo un breve silencio, pero la señora, como si hubiera reunido toda su energía para llevar a cabo un acto desesperado, me dijo con una voz casi inaudible:

—¿Sabe quién está en nuestro tren?

—¿Quién?

—Pues él… Se lo aseguro.

—Pero ¿quién es él?

—¡Arsène Lupin!

No había apartado los ojos del otro viajero y pronunció las sílabas de aquel nombre inquietante más para él que para mí.

El tipo ocultó la cara todavía más bajo el ala del sombrero. ¿Pretendía con aquel gesto enmascarar su turbación o simplemente se preparaba para dormir?

—A Arsène Lupin lo condenaron ayer a veinte años de trabajos forzados —objeté—. Así que es poco probable que cometa la imprudencia de mostrarse en público. Además, ¿no han dicho los periódicos que se le ha visto en Turquía este invierno, después de su famosa huida de La Santé?

—Se encuentra en este tren ahora mismo —repitió la señora con la intención cada vez más evidente de que la escuchara nuestro compañero de compartimento—. Mi marido es subdirector del servicio penitenciario y el mismo jefe de estación nos ha dicho que estaban buscando a Arsène Lupin.

—Eso no es motivo para…

—Lo han visto en la sala de espera. Ha comprado un billete de primera clase para Ruan.

—Pues podrían haberlo detenido en ese momento.

—Desapareció. El revisor a la entrada de las salas de espera no lo ha visto, pero suponen que ha pasado por los andenes de las afueras y que ha subido al tren exprés que sale diez minutos después del nuestro.

—En ese caso, seguro que lo atraparán.

—¿Y si, en el último momento, como parece probable y seguro, saltó de ese tren y se subió a este?

—En ese caso, lo arrestarán aquí. Los trabajadores y la policía habrán estado vigilando ese cambio de un tren a otro, y nada más lleguemos a Ruan lo pescaran.

—¿A él? ¡Jamás! Encontrará la manera de escapar otra vez.

—En ese caso, le deseo buen viaje.

—Pero, mientras tanto, ¡piense en lo que puede hacer…!

—¿El qué?

—No lo sé. Es capaz de cualquier cosa.

La señora estaba muy alterada y, en realidad, la situación justificaba hasta cierto punto esa sobreexcitación nerviosa.

—Es verdad que hay coincidencias curiosas —le dije, casi a mi pesar—, pero tranquilícese. Aun admitiendo que Arsène Lupin se encuentre en uno de los vagones, procederá con la mayor prudencia en lugar de buscarse más problemas. Seguro que su único objetivo es escapar y evitar el peligro que lo amenaza.

Mis palabras no la tranquilizaron, pero permaneció en silencio, sin duda por temor a resultar indiscreta.

En cuanto a mí, abrí el periódico y leí los artículos del juicio de Arsène Lupin. Como no contaban nada nuevo, no les presté demasiado interés. Además, estaba cansado y había dormido mal. Sentía que me pesaban los párpados y que empezaba a cabecear.

—¿No irá usted a dormirse?

La señora me arrancó el periódico de la mano y me miró con indignación.

—Claro que no —le respondí—. No tengo sueño.

—Eso sería muy imprudente —comentó ella.

—Muy imprudente —repetí.

Así que hice un gran esfuerzo por mantenerme despierto y me puse a contemplar el paisaje y las nubes que tachonaban el cielo. Pero muy pronto todo se volvió confuso e indistinto, la imagen de la mujer nerviosa y del hombre adormilado, y caí en el profundo silencio del sueño.

Sueños inquietantes pronto perturbaron mi tranquilidad; en ellos, un ser que representaba el papel y llevaba el nombre de Arsène Lupin era el protagonista. El ser evolucionaba en el horizonte, con la espalda cargada de objetos preciosos, atravesaba muros y desvalijaba castillos.

Pero la silueta de aquel ser, que ya no era Arsène Lupin, se volvió más definida. Avanzó hacia mí, cada vez más grande, saltó al vagón con increíble agilidad y aterrizó directamente sobre mi pecho.

Un dolor muy real… Un grito desgarrador. Me desperté. El hombre, el viajero, me presionaba el pecho con una rodilla y me apretaba la garganta con las manos.

No vi esta imagen con demasiada claridad, ya que tenía los ojos inyectados en sangre. Noté también que la señora estaba teniendo un ataque de nervios en un rincón del compartimento. Ni siquiera intenté resistirme. Además, tampoco hubiese tenido fuerzas para ello. Me palpitaban las sienes, me ahogaba, gimoteaba. Un minuto más y me habría asfixiado.

El hombre debió darse cuenta porque relajó la presión. Sin soltarme totalmente, con la mano derecha sacó una cuerda en la cual había preparado un nudo corredizo y, con un gesto seco, me ató las muñecas. En un instante, estaba atado, amordazado e indefenso.

Llevó a cabo la maniobra de la forma más natural del mundo, con una facilidad y una agilidad que no dejaban lugar a ninguna duda: era un profesional del robo y del crimen. Ni una palabra, ni un movimiento nervioso. Solo sangre fría y audacia. Y allí estaba yo, sobre el asiento, atado como una momia. ¡Yo, Arsène Lupin!

En realidad, tenía su gracia. Y, pese a la gravedad de la situación, aprecié profundamente el humor y la ironía que aquello implicaba. ¡Arsène Lupin amarrado como un principiante! Desvalijado como cualquier pobre inocente, porque, desde luego, el sinvergüenza me había dejado sin bolsa y sin cartera. Arsène Lupin, convertido en víctima, engañado, derrotado… ¡Menuda aventura!

Quedaba la dama. Él ni siquiera le prestó atención. Se conformó con recoger el pequeño bolso que había caído al suelo y extraer de él las joyas, el monedero y las otras baratijas de oro y plata que contenía. Temblando de miedo, la señora abrió un ojo, se quitó los anillos que llevaba puestos y se los entregó al hombre como si quisiera evitarle un esfuerzo innecesario. El ladrón cogió los anillos y la miró. Ella se desmayó.

Entonces, sin perder la calma y todavía en silencio, sin preocuparse más por nosotros, regresó a su asiento, se encendió un cigarrillo y procedió a examinar detenidamente el botín que había adquirido, que pareció satisfacerlo en grado sumo.

Yo no me sentía tan satisfecho. Y no hablo de los doce mil francos de los que indebidamente me había despojado. Era una pérdida que solo aceptaba de manera temporal; estaba totalmente seguro de que recuperaría aquellos doce mil francos a la mayor brevedad, junto con los documentos importantes que guardaba en mi cartera: proyectos, presupuestos, direcciones, listas de contactos y cartas comprometedoras. Sin embargo, en aquel momento, una pregunta más inmediata y seria me preocupaba: ¿qué iba a ocurrir ahora?

Como cabe suponer, no era ajeno a la conmoción que había despertado mi paso por la estación de Saint-Lazare. Mis amigos, quienes me conocían bajo el nombre de Guillaume Berlat y para quienes mi parecido con Arsène Lupin era motivo de bromas cariñosas, me habían invitado a visitarlos, así que no había podido disfrazarme, por lo que mi presencia en la estación no pasó desapercibida. Además, se había visto a un hombre que pasaba de un tren al otro. ¿Quién podía ser ese hombre, si no Arsène Lupin? Por lo tanto, no cabía la menor duda de que el comisario de policía de Ruan, quien había recibido un aviso por telégrafo y contaba con la ayuda de un número considerable de agentes, estaría esperando el tren, interrogaría a todos los pasajeros sospechosos y procedería a registrar de manera rigurosa los vagones.

Por supuesto, lo había previsto y aquel asunto no me perturbaba demasiado, seguro como estaba de que la policía de Ruan no sería más astuta que la de París y que podría arreglármelas para pasar desapercibido. Me bastaría con mostrar a la salida de manera despreocupada mi carné de

diputado, gracias al cual el revisor de la estación de Saint-Lazare no había mostrado el más mínimo signo de desconfianza. ¡Pero cómo habían cambiado las cosas! Ya no era libre. Era imposible intentar uno de mis trucos habituales. En uno de los vagones, el comisario encontraría a Arsène Lupin, que la suerte le enviaba atado de pies y manos, tan dócil como un cordero, empaquetado y listo. Simplemente tendría que aceptar la entrega del paquete, como si se tratara de alguna otra mercancía o de una cesta de frutas y verduras.

Sin embargo, ¿qué podía hacer para evitar ese vergonzoso desenlace, atado y amordazado como estaba?

El tren seguía avanzando rápidamente hacia Ruan, la única y siguiente estación, sin parada en Vernon y Saint-Pierre.

Otro problema, en el que estaba menos involucrado de forma directa, me intrigaba. Su solución despertaba mi curiosidad profesional: ¿cuáles eran las intenciones de mi compañero?

De haber estado solo en el compartimento, a nuestra llegada a Ruan podría bajar del tren tranquilamente. Pero ¿y la señora? Tan pronto como se abriera la puerta del compartimento, aquella mujer, ahora tan tranquila y prudente, ¡gritaría y pediría ayuda!

Ese dilema me tenía perplejo. ¿Por qué no la reducía a ella también, como había hecho conmigo? Eso le habría dado tiempo suficiente para desaparecer antes de que se descubriera su doble crimen.

El desconocido seguía fumando, con los ojos fijos en la ventana ahora salpicada por gotas de lluvia que formaban líneas oblicuas. Sin embargo, se volvió en una ocasión, cogió mi guía de trenes y la consultó.

La señora se esforzaba por fingir que todavía estaba desmayada y tranquilizar así al enemigo, pero los ataques de tos provocados por el humo la delataban.

En cuanto a mí, estaba encorvado, muy incómodo. Meditaba…, planeaba…

Dejamos atrás Pont-de-l’Arche, Oissel. El tren avanzaba rápido, alegre, ebrio de su propia velocidad.

Saint-Étienne. En ese momento, el hombre se levantó y avanzó dos pasos hacia nosotros, ante lo cual la mujer lanzó un grito de alarma y se desmayó de nuevo, esta vez de verdad.

¿Cuáles eran sus intenciones? Bajó la ventana de nuestro lado. Ahora la lluvia caía con fuerza y el gesto del hombre indicaba su molestia por no tener un paraguas o un redingote. Dirigió su mirada hacia el estante de los

equipajes, donde estaba el paraguas de la señora. Lo cogió. También cogió mi abrigo y se lo puso.

En aquel momento, cruzábamos el Sena. Se remangó el bajo de los pantalones, a continuación se inclinó y levantó el cierre exterior de la puerta.

¿Pensaba lanzarse a la vía? A aquella velocidad, habría supuesto una muerte segura. Entramos en el túnel bajo la cuesta Sainte-Catherine. El hombre entreabrió la puerta y tanteó el escalón superior con el pie. ¡Qué locura! La oscuridad, el humo, el ruido, todo se combinaba para dar a semejante tentativa una apariencia inverosímil. Pero, de repente, el tren disminuyó la marcha, los frenos ralentizaron el impulso de las ruedas. En un minuto, la velocidad volvió a la normalidad y luego disminuyó más. Sin duda, desde hacía algunos días, estaban haciendo algunas reparaciones en esa parte del túnel, lo que obligaba a los trenes a disminuir la velocidad. Y el hombre lo sabía.

Solo tuvo que poner el otro pie en el estribo, bajar el segundo peldaño y saltar tranquilamente, no sin antes darse la vuelta para echar el cierre de la puerta.

Apenas hubo desaparecido cuando la luz del día atravesó iluminando el humo blanco. Salimos a un valle. Nos faltaba un túnel más para llegar a Ruan.

La señora recobró el conocimiento inmediatamente y lo primero que hizo fue lamentar la pérdida de sus joyas. Le imploré con la mirada. Ella entendió lo que le quería decir y enseguida me quitó la mordaza que me ahogaba. Quería desatar las cuerdas que me ataban, pero se lo impedí.

—No, por favor. Es preciso que la policía vea todo exactamente como está. Quiero que comprueben lo que nos hizo ese cretino.

—¿Y si hago sonar la alarma?

—Demasiado tarde. Tendría que haberlo pensado mientras me atacaba.

—¡Pero entonces me habría matado! ¡Ah, señor, ya se lo dije! ¿No le dije que viajaba en este tren? Lo reconocí enseguida por su retrato. Y ahora se ha ido con mis joyas.

—Ya lo encontrarán. No se preocupe.

—¡Encontrar a Arsène Lupin! Jamás.

—Eso depende de usted, señora. Escúcheme. En cuanto lleguemos a Ruan, acérquese a la puerta y llame, haga ruido. La policía y los empleados del ferrocarril vendrán. Entonces cuénteles lo que ha visto, es decir, la agresión de la que he sido víctima y la fuga de Arsène Lupin. Deles una descripción: el sombrero flexible, el paraguas que le ha quitado, el abrigo gris entallado.

—El suyo —dijo ella.

—¿Cómo que el mío? No, el suyo. Yo no llevaba ninguno.

—Me pareció ver que él no llevaba abrigo cuando subió al tren.

—Sí, sí… A no ser que se trate de una prenda que alguien haya olvidado. En todo caso, lo llevaba cuando se fue, y ese es el detalle esencial. Un abrigo gris entallado, acuérdese. ¡Ah! Se me olvidaba. Debe decirles su nombre desde el primer momento. El puesto oficial que ejerce su marido animará a la policía.

Llegamos a la estación. Ella ya se dirigía a la puerta. Elevando un poco la voz, en un tono casi imperioso, para que mis palabras se le grabaran bien en la mente, añadí:

—Diga también mi nombre: Guillaume Berlat. Si es necesario, diga que me conoce. Eso nos ahorrará tiempo. Debemos acelerar la investigación preliminar… Lo importante es que se inicie la persecución de Arsène Lupin y de las joyas. Está todo claro, ¿verdad? Guillaume Berlat, un amigo de su marido.

—Entendido. Guillaume Berlat.

Se puso a dar voces y a gesticular. Con el tren todavía en marcha, varios hombres entraron en el compartimento. El momento crítico había llegado.

Jadeando, la señora exclamó:

—Arsène Lupin… nos ha atacado. Me ha robado las joyas… Soy la señora Renaud. Mi marido es subdirector del servicio penitenciario. ¡Ah! Ahí está mi hermano, Georges Ardelle, director del Crédit Rouennais…

La señora abrazó a un joven que acababa de unirse a nosotros y al que saludó el comisario. Luego la mujer continuó, llorando:

—Sí, Arsène Lupin… Mientras este señor dormía lo agarró por la garganta. El señor Berlat, amigo de mi marido.

—Pero ¿dónde está Arsène Lupin? —preguntó el comisario.

—Saltó del tren en el túnel, después de pasar el Sena.

—¿Está usted segura de que era él?

—¡¿Que si estoy segura?! Lo reconocí perfectamente. Además, fue visto en la estación de Saint-Lazare. Llevaba un sombrero flexible.

—No, llevaba un sombrero duro de fieltro, como el de este señor —dijo el comisario, señalando mi sombrero.

—No, era un sombrero flexible, se lo aseguro —repitió airada la señora Renaud—, y un abrigo gris entallado.

—Sí, así es —murmuró el comisario—. El telegrama dice que llevaba un abrigo gris entallado con cuello de terciopelo negro.

—Sí, exactamente, con el cuello de terciopelo negro —exclamó la señora Renaud, triunfal.

Yo respiré. ¡Ah, qué valiente y excelente amiga había resultado aquella mujer!

Mientras tanto, los agentes me habían liberado de mis ataduras. Me mordí fuertemente los labios hasta hacerme sangre. Encorvado, con el pañuelo en la boca, como corresponde a una persona que ha permanecido durante mucho tiempo en una posición incómoda y que muestra las marcas sangrientas de la mordaza, me dirigí al comisario, con voz débil:

—Señor, era Arsène Lupin, no me cabe duda alguna… Si nos apresuramos, todavía lo podrán atrapar. Creo que puedo serles de gran utilidad…

Desengancharon del tren el vagón en el que había ocurrido el crimen para que la policía pudiera llevar a cabo sus investigaciones. El resto del tren continuó en dirección a El Havre. A nosotros nos llevaron a la oficina del jefe de estación entre la multitud de curiosos espectadores que obstruía el andén.

En ese momento, vacilé. Podía usar cualquier pretexto para marcharme, ir a buscar mi coche y huir. Permanecer allí era peligroso. Si ocurría cualquier incidente, si llegaba un telegrama de París, estaba perdido.

Sí, pero ¿y mi ladrón? Abandonado a mis propios recursos y en una región que no conocía demasiado, no podía esperar atraparlo yo solo.

«Venga —me dije—. Probemos suerte y quedémonos. Es una partida difícil de ganar, pero puede ser muy divertido. Y la apuesta vale la pena».

Así que cuando el comisario nos pidió que repitiéramos la historia del robo, exclamé:

—Señor comisario, Arsène Lupin nos lleva cada vez más ventaja. Tengo el coche esperando en el patio. Si me hace el honor de acompañarme, podemos intentar…

El comisario sonrió ligeramente.

—No es mala idea; de hecho, es tan buena que ya se está llevando a cabo.

—¡Vaya!

—Sí, señor. Dos de mis hombres han salido en bicicleta… hace ya un rato.

—Pero ¿adónde?

—A la entrada del túnel. Allí, recogerán pruebas, interrogarán a testigos, y le seguirán la pista a Arsène Lupin.

No me quedó otra que encogerme de hombros.

—Sus hombres no recogerán ninguna prueba ni encontrarán a ningún testigo.

—¿Sí?

—Arsène Lupin se las habrá arreglado para que nadie lo vea salir del túnel. Habrá tomado el primer camino que haya encontrado y desde allí…

—Desde allí a Ruan, donde lo arrestaremos.

—No irá a Ruan.

—Entonces permanecerá en los alrededores, donde su captura será aún más segura.

—No permanecerá en los alrededores.

—¿Ah, no? ¿Y dónde se esconderá entonces?

Saqué mi reloj.

—En este momento, Arsène Lupin ronda por la estación de Darnétal. A las diez cincuenta, es decir, dentro de veintidós minutos, tomará el tren que va de Ruan a Amiens.

—¿Eso cree? ¿Cómo lo sabe?

—Oh, es muy sencillo. Mientras estábamos en el compartimento, Arsène Lupin consultó mi guía de trenes. ¿Por qué lo hizo? Para ver si había otra línea de ferrocarril no lejos del lugar donde desapareció, una estación de esa línea y un tren que parara en esa estación. Yo también he consultado la guía y así es.

—Es una deducción maravillosa —dijo el comisario—. ¡Qué habilidad!

Estaba convencido de que había cometido un error al mostrar tanta astucia. El comisario me miraba con asombro y me pareció ver una ligera sospecha en su rostro. Pero no, no podía ser eso, porque las fotografías que la policía había enviado a todas partes eran demasiado imperfectas y presentaban a un Arsène Lupin demasiado diferente del que tenía ante sí. No podía reconocerme. Pero, de todos modos, se mostraba preocupado, confundido e inquieto.

Hubo un momento de silencio. Cierta incertidumbre detuvo nuestras palabras. Yo mismo sentí que un escalofrío de inquietud me sacudía. ¿Estaba la suerte a punto de volverse contra mí? Me controlé y me eché a reír.

—Dios mío, nada estimula la comprensión tanto como la pérdida de una cartera y el deseo de recuperarla. Creo que con la ayuda de dos de sus agentes, entre ellos y yo quizá pudiéramos…

—¡Oh! Por lo que más quiera, señor comisario —exclamó la señora Renaud—. Escuche al señor Berlat.

La intervención de mi excelente amiga fue decisiva. En sus labios de esposa de influyente funcionario, el nombre de Berlat se convirtió realmente en el mío y me otorgó una identidad inmune a cualquier sospecha.

—Créame, señor Berlat, estaré encantado de que lo consiga —dijo el comisario—. Estoy tan interesado como usted en el arresto de Arsène Lupin.

Me acompañó al automóvil y me presentó a los dos hombres asignados, Honoré Massol y Gaston Delivet, quienes tomaron asiento. Me puse al volante. El mecánico le dio una vuelta a la manivela para arrancar el coche y, segundos después, salíamos de la estación. Estaba salvado.

¡Ah! Confieso que mientras recorríamos los bulevares que ciñen la vieja ciudad normanda en mi potente Moreau-Lepton de treinta y cinco caballos, no pude evitar sentir cierto orgullo. El motor ronroneaba armoniosamente. A derecha e izquierda, dejábamos atrás los árboles con rapidez. Ya libre y fuera de peligro, ahora solo me quedaba arreglar mis pequeños asuntos personales con la asistencia de aquellos dos representantes honestos de la policía de Ruan. ¡Arsène Lupin iba en busca de Arsène Lupin!

Gaston Delivet y Honoré Massol, modestos guardianes del orden social, ¡qué valiosa fue vuestra ayuda! ¿Qué hubiera hecho yo sin vosotros? ¿Cuántas veces hubiera tomado el camino equivocado al verme en un cruce? Sin vosotros, Arsène Lupin se habría equivocado y el otro habría escapado.

Pero el final no había llegado todavía. Ni por asomo. Primero tenía que capturar al ladrón y recuperar los papeles robados. Bajo ninguna circunstancia debía permitir que mis dos acólitos vieran esos papeles, y mucho menos que cayeran en su poder. Mi intención —servirme de los dos agentes y a la vez actuar al margen de ellos— no era nada fácil.

Llegamos a Darnétal tres minutos después de la salida del tren. Cierto es que fue un consuelo saber que un hombre vestido con un abrigo gris entallado con un cuello de terciopelo negro había subido al tren en la estación con un billete de segunda clase para Amiens. Sin duda, mis comienzos como policía eran prometedores.

—Es un tren exprés y solo para en Montérolier-Buchy, dentro de diecinueve minutos —me dijo Delivet—. Si no llegamos antes que Arsène Lupin, podrá perderse en Amiens o cambiar al tren que va a Clères y desde ahí llegar a Dieppe o París.

—¿A qué distancia está Montérolier?

—A veintitrés kilómetros.

—Veintitrés kilómetros en diecinueve minutos… Llegaremos antes que él.

¡Qué etapa tan apasionante! Nunca antes mi fiel Moreau-Lepton había respondido a mi impaciencia con tanto ardor y regularidad. Era como si le comunicara mi voluntad directamente, sin la necesidad de intermediarios como los pedales y los mandos. El coche parecía compartir mis deseos. Aprobaba mi obstinación. Comprendía mi animosidad contra ese cretino de Arsène Lupin. ¿Conseguiría vencer a aquel traidor y mentiroso? ¿Se burlaría una vez más de la autoridad que ahora yo encarnaba?

—¡A la derecha! —gritaba Delivet—. ¡A la izquierda! ¡Todo recto!

Volábamos apenas rozando el suelo. Los hitos de la carretera parecían animalitos asustados que se desvanecían a nuestro paso.

De repente, en un giro de la carretera, vimos humo. El expreso del norte.

Durante un kilómetro fue una lucha cuerpo a cuerpo, una lucha desigual cuyo desenlace era seguro. A la llegada a la línea de meta, lo ganábamos por veinte cuerpos.

En tres segundos llegamos al andén, frente a los vagones de segunda clase. Las puertas se abrieron. Varios pasajeros bajaron. Pero no mi ladrón. Inspeccionamos los compartimentos. Ni rastro de Arsène Lupin.

—¡Maldita sea! —exclamé yo—. Debe haberme reconocido en el automóvil mientras avanzábamos junto al tren y habrá saltado antes de llegar.

El revisor confirmó esta suposición. Había visto a un hombre dando tumbos por el terraplén, doscientos metros antes de la estación.

—Miren, allá. Es aquel que está cruzando el paso a nivel.

Inicié la persecución del hombre seguido por mis dos acólitos, o más bien seguido de uno de ellos, pues el otro, Massol, demostró ser un corredor de velocidad y resistencia excepcionales. En un momento había acortado distancias con el fugitivo. El tipo se dio cuenta y saltó sobre un talud. Lo vimos alejarse, adentrándose en un pequeño bosque.

Cuando llegamos allí, Massol nos estaba esperando. No había continuado a la delantera por miedo a perdernos.

—Le felicito, mi querido amigo —le dije—. Después de una carrera así, nuestra víctima debe estar sin aliento. Ya es nuestro.

Examiné los alrededores pensando en cómo proceder a la detención del fugitivo yo solo con el fin de recuperar mis papeles, ya que, de lo contrario, la policía tendría un sinfín de preguntas desagradables. A continuación, regresé junto a mis compañeros.

—Bien, es muy fácil. Tú, Massol, sitúate a la izquierda; Delivet, tú, a la derecha. Desde allí, puedes observar toda la línea posterior del bosque. No podrá escapar sin que lo veas, excepto por ese barranco que estaré vigilando

yo. Si no sale, iré yo a buscarlo y le obligaré a ir hacia uno de vosotros dos. Solo tenéis que esperar. Ah, se me olvidaba. En caso de alerta, un disparo.

Massol y Delivet se dirigieron a sus respectivos puestos. En cuanto desaparecieron, entré en la arboleda con la mayor precaución para no ser visto ni oído. Era una maleza espesa arreglada para la caza y con sendas muy estrechas que solo permitían avanzar con el cuerpo encorvado.

Uno de estos senderos daba a un claro en el que encontré pasos sobre la hierba mojada. Los seguí deslizándome con cuidado a través de los arbustos. Me llevaron a los pies de un montículo coronado por una choza medio demolida.

«Debe estar ahí —me dije—. Es un escondite bien escogido».

Me acerqué con cautela a la choza. Un ligero ruido me indicó que estaba allí y, efectivamente, lo vi de espaldas a través de una abertura.

En dos movimientos me lancé sobre él. Intentó disparar el revólver que llevaba en la mano, pero no le di tiempo. Lo tiré al suelo de tal manera que cayó con los dos brazos debajo del cuerpo y le coloqué la rodilla sobre el pecho.

—Escucha, muchacho —le susurré al oído—. Yo soy Arsène Lupin. Entrégame enseguida y de buena gana mi cartera y el bolso de la señora. Si lo haces, te quitaré a la policía de encima y te consideraré como uno de mis amigos. Una palabra: ¿sí o no?

—Sí —murmuró él.

—Muy bien. Tu golpe de esta mañana estaba magníficamente planeado. Nos entenderemos bien.

Me levanté. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un cuchillo y trató de atacarme con él.

—Imbécil —exclamé.

Con una mano paré el ataque y con la otra le di un fuerte golpe en la carótida, lo que se conoce como un «gancho a la carótida». Cayó noqueado.

Dentro de la cartera encontré mis papeles y mis billetes de banco. Cogí la suya por curiosidad. En un sobre dirigido a él, leí su nombre: Pierre Onfrey.

Me estremecí. ¡Pierre Onfrey, el asesino de la rue Lafontaine, en Auteuil! Pierre Onfrey, el que había degollado a la señora Delbois y a sus dos hijas. Me incliné sobre él. Sí, era el rostro que, en el compartimento del tren, había despertado en mí el recuerdo de unos rasgos que ya había visto antes.

Pero el tiempo transcurría. Metí en un sobre dos billetes de cien francos y una nota con estas palabras:

De Arsène Lupin, en agradecimiento a sus buenos colegas Honoré Massol y Gaston Delivet.

Lo coloqué en un lugar a la vista, donde seguro lo encontrarían. Al lado, dejé el bolso de la señora Renaud. ¿No se lo podía devolver yo a aquella excelente amiga que me había socorrido?

Debo confesar que le quité todo lo que tenía algún interés o valor y no dejé más que un peine de carey, un pintalabios Dorin y un monedero vacío. Qué le vamos a hacer, los negocios son los negocios. Y, además, su marido ejercía un oficio tan deshonroso…

Quedaba el hombre, que empezaba a recuperar el sentido. ¿Qué iba a hacer? No recaía en mí el salvarlo o el condenarlo.

Le quité las armas y disparé una vez al aire.

«Los otros están a punto de llegar —pensé—. ¡Ya se las apañará! Que el destino siga su curso».

Y me alejé a la carrera por el camino del barranco.

Veinte minutos después, llegué a mi coche a través de un camino transversal que había visto mientras corríamos persiguiendo a aquel sujeto.

A las cuatro de la tarde, envié un telegrama a mis amigos de Ruan para comunicarles que un incidente imprevisto me obligaba a aplazar la visita. Pero, entre nosotros, teniendo en cuenta lo que mis amigos deben saber ahora, me temo que me veré obligado a posponerla indefinidamente. ¡Qué desilusión más cruel!

A las seis estaba en París por Isle-Adam, Enghien y Porte Bineau. Gracias a los periódicos de la noche, me enteré de que la policía había conseguido atrapar al fin a Pierre Onfrey.

No hay que despreciar las ventajas de una publicidad inteligente y, al día siguiente, el *Écho de France* publicaba esta sensacional crónica:

> En el día de ayer, en las inmediaciones de Buchy, y después de varios incidentes, Arsène Lupin llevó a cabo la detención de Pierre Onfrey. El asesino de la calle Lafontaine acababa de desvalijar en la línea de París a El Havre a la señora Renaud, esposa del subdirector del servicio penitenciario. Arsène Lupin retornó a la señora Renaud el bolso que contenía sus joyas y dio una generosa recompensa a los dos agentes que lo ayudaron a realizar esta dramática detención.

5

EL COLLAR DE LA REINA

Dos o tres veces al año, en ocasiones importantes como los bailes de la embajada austriaca o las veladas de *lady* Billingstone, la condesa de Dreux-Soubise colocaba sobre su blanca piel «el collar de la reina».

Era, de hecho, el famoso y legendario collar que Böhmer y Bassenge, joyeros de la corona, crearon para *madame* Du Barry; el collar que el cardenal de Rohan-Soubise creyó ofrecer a María Antonieta, reina de Francia; el que la aventurera Jeanne de Valois, condesa de la Motte, desmontó una noche de febrero de 1785, con la ayuda de su marido y su cómplice, Rétaux de Villette.

A decir verdad, solo la montura era auténtica. Rétaux de Villette la había conservado, mientras que el conde de la Motte y su esposa dispersaron por todas partes las piedras arrancadas brutalmente, las admirables piedras elegidas con tanto esmero por Böhmer. Más tarde, en Italia, se la vendió a Gaston de Dreux-Soubise, sobrino y heredero del cardenal, quien lo salvó de la ruina durante la gran bancarrota de Rohan-Guéménée, y que, en memoria de su tío, compró los pocos diamantes que quedaban en posesión del joyero inglés Jefferys, los complementó con otros de mucho menos valor, pero del mismo tamaño, y así consiguió restaurar el maravilloso collar tal y como lo crearon las manos de Böhmer y Bassenge.

Durante casi un siglo, los Dreux-Soubise se enorgullecieron de poseer esta joya histórica. Aunque su fortuna había disminuido significativamente por varias circunstancias adversas, prefirieron recortar sus gastos domésticos en lugar de deshacerse de la preciosa reliquia real. En particular, el conde actual tenía tanto aprecio a la joya como un hombre se aferra a la casa de sus antepasados. Por prudencia, había alquilado una caja fuerte en el banco Crédit Lyonnais para depositarlo allí. Iba a buscarlo él mismo por la tarde los días que su esposa quería lucirlo y lo devolvía al día siguiente.

Esa noche, en la recepción del palacio de Castille en honor al rey Christian, la condesa tuvo un gran éxito y el propio rey señaló su magnífica belleza. Las piedras deslumbraban alrededor de su elegante cuello. Las mil facetas de los diamantes brillaban y centelleaban bajo la luz como llamas de

fuego. Parecía que nadie más podía llevar con tanta naturalidad y elegancia la carga de semejante ornamento.

El conde de Dreux se deleitó profundamente y aplaudió este doble triunfo cuando regresaron a la habitación de su viejo hotel en el *faubourg* Saint-Germain. Estaba orgulloso de su esposa y quizá también de la joya que distinguía su casa desde hacía cuatro generaciones. Y su esposa mostraba una vanidad un tanto pueril, aunque en realidad era el sello de su carácter soberbio.

No sin pesar, se quitó el collar del cuello y se lo entregó a su marido, quien lo miró con admiración, como si nunca lo hubiera visto antes. A continuación, tras colocarlo en su estuche de cuero rojo con las armas del cardenal, entró en una especie de alcoba que se había aislado completamente de la habitación y cuya única entrada estaba a los pies de su cama. Como otras veces, lo ocultó en un estante alto, entre sombrereras y pilas de ropa. Cerró la puerta y se desvistió.

Por la mañana, se levantó a las nueve con la intención de ir al Crédit Lyonnais antes del almuerzo. Se vistió, se tomó una taza de café y bajó a los establos. Allí, dio órdenes. La condición de uno de los caballos le preocupaba, así que hizo que caminara y trotara delante de él en el patio. Después regresó con su esposa, que no había salido de la habitación y se estaba peinando, con la ayuda de su doncella.

—¿Vas a salir? —le dijo ella.

—Sí, para hacer la gestión.

—Claro, claro. Es lo más prudente.

Entró en la alcoba y, al cabo de unos segundos, preguntó sin el menor atisbo de sorpresa en la voz:

—¿Lo has cogido tú, querida?

—¿El qué? Claro que no. No he cogido nada —respondió ella.

—Lo has cambiado de sitio.

—Para nada. Ni siquiera he abierto esa puerta.

Apareció en la habitación, descompuesto, y balbuceó con una voz apenas inteligible:

—¿No has sido tú? ¿No has…? ¿Entonces?

Su mujer acudió corriendo a la alcoba y ambos buscaron febrilmente, tirando las cajas y revolviendo las pilas de ropa.

—Es inútil… Todo esto es inútil… —repetía el conde—. Lo puse aquí, en este estante.

—Puede que te hayas equivocado.

—Lo puse aquí, en este estante. No me cabe duda.

Encendieron una vela porque la habitación era bastante oscura y quitaron toda la ropa de cama y el resto de los objetos de la habitación. Cuando no quedaba nada en la alcoba, tuvieron que admitir con desesperación que el famoso collar, el collar de piedras preciosas de la reina, había desaparecido.

Sin perder el tiempo en vanas lamentaciones, la condesa, que era de carácter decidido, avisó al comisario Valorbe, cuya sagacidad y lucidez ya habían tenido ocasión de apreciar. Tras ser informado con todo lujo de detalles, preguntó:

—¿Está seguro, señor conde, de que nadie pasó por su habitación durante la noche?

—Absolutamente seguro. Tengo un sueño muy ligero. Es más, la puerta de esa habitación estaba cerrada con llave. Yo mismo la he tenido que abrir esta mañana cuando mi esposa ha llamado a la doncella.

—¿Y no hay otra manera de entrar en la alcoba?

—Ninguna.

—¿No hay ventanas?

—Sí, una, pero está bloqueada.

—Me gustaría verla.

Encendieron las velas y enseguida el comisario Valorbe advirtió que la ventana solo estaba bloqueada a la mitad por un aparador, que además no llegaba a apoyarse en el marco.

—Toca lo suficiente para que sea imposible moverlo sin hacer ruido —respondió el señor de Dreux.

—¿Y adónde da esta ventana?

—A un pequeño patio interior.

—¿Y hay otro piso encima?

—Dos, pero al nivel del servicio, el patio está protegido por una rejilla de malla tupida. Por eso hay tan poca luz.

Además, cuando retiraron el aparador, comprobaron que la ventana estaba cerrada, algo imposible si alguien hubiera entrado desde el exterior.

—A menos que ese alguien haya salido por nuestra habitación —observó el conde.

—En cuyo caso, no habría encontrado la cerradura en esta habitación abierta.

El comisario consideró la situación por un momento y después se dirigió a la condesa:

—¿Alguien de su entorno sabía que iba a llevar el collar anoche, señora?

—Sí, no lo oculté. Pero nadie sabe que lo guardábamos en esta alcoba.

—¿Nadie?

—Nadie. A menos que…

—Se lo ruego, señora. Debe estar segura, ya que es un punto muy importante.

Dirigiéndose a su marido, la condesa dijo:

—Estaba pensando en Henriette.

—¿Henriette? Ella no lo sabe, como los demás.

—¿Estás seguro?

—¿Quién es dicha dama? —preguntó Valorbe.

—Una amiga de la escuela que fue repudiada por su familia por casarse con alguien de una clase inferior. Cuando su marido murió, amueblé un apartamento en este edificio para ella y su hijo. —Y añadió con vergüenza—: Me presta ciertos servicios. Es muy buena con las manos.

—¿En qué piso vive?

—En el nuestro, no muy lejos del resto. Al final de este pasillo. Incluso creo que la ventana de su cocina…

—Da a este patio, ¿no?

—Sí, justo en frente de nuestra ventana.

Un ligero silencio siguió a esta declaración.

Entonces el comisario Valorbe pidió que lo llevaran ante Henriette.

La encontraron cosiendo, mientras su hijo, Raoul, un niño de unos siete años, leía a su lado. El comisario, sorprendido al ver el miserable apartamento que habían equipado para ellos y que, en resumen, consistía en una habitación sin chimenea y una pequeña cocina, procedió a interrogarla. Pareció muy afectada cuando se enteró del robo. Ella misma había vestido a la condesa y le había colocado el collar alrededor del cuello la noche anterior.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Quién me lo iba a decir?

—¿No tiene ni la más remota idea? Es posible que el culpable haya pasado por su habitación.

Se rio con ganas, sin siquiera plantearse que pudieran sospechar de ella.

—¡Pero si no he salido de mi habitación! No salgo jamás. Y además, ¿ha visto esto?

Abrió la ventana del cuchitril.

—Hay al menos tres metros hasta la cornisa de la ventana opuesta.

—¿Quién ha dicho que estábamos barajando la hipótesis de que el robo se hizo así?

—Pero ¿el collar no estaba en el armario?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Pero bueno! Siempre he sabido que lo guardaban ahí por la noche… Se ha hablado delante de mí…

Su rostro, todavía joven pero con los signos de no haber llevado una vida fácil, reflejaba una gran dulzura y resignación. Sin embargo, de repente, en aquel silencio, su cara mostró una expresión de angustia, como si hubiera notado una amenaza. Abrazó a su hijo contra ella. El niño le tomó la mano y le dio un beso con ternura.

—Imagino que no sospecha de ella, ¿verdad? —le preguntó el señor de Dreux al comisario cuando se quedaron solos—. Yo respondo por ella. Es la honestidad personificada.

—¡Oh, no! Estoy totalmente de acuerdo con usted —respondió Valorbe —. A lo sumo, pensé que podría haber habido una complicidad inconsciente. Pero admito que debo descartar esa explicación, especialmente porque no nos resuelve el problema al que nos enfrentamos.

El comisario no continuó con la investigación que el juez de instrucción retomó y cerró durante los días siguientes. Se interrogó al servicio, se comprobó el estado de la cerradura, se hicieron pruebas en el cierre y en la apertura de la ventana de la alcoba, se analizó el patio de arriba abajo. Todo fue en vano. La cerradura estaba intacta. La ventana no se podía abrir ni cerrar desde el exterior.

Y, en concreto, la investigación se centró en Henriette porque, a pesar de todo, los indicios apuntaban siempre hacia ella. Investigaron a fondo su vida pasada y descubrieron que en tres años solo había salido del hotel cuatro veces, y las cuatro veces para recados que se podían demostrar. En realidad, trabajaba de sirvienta y costurera para la señora de Dreux, quien mostró una gran estima por ella, corroborada por el resto del personal.

—Además —dijo el juez de instrucción, quien, después de una semana, llegó a las mismas conclusiones que el comisario—, aun admitiendo que supiéramos quién es el culpable, y no lo sabemos, nos enfrentamos al hecho de que ignoramos cómo se cometió el robo. Estamos atrapados entre dos obstáculos: una puerta y una ventana cerradas. Por lo tanto, es un doble misterio. ¿Cómo se puede entrar y, más difícil todavía, cómo escapar dejando atrás una puerta cerrada con pestillo y una ventana cerrada?

Al cabo de cuatro meses de investigación, la opinión secreta del juez era que el conde y la condesa, presionados por una necesidad considerable de dinero habían vendido el collar de la reina. Se cerró el caso.

El robo de la preciosa joya asestó un duro golpe a los Dreux-Soubise cuya marca llevaron durante mucho tiempo. Dado que su crédito ya no estaba avalado por semejante tesoro, se encontraron frente a acreedores más exigentes y prestamistas menos amigables. Tuvieron que hacer de tripas corazón y vender, hipotecar. En resumen, habría sido su ruina si dos grandes legados de unos parientes lejanos no los hubieran salvado.

Su orgullo también sufrió un duro golpe, como si hubieran perdido nobleza. Y, algo extraño, la condesa arremetió contra su antigua compañera de internado, por la que sentía un verdadero rencor y a la que acusaba abiertamente. Primero, Henriette fue relegada al piso de los criados y luego la despidió de la noche a la mañana.

Y la vida continuó, sin acontecimientos notables. El conde y la condesa se dedicaron a viajar.

Solo hay que destacar un incidente durante esa época. Unos meses después de la marcha de Henriette, la condesa recibió una carta suya que la llenó de asombro:

> *Madame: No sé cómo agradecérselo, porque ha sido usted quien me ha enviado esto, ¿verdad? No ha podido ser nadie más. Ninguna otra persona conoce mi retiro en esta pequeña aldea. Si me equivoco, discúlpeme, y acepte mi agradecimiento por su bondad en el pasado.*

¿Qué quería decir con eso? La bondad del pasado o del presente de la condesa se reducía a muchas injusticias. ¿A qué venía aquel reconocimiento?

Al pedirle una explicación, Henriette respondió que había recibido una carta con dos billetes de mil francos. El sobre, que adjuntaba con su respuesta, llevaba el matasellos de París y estaba escrito con una letra que obviamente estaba disfrazada.

¿De dónde procedían aquellos dos mil francos? ¿Quién se los había mandado? Se informó a la justicia. Pero ¿qué pista podían seguir entre tantas tinieblas?

El mismo hecho se repitió doce meses después. Y una tercera vez; y una cuarta, y cada año durante un período de seis años, con una única diferencia, que en el quinto y sexto año la suma se duplicó, lo que permitió a Henriette, que había enfermado súbitamente, cuidarse como debía.

Otra diferencia: después de que la administración de Correos hubiera incautado una de las cartas con la excusa de que no estaba registrada debidamente, las dos últimas cartas fueron enviadas según el reglamento, la primera fechada en Saint-Germain y la otra en Suresnes. El remitente firmaba

la primera Anquety y la segunda, Péchard. Las direcciones que había dado eran falsas.

Pasados seis años, Henriette murió, y el misterio quedó sin resolver.

El público conoce todos estos acontecimientos. El caso fue uno de los que provocaron furor en la opinión pública y fue una extraña coincidencia que aquel collar, que había causado una conmoción tan grande en Francia a finales del siglo XVIII, creara una conmoción similar un siglo más tarde. Pero lo que estoy a punto de relatar lo ignora todo el mundo, excepto las partes directamente interesadas y algunos otros a quienes el conde exigió guardar el secreto más absoluto. Como es probable que un día u otro se rompa esa promesa, no tengo ningún reparo en descorrer el velo y así revelar la clave del misterio, la explicación de la carta publicada en los periódicos de hace dos días, una carta extraordinaria que aumentó, si es posible, las sombras que envuelven este drama inescrutable.

De esto hace cinco días. Varios invitados estaban cenando en casa de Dreux-Soubise. Entre los presentes, se encontraban sus dos sobrinas y su prima, y los siguientes caballeros: el juez d'Essaville, el diputado Bochas, el caballero Floriani, a quien el conde había conocido en Sicilia, y el general marqués de Rouzières, un viejo amigo.

Después de comer, las damas sirvieron el café y se dio permiso a los caballeros para que fumaran un cigarrillo, a condición de que no abandonaran el salón. Charlamos. Una de las jóvenes se divirtió echando las cartas y adivinando el futuro. Luego la conversación derivó hacia los famosos crímenes. Esto brindó al marqués de Rouzières, a quien le encantaba burlarse del conde, la oportunidad de mencionar el asunto del collar de la reina, tema que el conde detestaba.

Inmediatamente después, cada cual dio su opinión y, por supuesto, las diversas teorías no solo resultaban contradictorias, sino imposibles.

—Y usted, señor, ¿cuál es su opinión? —preguntó la condesa al caballero Floriani.

—Yo no tengo opinión al respecto, señora.

Todos los invitados protestaron. Floriani acababa de relatar con gran brillantez varias aventuras en las que había participado con su padre, magistrado de Palermo, y con las que confirmaba su buen juicio y su gusto por estas cuestiones.

—Confieso que en alguna ocasión he tenido éxito allí donde otras personas más hábiles que yo se habían rendido —dijo él—. Pero de ahí a considerarme Sherlock Holmes… Además, apenas conozco el caso.

Todo el mundo se volvió hacia el dueño de la casa, quien, muy a su pesar, se vio obligado a resumir los hechos. El caballero escuchó, reflexionó, hizo algunas preguntas y concluyó:

—Qué extraño… A primera vista, el problema parece ser muy simple.

El conde se encogió de hombros, pero los demás se acercaron al caballero y este prosiguió en un tono un tanto dogmático:

—Como norma general, para encontrar al autor de un delito o robo, es necesario determinar cómo se cometió o cómo se pudo cometer dicho delito o robo. Creo que en el caso que nos ocupa no hay nada más sencillo, porque nos encontramos cara a cara, no con varias hipótesis, sino con una certeza, una única e inexorable: el ladrón solo podía entrar por la puerta de la habitación o por la ventana de la alcoba. Sin embargo, no se puede abrir una puerta cerrada desde el exterior. Así que entró por la ventana.

—Pero estaba cerrada y la encontramos cerrada —declaró con firmeza el señor de Dreux.

—Para ello —continuó Floriani sin tener en cuenta la interrupción—, el intruso tuvo que construir un puente con un tablón o una escalera entre el balcón de la cocina y la cornisa de la ventana, y ya que el estuche…

—Pero repito que la ventana estaba cerrada —exclamó el conde con impaciencia.

Esta vez, Floriani se vio obligado a responder. Lo hizo con la máxima tranquilidad, como si la objeción fuera el asunto más insignificante del mundo:

—Quiero creer que lo estaba, pero ¿acaso no hay un tragaluz?

—¿Cómo lo sabe?

—En primer lugar, es lo habitual en las casas de la época. Y en segundo lugar, es preciso que así sea, pues, de otro modo, el robo sería inexplicable.

—En efecto, hay un tragaluz, pero estaba cerrado, como la ventana. Ni siquiera le prestamos atención.

—Eso fue un error porque, de haberlo examinado, habrían visto que había sido abierto.

—¿Y cómo?

—Supongo que, como todos los demás, se abre por medio de un alambre con una anilla en el extremo inferior.

—Sí.

—¿Y esa anilla colgaba entre la ventana y el aparador?

—Sí, pero no entiendo…

—A través de una ranura en el cristal, con ayuda de un instrumento cualquiera, supongamos que una barra de hierro provista de un gancho, se pudo prender la anilla, tirar de ella y abrir.

El conde se rio y dijo:

—¡Excelente! ¡Excelente! Con que facilidad lo soluciona todo. Pero ha pasado por alto una cosa, señor, no había ninguna ranura en el cristal.

—Había una ranura.

—Claro que no, la hubiéramos visto.

—Para ver, se debe buscar, y nadie la buscó. La ranura existe, pues es materialmente imposible que no exista ninguna a lo largo del cristal, en la junta… En dirección vertical, por supuesto.

El conde se levantó. Parecía muy alterado. Caminó de arriba abajo por el salón con paso nervioso y después se acercó a Floriani.

—Nadie ha puesto los pies en esa habitación desde entonces y no ha cambiado nada desde ese día —le dijo.

—En ese caso, señor, tiene la posibilidad de comprobar que mi explicación coincide con la realidad.

—No coincide con los hechos establecidos por el juez de instrucción. Usted no ha visto nada, desconoce el caso y, sin embargo, pone en duda todo lo que hemos visto y todo lo que sabemos.

Floriani no prestó atención siquiera a la alteración del conde.

—Dios mío, señor. Solo estoy presentando mi teoría, eso es todo —dijo, sonriendo—. Si me equivoco, demuéstreme mi error.

—Lo haré de inmediato. Confieso que la confianza en sí mismo que demuestra…

De Dreux murmuró algunas palabras más y luego, de repente, se dirigió a la puerta y salió.

No se pronunciaron más palabras. Esperaban con ansiedad, como si una parte de la verdad fuera a materializarse. Y el silencio iba cargado de una gravedad extrema.

Finalmente, el conde apareció en el marco de la puerta. Estaba pálido y tremendamente nervioso.

—Les pido perdón —dijo a sus amigos con voz temblorosa—. Las revelaciones del caballero son tan inesperadas… Jamás habría pensado que…

Su esposa lo interrogó con avidez:

—Háblame, te lo suplico. ¿Qué ocurre?

—La ranura existe… en el lugar indicado…, a lo largo del cristal —tartamudeó el conde.

Tomó bruscamente el brazo del caballero y con tono imperioso le dijo:

—Y ahora, señor, prosiga. Admito que hasta este punto ha tenido razón, pero… No ha terminado. Responda, ¿qué cree que sucedió?

Floriani se zafó suavemente y, un momento después, continuó:

—En mi opinión, esto es lo que ocurrió. El ladrón, sabiendo que la condesa iba a asistir al baile con el collar aquella misma noche, preparó su pasarela o puente durante su ausencia. Vigiló a través de la ventana y le vio ocultar la joya. Una vez que salió de allí, cortó el cristal y tiró de la anilla.

—Pero la distancia es demasiado grande. Le sería imposible llegar a la manilla de la ventana a través del tragaluz.

—Si no la pudo abrir, entonces entró por el tragaluz.

—Imposible, es demasiado pequeño. Ningún hombre podría colarse por ahí.

—Entonces no fue un hombre.

—¡¿Cómo?!

—Sin duda. Si el hueco es demasiado estrecho para un hombre, debe haber sido un niño.

—¡Un niño!

—¿No dijo usted que su amiga Henriette tenía un hijo?

—En efecto, un niño llamado Raoul.

—Entonces, con toda probabilidad, fue el tal Raoul quien cometió el robo.

—¿Qué prueba tiene usted?

—¿Prueba? No carecemos de pruebas. Por ejemplo… —Se detuvo y reflexionó durante un momento—. Por ejemplo, la pasarela —continuó—. Es poco probable que el niño pudiera haberla traído desde fuera de la casa y llevársela de nuevo sin que nadie lo viera. Tuvo que emplear lo que tenía a su disposición. En el habitáculo que Henriette usaba como cocina había dos tablas sujetas a la pared para las cacerolas, ¿no?

—Sí, por lo que recuerdo, dos tablas.

—Habría que comprobar si dichas tablas están realmente ensambladas a los tacos de madera que las sostienen. De lo contrario, podríamos pensar que el niño las quitó, las unió, y así formó su puente. Y puesto que había un horno, cabe también la posibilidad de encontrar el gancho que usó para abrir el tragaluz.

Sin decir una palabra, el conde salió de la habitación y esta vez los allí presentes no sentían la ansiedad nerviosa que habían experimentado la

primera vez. Sabían, sin lugar a dudas, que Floriani tenía razón. Aquel hombre desprendía tal aire de certeza que al escucharlo, no parecía deducir los hechos, sino relatar acontecimientos cuya autenticidad pudiese verificarse.

Nadie se sorprendió cuando el conde regresó y declaró:

—Efectivamente, fue el niño. Todo lo prueba.

—Ha comprobado usted los estantes y el gancho del horno, ¿verdad?

—Descolgaron los estantes y el gancho aún está allí.

—Fue el niño… —exclamó la señora de Dreux-Soubise—. Más bien querrá decir que fue la madre. Henriette es la única culpable. Debió obligar a su hijo…

—No. Se equivoca —afirmó el caballero—. La madre no tuvo nada que ver.

—¡Pues claro que sí! Vivían en el mismo cuarto. El niño no podría haberlo hecho sin el conocimiento de la madre.

—Vivían en el mismo cuarto, pero todo esto sucedió en la habitación contigua, durante la noche, mientras la madre dormía.

—¿Y el collar? —preguntó el conde—. Lo habríamos encontrado entre las cosas del niño…

—¡Discúlpenme! El niño sí salía. Esa misma mañana en la que usted lo encontró leyendo, acababa de volver de la escuela. Tal vez el comisario de policía, en lugar de perder el tiempo con la inocente madre, lo habría empleado mejor en registrar el escritorio del niño, entre los libros escolares.

—Pero ¿cómo explica esos dos mil francos que Henriette recibía cada año? ¿No son prueba de su complicidad?

—Si hubiera sido cómplice, ¿le habría dado las gracias por ese dinero? Y además, ¿acaso no la vigilaban? Sin embargo, el niño era libre y fácilmente podría ir a una ciudad vecina para negociar con algún comerciante y venderle un diamante o dos, con la condición de que el dinero se enviara desde París y que el procedimiento se repitiera de forma anual.

Una ansiedad indescriptible oprimía a los Dreux-Soubise y a sus invitados. Había algo en el tono y la actitud de Floriani, algo más que la seguridad del caballero que, desde el principio, había molestado al conde. Había un toque de ironía, una ironía con un matiz más hostil que el estrictamente convenido, una ironía que se alejaba de la simpatía y la amistad.

El conde se echó a reír.

—¡Qué historia tan ingeniosa e interesante! ¡Le felicito por su brillante imaginación!

—No, no —exclamó Floriani con gran seriedad—. Yo no imagino nada. Simplemente describo los acontecimientos tal como deben haber ocurrido.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Lo que me ha contado usted mismo. Me imagino la vida de la madre y el niño en las provincias; la enfermedad de la madre, los trucos y las artimañas del niño para vender las piedras preciosas con el fin de salvar la vida de su madre, o, al menos, de endulzarle sus últimos momentos. La enfermedad se la lleva. Muere. Pasan los años. El niño se convierte en un hombre. Y entonces, por esta vez admito que daré rienda suelta a mi imaginación, supongamos que aquel niño siente la necesidad de regresar a los lugares de su infancia, que revive aquellos momentos, que encuentra a las personas que sospecharon y acusaron a su madre… ¿Se da cuenta del dolor y la angustia de tal encuentro en la vieja casa en la que tuvo lugar el drama original?

Sus palabras resonaron durante unos segundos en el silencio que las siguió, y en los rostros del conde y de la condesa de Dreux se podía leer el esfuerzo desesperado por comprender el significado y, al mismo tiempo, el miedo y la angustia de tal comprensión.

—¿Quién es usted? —murmuró el conde.

—¿Yo? El caballero Floriani a quien conoció en Palermo y a quien ha tenido la generosidad de invitar a su casa en varias ocasiones.

—Entonces, ¿qué significa esa historia?

—¡Oh, nada en absoluto! Es simplemente un pasatiempo, por lo que a mí respecta. Me esfuerzo por figurarme el placer que el hijo de Henriette, si aún vive, sentiría al decirles que él fue el único culpable, y que lo hizo porque su madre tuvo la desgracia de perder su trabajo de criada, y porque el niño sufrió al ver el dolor de su madre.

Floriani habló con una emoción contenida, medio erguido y medio inclinado sobre la condesa. No cabía duda alguna: el caballero Floriani era el hijo de Henriette. Su actitud y sus palabras así lo indicaban. Además, ¿no era su intención obvia y su deseo de ser reconocido como tal?

El conde vaciló. ¿Qué acción se requería contra el audaz invitado? ¿Delatarlo? ¿Provocar un escándalo? ¿Desenmascarar al hombre que le robó? ¡Pero había pasado tanto tiempo! ¿Y quién creería esa absurda historia del niño culpable? No, era mejor aceptar la situación y fingir no comprender su verdadero significado. Así que el conde se acercó a Floriani y exclamó con alegría:

—Un relato muy curioso y entretenido. Lo he disfrutado mucho. Pero ¿qué cree que ha sido de ese excelente joven, ese modelo de hijo? Espero que no haya abandonado la carrera en la que hizo un debut tan brillante.

—¡Oh, no! Desde luego que no.

—No es de extrañar. ¡Tras semejante comienzo! Robar el collar de la reina a los seis años de edad, el famoso collar que codiciaba María Antonieta.

—Y robarlo —comentó Floriani, siguiéndole la corriente al conde—, sin que le supusiera el menor problema, sin que nadie pensara en examinar el estado de la ventana ni observara que el borde estaba demasiado limpio, porque lo había limpiado para borrar toda huella de su paso sobre el polvo acumulado… Me concederá que era suficiente para trastornar la cabeza de un chico de su edad. ¿Acaso fue tan fácil? ¿Acaso bastaba solo con desearlo y cogerlo por su mano? Desde luego que lo deseaba…

—Y bien que lo cogió.

—Con las dos manos —añadió el caballero, entre risas.

El resto de los invitados se estremeció. ¿Qué misterio rodeaba la vida del llamado Floriani? ¿Qué maravillosa existencia debía ser la de este aventurero, excelente ladrón a los seis años y que, hoy en día, en busca de emociones o, a lo sumo, para satisfacer su resentimiento, había llegado a desafiar a su víctima en su propia casa, con audacia, en un acto de insensatez, y sin embargo con toda la gracia y la delicadeza de un cortés huésped?

Se levantó y se acercó a la condesa para despedirse. Ella reprimió el instinto de retroceder. Él sonrió.

—Señora, me tiene miedo. ¿Quizá he llevado demasiado lejos mi pequeña representación de tertulia?

La condesa se controló y respondió con su desenvoltura acostumbrada:

—De ningún modo, señor. La leyenda de ese buen hijo me ha interesado muchísimo y me complace saber que mi estimado collar ha tenido ese destino. Pero ¿no cree que el hijo de esa… mujer, esa tal Henriette, actuó siguiendo sobre todo su vocación?

Se estremeció al sentir la punzada y respondió:

—Estoy seguro de ello y, además, su tendencia natural al crimen debe haber sido muy fuerte o se habría desanimado.

—Y eso ¿por qué?

—Pues porque, como sabe, la mayoría de las piedras eran falsas. Las únicas piedras verdaderas eran los pocos diamantes comprados al joyero inglés. Las otras fueron vendidas, una por una, para satisfacer las crueles necesidades de la vida.

—Sigue siendo el collar de la reina, señor —respondió la condesa con altivez—, algo que, según creo, el hijo de Henriette no podía comprender.

—Él fue capaz de apreciar, señora, que, auténtico o falso, el collar no era más que un objeto de exhibición, un estandarte.

El señor de Dreux hizo un gesto, pero su esposa lo detuvo.

—Señor —dijo ella—, si el hombre al que alude tiene la más mínima decencia…

Se interrumpió, intimidada por la tranquila mirada de Floriani.

—¿Si el hombre al que alude tiene la más mínima decencia…? —repitió él.

Ella percibió que no ganaría nada hablándole de esa manera y, a pesar de su ira e indignación, temblando por el orgullo humillado, le dijo, casi amablemente:

—Señor, la leyenda cuenta que Rétaux de Villette, cuando tuvo en sus manos el collar de la reina y le quitó todos los diamantes con Jeanne de Valois, no se atrevió a tocar la montura. Comprendió que los diamantes eran simplemente el adorno, el accesorio, y que la montura era la obra esencial, la creación del artista, y así lo respetó. ¿Cree que ese hombre también lo comprendió?

—No tengo duda alguna de que la montura existe. El niño la ha respetado.

—Pues bien, señor, si por casualidad se encuentra con él, dígale que conserva injustamente en su poder una reliquia propiedad y orgullo de cierta familia, y que, aunque le hayan quitado las piedras preciosas, el collar de la reina todavía pertenece a la casa Dreux-Soubise. Nos pertenece tanto como nuestro nombre o nuestro honor.

El caballero se limitó a responder:

—Así se lo transmitiré, señora.

Se inclinó ante ella, saludó al conde y a los demás invitados, y se fue.

Cuatro días más tarde, la condesa de Dreux encontró sobre la mesa de su dormitorio un estuche rojo con las armas del cardenal. Lo abrió. Era el collar de la reina.

Sin embargo, como en la vida de un hombre preocupado por la unidad y la lógica todas las cosas deben converger hacia el mismo objetivo, y teniendo en cuenta que un poco de publicidad nunca está de más, al día siguiente, el *Écho de France* publicó estas sensacionales líneas:

El collar de la reina, la célebre joya histórica robada antaño a la familia de Dreux-Soubise, ha sido recuperada por Arsène Lupin, quien se ha apresurado a devolverla a sus legítimos dueños. No cabe sino aplaudir un acto tan delicado y caballeresco.

6

EL SIETE DE CORAZONES

Hay una pregunta que se me ha hecho a menudo: ¿cómo conocí a Arsène Lupin?

Nadie duda que lo conozca. Los detalles que acumulo sobre este hombre desconcertante, los hechos irrefutables que expongo, las nuevas pruebas que aporto, la interpretación que doy de ciertos acontecimientos de los que solo se conocían aspectos exteriores, sin profundizar en razones secretas ni en su mecanismo invisible, demuestran, si no una intimidad que la existencia misma de Lupin haría imposible, sí al menos unas relaciones amistosas con él, con las consiguientes confidencias.

Pero ¿cómo lo conocí? ¿Por qué se me concedió el favor de ser su cronista? ¿Por qué yo y no otro?

La respuesta en sencilla: solo la casualidad decidió una elección en la que mis méritos no tuvieron nada que ver. La casualidad me puso en su camino. La casualidad me introdujo en una de sus más extrañas y misteriosas aventuras y la casualidad hizo, en definitiva, que me convirtiera en actor de un drama que contaba con Lupin como director escénico, un drama oscuro y complicado y con tales peripecias que no sé bien por dónde empezar a contarlo.

El primer acto transcurre durante la famosa noche del 22 al 23 de junio, de la que tanto se ha hablado. Y por lo que a mí respecta, digámoslo ya de entrada, atribuyo la conducta irregular que tuve en aquella ocasión al especial estado de ánimo en que me encontraba al volver a casa. Había cenado con unos amigos en el restaurante de la Cascade y durante toda la velada, mientras fumábamos y la orquesta de cíngaros tocaba valses melancólicos, no habíamos hablado más que de crímenes, de robos y de intrigas espeluznantes y tenebrosas. Lo cual es siempre una mala preparación para el sueño.

Los Saint-Martin se fueron en automóvil. Jean Daspry —el encantador y despreocupado Daspry que seis meses después murió de manera trágica en la frontera de Marruecos— y yo volvimos a pie en la noche oscura y cálida.

Cuando llegamos a la pequeña mansión de Neuilly, en el bulevar Maillot, en que yo vivía en el último año, me dijo:

—¿Nunca ha tenido usted miedo?

—¡Qué ocurrencia!

—¡Es que este hotel está muy aislado! Sin vecinos…, rodeado de terrenos sin cultivar… Cielos, no me tengo por cobarde, pero…

—Vamos, está usted un poco alegre.

—Bueno, he dicho eso como podría decir otra cosa. Me han impresionado las historias de bandidos que han contado los Saint-Martin.

Después de estrecharme la mano, se alejó. Yo saqué la llave y abrí.

—Vaya, vaya —murmuré—. Antoine ha olvidado dejarme una vela encendida.

Pero entonces recordé que Antoine estaba fuera. Yo mismo le había dado permiso para que pudiera ausentarse esa tarde.

De repente, las sombras y el silencio dejaron de ser de mi agrado. Subí a mi habitación a tientas, lo más deprisa posible, e, inmediatamente, en contra de mi costumbre, eché la llave y corrí el pestillo.

La llama de la vela me devolvió la calma. Con todo, tuve la precaución de sacar el revólver de la funda, un arma grande y de largo alcance, y de dejarlo junto a la cama. Esta medida acabó de tranquilizarme. Me acosté y, como hago habitualmente para coger el sueño, tomé de la mesilla el libro que me aguardaba allí todas las noches.

Me llevé una sorpresa. En lugar del cortapapeles que había dejado la víspera como señal, encontré un sobre cerrado con cinco sellos de lacre rojo. Lo cogí con premura. No tenía más dirección que mi nombre, y una palabra: «Urgente».

¡Una carta! ¡Una carta a mi nombre! ¿Quién podía haberla puesto allí? Un poco nervioso, abrí el sobre y leí:

> *Desde el momento en que abra usted esta carta, pase lo que pase y oiga lo que oiga, no se mueva, no haga el menor gesto ni profiera ningún grito. De lo contrario, estará usted perdido.*

Yo tampoco me tengo por cobarde y, como cualquier hombre, sé hacer frente a un peligro real o sonreír cuando nuestra imaginación concibe temores quiméricos. Pero repito que me encontraba en un estado de ánimo insólito, fácilmente impresionable y con los nervios a flor de piel. Además, ¿no había en todo aquello algo inquietante e inexplicable que habría quebrantado el temple del más intrépido?

Mis dedos apretaron febrilmente el papel y mis ojos repasaron una y otra vez aquellas frases amenazadoras:

No haga el menor gesto… ni profiera ningún grito… De lo contrario, estará usted perdido.

«¡Vamos, hombre! —me dije—. Será una broma, una estúpida burla».

Estuve a punto de reír, incluso quise estallar en carcajadas. ¿Qué me lo impidió? ¿Qué vago temor me oprimió la garganta?

Al menos apagaría la vela. Pero no, no pude apagarla. «No haga el menor gesto o estará perdido», habían escrito.

Pero ¿por qué luchar contra autosugestiones que con frecuencia son más poderosas que los hechos más tangibles? Bastaba con cerrar los ojos. Y los cerré.

En aquel mismo instante un leve ruido rasgó el silencio; luego oí crujidos. Me pareció que procedían de un salón cercano en el que había instalado mi despacho y del que me separaba únicamente la antesala.

La proximidad de un peligro real me sobreexcitó y sentí el impulso de levantarme, empuñar el revólver y correr hacia el salón. Pero no me levanté: delante de mí, una de las cortinas de la ventana izquierda se acababa de mover.

Era indudable: se había movido. ¡Y seguía moviéndose! Y entonces vi —ah, lo vi claramente— que en el estrechísimo espacio entre las cortinas y la ventana había una forma humana cuyo volumen impedía que el tejido colgara recto.

Y la persona en cuestión también me veía; no cabía duda de que me veía a través de los puntos muy abiertos del tejido. Entonces lo comprendí. Mientras sus cómplices se llevaban el botín, la misión de aquel sujeto era inmovilizarme. ¿Levantarme? ¿Empuñar el revólver? Imposible… ¡Aquel individuo estaba allí! Al menor gesto, al menor grito, estaba perdido.

Un golpe violento sacudió el edificio, seguido de golpes menores producidos en series de dos o tres, como cuando se clavan clavos y se remachan con un martillo. Al menos eso fue lo que imaginé en la confusión de mi cerebro. Oí más ruidos, un verdadero tumulto que revelaba que los causantes no albergaban preocupación alguna y que trabajaban con total tranquilidad.

Sus motivos tenían: yo no movía un músculo. ¿Era cobardía? No, era más bien anonadamiento, impotencia total. También prudencia, pues, al fin y al cabo, ¿para qué plantar cara? Tras aquel hombre, cuando los llamara,

aparecerían otros diez. ¿Iba a arriesgar mi vida para salvar unos tapices y dos o tres baratijas?

Aquel suplicio duró toda la noche. ¡Suplicio intolerable, angustia terrible! El ruido había cesado, pero yo no dejaba de esperar que se reanudara. ¡Y el hombre, el hombre que me vigilaba con un arma en la mano! No apartaba mis ojos espantados de él. ¡Y el corazón me iba al galope! Y el sudor me bajaba por la frente y bañaba todo mi cuerpo.

Y, de súbito, me invadió un bienestar indescriptible: en aquel momento, pasó por el bulevar el carro de un lechero cuyo traqueteo conocía bien y, al mismo tiempo, tuve la impresión de que el alba se colaba entre los listones de las persianas y de que la sombra se mezclaba ya con algo de luz.

Y el día penetró en la habitación. Pasaron otros vehículos. Y los fantasmas de la noche se desvanecieron.

Entonces saqué un brazo de la cama, muy despacio, disimuladamente. Nada se movió delante de mí. Tenía los ojos fijos en el pliegue de la cortina, en el lugar exacto donde había que apuntar, calculé con precisión la cantidad de movimientos que debía ejecutar y, sin perder un instante, empuñé el revólver y disparé.

Salté del lecho con un grito de liberación y me abalancé sobre la cortina. La tela estaba agujereada, el cristal estaba agujereado. En cuanto al hombre, no había podido alcanzarlo… por la sencilla razón de que allí no había nadie.

¡Nadie! ¡O sea que toda la noche había estado hipnotizado por el pliegue de una cortina! Y mientras tanto, los malhechores… Lleno de furia, en un arranque que nada habría detenido, giré la llave en la cerradura, abrí la puerta, crucé la antesala, abrí otra puerta y me precipité al salón.

El estupor me dejó clavado en el umbral, jadeando, aturdido, más sorprendido todavía de lo que había estado al comprobar la ausencia del hombre: no había desaparecido nada. Todas las cosas que suponía robadas —muebles, cuadros, terciopelos y sedas antiguos—, ¡todo seguía en su sitio!

¡Espectáculo incomprensible! ¡No daba crédito a mis ojos! Y, no obstante, aquel alboroto, aquellos ruidos de mudanza… Recorrí la habitación, inspeccioné las paredes, hice inventario de todos los objetos que conocía perfectamente. ¡No faltaba nada! Lo que más me desconcertaba era que nada revelaba que los malhechores hubieran estado allí, ningún indicio, ni una silla desplazada, ni una sola huella de pasos.

«Vamos a ver —me dije, llevándome las manos a la cabeza—. Yo no estoy loco, ¡he oído ruidos!».

Aunque examiné el salón palmo a palmo, siguiendo los métodos de investigación más minuciosos, fue en vano. Pero entonces… ¿Podía considerarse aquello como una pista? Debajo de una pequeña alfombra persa sobresalía un naipe. Era un siete de corazones, idéntico a todos los siete de corazones de las barajas francesas, pero con un detalle muy curioso que me llamó la atención. El extremo de cada uno de los siete corazones estaba agujereado, y el agujero era redondo y regular, como hecho con un punzón.

Eso era todo. Un naipe y una carta dentro de un libro. Aparte de eso, nada. ¿Bastaba aquello para afirmar que no había sido víctima de un sueño?

Seguí inspeccionando el salón durante todo el día. Era una estancia exageradamente grande comparada con las modestas dimensiones de la casa y su decoración daba fe de los gustos extravagantes de quien la había proyectado. El suelo era un mosaico de piedrecillas multicolores que formaban grandes dibujos simétricos. El mismo mosaico cubría las paredes, organizado en paneles que reproducían alegorías pompeyanas, obras bizantinas y frescos medievales. Un Baco a horcajadas sobre un tonel. Un emperador coronado de oro, con una barba vivamente coloreada, empuñaba con la mano derecha una espada de doble filo.

Arriba del todo, como si aquello fuera un taller, se recortaba la única y enorme ventana de la habitación. Por la noche permanecía abierta y era probable que los intrusos hubieran entrado por ella, con ayuda de una escalera. Pero tampoco allí había el menor rastro. Las patas de la escalera habrían dejado huellas en la tierra batida del patio, y no las había. La hierba del terreno que rodeaba el edificio debería haber sido pisoteada, pero no lo estaba.

Confieso que en ningún momento se me ocurrió avisar a la policía, tan incoherentes y absurdos eran los hechos que habría tenido que explicar. Se habrían reído de mí. Sin embargo, dos días después, tenía que entregar mi crónica al *Gil Blas*, publicación con la que colaboraba por aquel entonces, y obsesionado con la aventura, la relaté punto por punto.

El artículo despertó algún interés, aunque me di cuenta de que nadie se lo tomó muy en serio y de que se consideró más una fantasía que un hecho real. Los Saint-Martin se burlaron de mí. Por su parte, Daspry, que tenía cierta experiencia en estos asuntos, vino a verme, quiso que le explicara lo sucedido y lo meditó… sin obtener mejores resultados.

Ahora bien, una mañana, no mucho después, sonó la campanilla de la verja y Antoine me anunció que un caballero deseaba hablar conmigo. No había querido dar su nombre. Le rogué que subiera.

Era un hombre de unos cuarenta años, muy moreno, de rostro enérgico y cuya vestimenta, correcta pero usada, revelaba una atención por la elegancia que contrastaba con sus modales algo vulgares.

Sin preámbulos, con una voz ronca y con un acento que confirmaba su condición social, me dijo:

—Señor, estando de viaje y en un café, me llamó la atención un número del *Gil Blas*. Leí su artículo. Y me interesó… Mucho.

—Muy agradecido.

—Y por eso estoy aquí.

—¡Ah!

—En efecto, para hablar con usted. ¿Son exactos todos los hechos que cuenta?

—Totalmente.

—¿No hay nada que sea invención suya?

—Ni una coma.

—En ese caso, es posible que tenga información que le interese.

—Escucho.

—No.

—¿No?

—Antes de hablar, es preciso que compruebe que es verdad.

—¿Y qué hay que hacer para comprobarlo?

—Debo quedarme solo en esta habitación.

Lo observé con sorpresa.

—No acabo de entender…

—Cuando leí su artículo, tuve una idea. Ciertos detalles coinciden de un modo extraordinario con otra experiencia que llegué a conocer por casualidad. Si estoy equivocado, es preferible que guarde silencio. El único medio de saberlo es quedarme aquí solo.

¿Qué había detrás de aquella propuesta? Más tarde recordé que el hombre parecía inquieto al formularla, que había cierta ansiedad en sus facciones. Pero, en aquel momento, aunque un poco sorprendido, no vi nada particularmente anormal en su petición. ¡Además, sentía una gran curiosidad!

—De acuerdo —respondí—. ¿Cuánto tiempo necesitará?

—Oh, tres minutos, no más. En tres minutos estaré de nuevo con usted.

Salí de la habitación. Ya en la planta baja, saqué el reloj. Transcurrió un minuto. Dos… ¿Por qué me sentía abrumado? ¿Por qué me parecía que aquellos instantes se sucedían con más solemnidad que otros? Dos minutos y medio… Dos minutos y tres cuartos… Y, de pronto, resonó un disparo.

Subí la escalera a zancadas y entré. Se me escapó un grito de horror.

El hombre yacía inmóvil en mitad del salón, tendido sobre el costado izquierdo. De su cráneo manaba sangre mezclada con fragmentos de masa encefálica. Junto a su mano, un revólver, todavía humeante.

Sufrió una convulsión y aquello fue todo.

Pero hubo algo que me afectó más que aquel espectáculo espantoso, algo que me impidió gritar inmediatamente pidiendo ayuda y que hizo que ni siquiera me arrodillara para comprobar si el hombre seguía con vida. ¡A dos pasos de él, en el suelo, había un siete de corazones!

Recogí el naipe. Los extremos de los siete corazones habían sido agujereados…

Media hora después llegó el comisario de policía de Neuilly, luego el médico forense, luego el jefe de Sûreté, la Policía Nacional, el señor Dudouis. Yo me había guardado mucho de tocar el cadáver. Nada podía falsear las primeras pesquisas.

Fueron breves, tanto más porque en principio no se descubrió nada o muy poco. En los bolsillos del muerto no había ningún documento; en su traje, ningún nombre; en su ropa interior, ninguna inicial. En suma, ningún indicio que permitiera establecer su identidad. Y en el salón, el mismo orden que antes del suceso. No se había movido ningún mueble y los objetos estaban donde siempre. Sin embargo, aquel hombre ¡no se había presentado en mi casa con la única intención de matarse pensando que mi domicilio se prestaba mejor que ningún otro a su plan suicida! Tenía que haber un motivo detrás de aquel acto de desesperación y debía de haber sido consecuencia de algún dato nuevo, constatado en los tres minutos que había permanecido solo.

Pero ¿qué dato? ¿Qué había visto? ¿Qué había descubierto? ¿Qué secreto espantoso había comprendido? No había ninguna certeza.

Sin embargo, en el último momento, se produjo un incidente que nos pareció de gran importancia. Cuando dos agentes se agacharon para levantar el cadáver y colocarlo en unas parihuelas, advirtieron que su mano izquierda, cerrada con fuerza hasta entonces, se había abierto y que de ella caía una tarjeta de visita completamente arrugada.

La tarjeta decía:

Georges Andermatt. Rue de Berri, n.º 37

¿Qué significaba aquello? Georges Andermatt era un importante banquero de París, fundador y presidente del conocido Consorcio Metalúrgico, que había impulsado poderosamente las industrias del metal de Francia. Vivía la gran vida, poseía berlina de cuatro caballos, varios automóviles y cuadras en el hipódromo. Sus fiestas eran muy concurridas y se hablaba mucho de la elegancia y la belleza de la señora Andermatt.

—¿Será el muerto? —murmuré.

El jefe de la Sûreté se agachó.

—No —anunció—. El señor Andermatt es un hombre pálido y un poco canoso.

—Entonces, ¿a qué viene esta tarjeta?

—¿Tiene usted teléfono, señor?

—Sí, en el vestíbulo. Si tiene la bondad de acompañarme por aquí…

Buscó en el listín y pidió el 415-21.

—¿Está en casa el señor Andermatt? Haga el favor de decirle que el señor Dudouis le ruega que acuda inmediatamente al bulevar Maillot, 102. Es urgente.

Veinte minutos después, el señor Andermatt se apeó de su automóvil. Se le expusieron los motivos por los que se requería su presencia y, a continuación, lo condujeron ante el cadáver.

La cara se le contrajo de emoción durante un segundo y en voz muy baja, como si hablara para sus adentros, dijo:

—Étienne Varin.

—¿Lo conoce?

—No… Bueno, sí, pero solo de vista. Su hermano…

—¿Tiene un hermano?

—Sí, Alfred Varin… En cierta ocasión vino a pedirme algo, ya no recuerdo qué…

—¿Dónde vive?

—Los dos hermanos compartían domicilio…, en rue de Provence, creo.

—¿Y no se le ocurre ninguna razón por la que haya querido matarse?

—Ninguna en absoluto.

—Y sin embargo… La tarjeta que tenía en la mano… ¡Es suya y en ella consta su dirección!

—No entiendo nada. Sin duda es una casualidad que las investigaciones pertinentes se encargarán de explicar.

«En cualquier caso, una casualidad muy curiosa», pensé. Y me pareció que todos teníamos aquella misma impresión.

Una impresión que volví a percibir en los periódicos del día siguiente y entre los amigos con quienes comenté el suceso. Entre los misterios que lo complicaban, después del doble y desconcertante descubrimiento del siete de corazones siete veces perforado, tras los dos enigmáticos hechos que habían tenido lugar en mi casa, la tarjeta de visita parecía prometer por fin un poco de luz. Gracias a ella, podríamos llegar a la verdad.

Sin embargo, contra todas las previsiones, el señor Andermatt no aportó ninguna pista.

—He dicho todo lo que sabía —repetía—. ¿Qué más quieren? Soy el primer sorprendido de que esta tarjeta se encontrara allí y espero, como todo el mundo, que este detalle se aclare.

No fue así. La investigación estableció que los hermanos Varin, de origen suizo, habían llevado una vida muy agitada bajo distintas identidades, que frecuentaban casas de apuestas y que se relacionaban con una banda de extranjeros buscada por la policía que se había dispersado a raíz de una serie de robos en los que su participación no se confirmó hasta tiempo después. En el número 24 de la rue de Provence, donde, en efecto, habían vivido los hermanos Varin seis años antes, nadie sabía qué había sido de ellos.

Confieso que, por mi parte, el asunto me parecía tan embrollado que no creía posible que se llegara a solucionar y me esforzaba por no soñar con dicha posibilidad. En cambio, Jean Daspry, a quien veía mucho por aquella época, estaba cada vez más entusiasmado.

Fue él quien me señaló esta noticia de un periódico extranjero que toda nuestra prensa reproducía y comentaba:

> En presencia del emperador y en un lugar que se mantendrá en secreto hasta el último minuto, se llevarán a cabo las primeras pruebas de un submarino que revolucionará las condiciones futuras de la guerra naval. Una indiscreción nos ha revelado su nombre: se llama *Siete de corazones*.

¡*Siete de corazones*! ¿Era aquello fruto de la casualidad? ¿O había un vínculo real entre el nombre del submarino y los incidentes que he contado? ¿Y de qué naturaleza era ese vínculo? Era imposible que lo que ocurría aquí tuviera alguna relación con lo que ocurría allí.

—¿Qué sabe usted? —me decía Daspry—. A menudo, los efectos más dispares proceden de una sola causa.

Al día siguiente apareció otra noticia:

> Se afirma que los planos del *Siete de corazones*, el submarino que se probará en fecha próxima, han sido proyectados por ingenieros franceses. Después de haber solicitado en vano el apoyo de las autoridades de su país, parece que estos ingenieros recurrieron sin mucho más éxito al almirantazgo inglés. Esta información no ha sido contrastada.

Prefiero no insistir demasiado en dichos hechos de naturaleza tan delicada, que causaron, como se recordará, una conmoción tan extraordinaria. Sin embargo, y ya que se ha descartado el riesgo de complicación del asunto, me veo obligado a hablar del artículo del *Écho de France* que tanto ruido hizo entonces y que arrojó cierta luz, aunque algo confusa, sobre el «caso del *Siete de corazones*», que era como se le llamaba.

He aquí el artículo, tal como apareció firmado por un tal Salvator:

SE DESVELA UNA PARTE
DEL ENTRAMADO EN EL CASO
DEL «SIETE DE CORAZONES»

> Seremos breves. Hace diez años, un joven ingeniero de minas, Louis Lacombe, deseoso de consagrar su tiempo y su fortuna a los estudios que había emprendido, presentó la dimisión y alquiló en el número 102 del bulevar Maillot una pequeña mansión construida y decorada recientemente por un conde italiano. Por medio de los hermanos Varin, dos individuos de Lausana, uno de los cuales lo ayudaba preparando sus experimentos mientras el otro le buscaba socios capitalistas, entró en relaciones con el señor Georges Andermatt, que acababa de fundar el Consorcio Metalúrgico.
>
> Después de entrevistarse con él en varias ocasiones, consiguió interesarlo en el proyecto de un submarino en el que trabajaba y acordaron que, en cuanto estuviese totalmente terminado el proyecto, el señor Andermatt utilizaría su influencia para que el Ministerio de Marina le permitiera realizar una serie de pruebas.
>
> Durante dos años, Louis Lacombe visitó con frecuencia el domicilio de Andermatt para presentar al banquero los progresos de su proyecto, hasta que, un día, satisfecho de su trabajo, y tras encontrar la fórmula definitiva que buscaba, rogó al señor Andermatt que cumpliera con su parte del trato.
>
> Aquel día cenó en casa de los Andermatt. Se fue a las once y media de la noche. Y no se ha vuelto a saber de él desde entonces.
>
> Si se consultan los periódicos de aquellas fechas, se comprobará que la familia del joven recurrió a la justicia y que las autoridades se preocuparon. Pero no se averiguó nada concreto y en general se llegó a la conclusión de que Louis Lacombe, a quien consideraban un muchacho raro y temperamental, se había ido de viaje sin avisar a nadie.
>
> Aceptemos esta hipótesis… poco convincente. Sin embargo, surge una pregunta, de capital importancia para nuestro país: ¿qué ha sido de los planos del submarino? ¿Se los llevó Louis Lacombe? ¿Fueron destruidos?
>
> De la investigación a fondo que hemos llevado a cabo se desprende que esos planos son reales; existen. Los hermanos Varin los tuvieron en sus manos. ¿Cómo? No se ha podido establecer todavía, como tampoco sabemos por qué no probaron a venderlos. ¿Temían que les preguntaran cómo los habían obtenido? En cualquier caso, este temor ya ha desaparecido y podemos afirmar con toda certeza lo siguiente: los planos de Louis Lacombe están en poder de una potencia extranjera y estamos en condiciones de publicar la correspondencia que intercambiaron a este fin los hermanos Varin y el representante de la potencia en cuestión. El *Siete de corazones* ideado por Louis Lacombe ha sido construido por nuestros vecinos.

¿Se harán realidad las optimistas pretensiones de los involucrados en este acto de traición? Como esperamos lo contrario, tenemos razones para creer que el acontecimiento no decepcionará a nadie.

Se añadía una posdata:

Última hora. – Estábamos a la expectativa, y por buenas razones. La información particular que poseemos nos permite anunciar que las pruebas del *Siete de corazones* no han sido satisfactorias. Es muy probable que, en los planos entregados por los hermanos Varin, falte el último documento que Louis Lacombe entregó al señor Andermatt la noche de su desaparición, seguramente un documento indispensable para la comprensión total del proyecto, una especie de resumen en el que sin duda se encontrarán las conclusiones definitivas de los cálculos y medidas contenidos en los otros papeles. Sin este documento, los planos están incompletos, de igual modo que, sin los planos, el documento de marras es inútil.

Así pues, todavía estamos a tiempo de movilizarnos y recuperar lo que nos pertenece. Para esta dificilísima misión, esperamos con mucho interés la ayuda del señor Andermatt. Este caballero debería dar parte de la inexplicable conducta que ha tenido desde el principio. Debería decir no solo por qué no contó lo que sabía en el momento del suicidio de Étienne Varin, sino también por qué no ha revelado nunca la desaparición de unos documentos de los que tenía conocimiento. Y por qué, durante seis años, hizo vigilar a los hermanos Varin por agentes a sueldo.

No esperamos de él palabras, sino hechos. De lo contrario…

Era una amenaza brutal. Pero ¿en qué consistía? ¿Qué medio para intimidar al señor Andermatt poseía el tal Salvator, autor del artículo?

Un enjambre de periodistas asedió al banquero y diez entrevistas expresaron el desdén con que respondía dichas peticiones, desdén al que respondió el corresponsal del *Écho de France* con un par de líneas:

El señor Andermatt, lo quiera o no, es, desde este momento, colaborador nuestro en el trabajo que llevamos a cabo.

Daspry y yo cenamos juntos el día que apareció esta réplica. Aquella noche, con los periódicos encima de mi mesa, comentamos el caso y lo analizamos desde todos los puntos de vista, con esa irritación que brota cuando se avanza continuamente a ciegas y se tropieza siempre con los mismos obstáculos.

Y de súbito, sin que mi criado me avisara, sin que hubiera sonado la campanilla, se abrió la puerta y entró una señora cubierta por un tupido velo.

Me levanté enseguida y me acerqué a ella.

—¿Vive usted aquí? —me preguntó.

—Sí, señora, pero le confieso…

—La verja que da al bulevar no estaba cerrada —explicó.

—¿Y la puerta de la casa?

Al ver que no respondía, supuse que había dado un rodeo por la escalera

de servicio. ¿Quería eso decir que conocía el camino?

Se produjo un silencio embarazoso. Se quedó mirando a Daspry. Lo presenté a regañadientes, como si aquello fuera una recepción. Acto seguido, le rogué que se sentara y que me explicase el motivo de su visita.

Se levantó el velo y vi que era morena, con facciones regulares y, aunque no podía decirse que fuese hermosa, poseía un encanto indefinido que se originaba sobre todo en sus ojos, unos ojos serios y de expresión afligida.

—Soy la señora Andermatt —dijo con toda sencillez.

—¡La señora Andermatt! —repetí, con creciente sorpresa.

Otro silencio. Prosiguió con voz mesurada y actitud de lo más tranquila:

—Vengo por ese asunto… que usted ya sabe. He pensado que podría proporcionarme alguna información.

—Por Dios, señora, yo no sé más que lo que dice la prensa. Si quisiera usted precisar en qué podría serle útil…

—Es que no lo sé… No lo sé…

En aquel preciso momento tuve la intuición de que su calma era fingida y de que, debajo de aquel aire de serenidad, se escondía una gran preocupación. Y guardamos silencio, sintiéndonos igualmente incómodos.

Pero Daspry, que no había dejado de observarla, se acercó y le dijo:

—¿Me permite hacerle unas preguntas, señora?

—Naturalmente —exclamó ella—. Le responderé con mucho gusto.

—Con mucho gusto… ¿sean cuales sean las preguntas?

—Sean cuales sean.

Mi amigo meditó un momento y dijo:

—¿Conocía a Louis Lacombe?

—Sí, por mi marido.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—La noche que cenó en nuestra casa.

—¿Hubo algo aquella noche que la llevó a pensar que no volvería a verlo?

—No. Habló de un viaje a Rusia, pero de un modo vago.

—¿Contaba, pues, con volver a verlo?

—Dos días después, para cenar.

—¿Y cómo se explica su desaparición?

—Es que no me la explico.

—¿Y el señor Andermatt?

—No lo sé.

—Sin embargo…

—No me pregunte sobre eso.

—El artículo del *Écho de France* da a entender…

—Lo que da a entender es que los hermanos Varin no son ajenos a esta desaparición.

—Y usted, ¿comparte dicho parecer?

—Sí.

—¿En qué se basa para afirmar tal cosa?

—Cuando se despidió de nosotros, Louis Lacombe llevaba una cartera con todos los documentos relativos a su proyecto. Dos días después se reunió con mi marido uno de los Varin, el que sigue vivo, y durante la entrevista mi marido comprobó que los documentos estaban en poder de los hermanos.

—¿Y no los denunció?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque en la cartera había algo más que los papeles de Louis Lacombe.

—¿Qué era? —La señora titubeó, hizo como que iba a responder, pero al final optó por guardar silencio. Daspry continuó—: Entonces fue por dicha razón por la que su marido, sin avisar a la policía, hizo vigilar a los hermanos. Esperaba recuperar al mismo tiempo los papeles y eso otro… algo que lo comprometía, al menos lo suficiente para que los hermanos lo tuvieran sometido a una especie de chantaje.

—A él… y a mí.

—Ah, ¿a usted también?

—Sobre todo a mí.

Pronunció estas cuatro palabras con voz apagada. Daspry se la quedó mirando, dio unos pasos y volviéndose hacia ella, preguntó:

—¿Ha mantenido correspondencia con Louis Lacombe?

—En efecto… Los negocios que mi marido mantenía con él…

—Pero, al margen de las notificaciones oficiales, ¿no había escrito usted a Lacombe otras cartas? Perdone mi insistencia, pero es indispensable que sepa toda la verdad. ¿Le había escrito otras cartas?

La mujer se ruborizó y murmuró:

—Sí.

—Y son esas cartas las que estaban en poder de los hermanos Varin.

—Sí.

—Así pues, ¿el señor Andermatt lo sabe?

—No las ha visto, pero Alfred Varin le había revelado su existencia, amenazándolo con hacerlas públicas si movía un dedo contra ellos. Mi marido tuvo miedo… y dio marcha atrás para evitar el escándalo.

—Pero hizo todo lo posible por arrebatarles las cartas.

—Todo lo posible. Al menos, eso creo, porque después de la última entrevista que sostuvo con Alfred Varin y tras contarme lo ocurrido en ella en una conversación más que subida de tono, ya no hay entre nosotros ni intimidad ni confianza. Vivimos como dos extraños.

—En ese caso, si no tiene nada que perder, ¿qué teme?

—Aunque se comporta ahora con indiferencia hacia mí, soy la mujer que ha amado y la que aún podría seguir amando… de eso, ay de mí, estoy segura —murmuró la señora con voz queda pero vehemente—. Seguiría amándome si no se hubiera hecho con esas malditas cartas…

—¡Pero cómo! ¿Acaso consiguió…? ¿Es que los hermanos no estaban en guardia?

—Sí, incluso parece que se jactaban de tener un escondite seguro.

—¿Entonces?

—Tengo motivos para creer que mi marido lo descubrió.

—Vaya por Dios. ¿Y dónde se encontraba dicho escondite?

—Aquí.

Sufrí un sobresalto.

—¿Aquí?

—Sí, lo he sospechado siempre. Louis Lacombe, hombre ingenioso y apasionado por la mecánica, se entretenía en sus ratos libres construyendo cajas de seguridad y cerraduras. Seguramente los hermanos Varin lo sorprendieron y utilizaron uno de esos artilugios para esconder las cartas… y sin duda otras cosas.

—Pero no vivían aquí —exclamé.

—Hasta que llegó usted, hace cuatro meses, esta casa estaba vacía. Es muy probable que vinieran por aquí y pensaran que su presencia no les molestaría el día que tuviesen necesidad de recoger los documentos. Pero no contaban con mi marido, que la noche del 22 de junio forzó la caja de caudales, cogió… lo que buscaba y dejó su tarjeta para demostrar a los hermanos que ya no les tenía miedo y que las tornas habían cambiado. Dos días después, advertido por el artículo del *Gil Blas*, Étienne Varin vino sin perder un instante, se quedó solo en este salón, vio vacía la caja de caudales… y se mató.

Transcurridos unos momentos, Daspry preguntó:

—Pero eso es solo una suposición, ¿verdad? ¿Acaso le ha dicho algo el señor Andermatt?

—No.

—¿Ha cambiado su actitud hacia usted? ¿Le ha parecido más sombrío, más preocupado?

—No.

—¿Y no cree que lo habría estado si hubiera encontrado las cartas? En mi opinión, no están en su poder. En mi opinión, no fue él quien entró aquí.

—¿Quién entonces?

—Un personaje misterioso que gobierna este caso, que mueve todos los hilos y que dirige la situación hacia un fin que apenas podemos entrever entre tantas complicaciones, un personaje misterioso cuya presencia invisible y todopoderosa se siente desde el primer momento. Ese personaje y sus amigos entraron en esta casa el 22 de junio, fue él quien descubrió el escondite, él quien dejó la tarjeta del señor Andermatt, él quien tiene la correspondencia y las pruebas de la traición de los hermanos Varin.

—¿Y quién es? —lo interrumpí con impaciencia.

—¡Pardiez, pues el tal Salvator, el corresponsal del *Écho de France*! ¿No es evidente? ¿No daba en su artículo detalles que solo podía conocer el hombre que estaba al tanto de los secretos de los dos hermanos?

—En ese caso —balbució temblando la señora Andermatt—, también tiene mis cartas ¡y ahora es él quien amenaza a mi marido! Dios mío, ¿qué puedo hacer?

—Escribirle —afirmó Daspry con toda naturalidad—, confiarse a él sin reservas. Explicarle todo lo que usted sabe y todo lo que pueda averiguar.

—Pero ¿qué dice usted?

—Los dos comparten intereses. Salta a la vista que es enemigo del hermano que aún vive. No busca la forma de atacar al señor Andermatt, sino a Alfred Varin. Ayúdelo.

—¿Cómo?

—¿Su marido está en poder del documento que completa y permite utilizar los planos de Louis Lacombe?

—Así es.

—Dígaselo a Salvator. Si no hubiera más remedio, consígale ese documento. En pocas palabras, póngase en contacto con él. ¿Qué arriesga?

Era un consejo temerario, incluso peligroso a simple vista, pero la señora Andermatt no tenía mucha elección. Además, como bien decía Daspry, ¿qué arriesgaba? Si el desconocido era un personaje hostil, aquel paso no agravaría la situación. Si era un extraño que perseguía un fin particular, las cartas debían de tener para él una importancia secundaria.

Fuera como fuese, se había propuesto un plan y la señora Andermatt estaba demasiado preocupada para no aceptarlo con entusiasmo. Nos dio las gracias efusivamente y prometió tenernos al corriente.

Dos días después, en efecto, nos envió la nota que había recibido a modo de respuesta:

Las cartas ya no estaban allí. Pero las encontraré, esté tranquila. Yo me encargo de todo. S.

Observé la nota. Era la misma caligrafía del mensaje que habían puesto en mi libro la noche del 22 de junio.

Así pues, Daspry estaba en lo cierto, Salvator era el artífice de todo el caso.

La verdad es que empezábamos a percibir algo de luz en medio de las tinieblas que nos rodeaban y a ver algunos aspectos con claridad inesperada. Pero otros seguían sumidos en la más profunda oscuridad, como el hallazgo de los dos sietes de corazones. Yo no dejaba de volver a este detalle, quizá más intrigado de lo normal por aquellos naipes con los corazones perforados que habían caído bajo mis ojos en circunstancias tan extraordinarias. ¿Qué papel tenían en aquel drama? ¿Qué importancia había que adjudicarles? ¿Qué conclusión había que sacar del hecho de que el submarino proyectado por Louis Lacombe se llamara *Siete de corazones*?

A Daspry le preocupaban poco aquellos naipes y estaba totalmente entregado al análisis de otro problema cuya solución le parecía más urgente: buscaba incansablemente el famoso escondite.

—¿Quién sabe? —decía—. A lo mejor soy demasiado torpe y tampoco encuentro las cartas que Salvator no encontró. Es poco creíble que los hermanos Varin sacaran el arma a la que otorgaban un valor inestimable de un lugar que suponían inaccesible.

Y buscaba. Cuando el salón dejó de tener secretos para él, amplió sus investigaciones hasta abarcar las demás estancias de la casa: inspeccionó el interior y el exterior, observó las piedras y ladrillos de las tapias, levantó las tejas del tejado.

Un día llegó con un pico y una pala, me dio la pala, se quedó con el pico y, señalando el terreno sin cultivar, dijo:

—Vamos —dijo.

Lo seguí sin entusiasmo. Dividió el terreno en secciones que inspeccionó sucesivamente. En cierto momento le llamó la atención un pequeño montón

de cascotes y grava, recubierto de zarzas y hierba, que había en el ángulo que formaban las tapias de dos propiedades vecinas. Cavó allí.

Lo ayudé. Trabajamos inútilmente durante una hora, a pleno sol. Pero, después de apartar las piedras, cuando llegamos al suelo firme y seguimos cavando, el pico de Daspry puso al descubierto unos huesos, restos de un esqueleto todavía con fragmentos de la ropa que había llevado.

De repente, me sentí desfallecer. Hundida en la tierra había una pequeña placa de hierro, un rectángulo en el que me pareció distinguir unas manchas rojas. Me agaché. Era lo que me figuraba: la placa tenía el tamaño de un naipe y las manchas rojas, de un rojo de minio, eran siete y estaban organizadas como los siete corazones de una carta de baraja. Y en cada vértice había un pequeño agujero.

—Oiga, Daspry, yo ya estoy harto de estas historias. Si a usted le interesan, que le aprovechen. Pero yo dimito.

¿Era la excitación? Fuera eso o el cansancio resultante de haber trabajado bajo un sol inmisericorde, el caso es que me alejé tambaleándome y tuve que meterme en la cama, donde permanecí cuarenta y ocho horas, ardiendo de fiebre, asediado por esqueletos que danzaban a mi alrededor y se arrojaban a la cabeza sus sangrantes corazones.

Daspry no me abandonó. Todos los días me dedicaba tres o cuatro horas, que en realidad pasaba en el salón, hurgando, golpeando y toqueteando. De tarde en tarde venía a decirme:

—Las cartas están ahí, en esa habitación. Pondría la mano en el fuego.

—Déjeme en paz —respondía yo, exasperado.

La mañana del tercer día me levanté, todavía débil pero curado. Un buen almuerzo me devolvió las fuerzas. Pero lo que contribuyó más que nada a restablecerme por completo fue un telegrama que recibí hacia las cinco, hasta tal punto volvió a picarme la curiosidad, a pesar de todo.

El «neumático» decía lo siguiente:

Señor:

El drama cuyo primer acto se representó la noche del 22 de junio llega a su desenlace. El desarrollo de los acontecimientos exige que yo ponga frente a frente a los dos personajes principales y que esta confrontación tenga lugar en su casa, por lo que le estaría eternamente agradecido que pusiera su domicilio a mi disposición esta misma noche. Sería conveniente que despachara usted a su criado entre las nueve y las once, y preferible que tuviera la gentileza de dejar voluntariamente el campo libre a los adversarios. Usted mismo pudo comprobar que la noche del precitado 22 de junio respeté escrupulosamente todas sus pertenencias. Por mi parte, consideraría ofensivo dudar un solo momento de su total discreción en lo que se refiere al abajo firmante.

Atentamente suyo,

SALVATOR

Había en la misiva un tono de ironía educada y en la petición, una buena dosis de fantasía y jovialidad que me complacieron. Era de un desparpajo encantador ¡y mi corresponsal parecía totalmente seguro de mi colaboración! Por nada en el mundo hubiera querido decepcionarlo o responder a su confianza con la ingratitud.

Mi criado, a quien había obsequiado con una entrada para el teatro, acababa de salir a las ocho cuando llegó Daspry. Le enseñé el telegrama.

—¿Y bien? —dijo.

—Voy a dejar abierta la verja del jardín para que pueda entrar.

—¿Y usted se irá?

—¡Ni pensarlo!

—Pero visto que se le pide…

—Se me pide discreción. Seré discreto. Pero ardo en deseos de ver lo que va a pasar.

Daspry se echó a reír.

—A fe mía que tiene usted razón. Yo también me quedo. Tengo la impresión de que no nos aburriremos.

Nos interrumpió un campanillazo.

—¿Ya llegan? —murmuró mi amigo—. ¡Con veinte minutos de adelanto! Imposible.

Tiré del cordón que abría la verja desde el vestíbulo. Una figura femenina cruzó el jardín: la señora Andermatt.

Parecía muy agitada y balbució casi sin aliento:

—Mi marido… ya viene… Lo han citado… Van a entregarle las cartas…

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunté.

—Por casualidad. Por un mensaje que recibió mi marido mientras cenábamos.

—¿Un telegrama?

—Un mensaje telefónico. El criado me lo entregó a mí por error. Mi marido me lo quitó inmediatamente, pero era demasiado tarde: ya lo había leído.

—Y ponía que…

—Más o menos esto: «Esta noche, a las nueve, vaya al bulevar Maillot con los documentos relativos al caso. A cambio, las cartas». Después de cenar, subí a mis aposentos y salí.

—¿Sin que el señor Andermatt lo supiera?

—Sí.

Daspry me miró.

—¿Qué piensa usted?

—Lo mismo que usted, que el señor Andermatt es uno de los adversarios convocados.

—¿Por quién? ¿Y con qué objeto?

—Eso es precisamente lo que vamos a averiguar.

Los conduje al salón.

Dada la situación, optamos por escondernos los tres en la chimenea, ocultos detrás de la colgadura de terciopelo. Nos acomodamos. La señora Andermatt se sentó entre los dos. Veíamos toda la habitación por las ranuras del tapiz.

Dieron las nueve. Unos minutos después los goznes de la verja del jardín rechinaron.

He de confesar que experimentaba cierta angustia y una fiebre desconocida que me ponía los nervios de punta. ¡Estaba a punto de averiguar la clave del enigma! Por fin iba a adquirir sentido la desconcertante aventura de cuyas peripecias había sido testigo durante semanas, y la batalla iba a librarse ante mis ojos.

Daspry cogió la mano de la señora Andermatt y murmuró:

—¡Ante todo, ni un solo movimiento! Oiga lo que oiga y vea lo que vea, no reaccione.

Apareció una persona. Y la reconocí enseguida por su gran parecido a Étienne Varin: su hermano Alfred. La misma pesadez al andar, la misma tez macilenta y cubierta de barba.

Entró con el aire inquieto del hombre acostumbrado a temer emboscadas, a intuirlas y evitarlas. Inspeccionó la habitación de un vistazo y tuve la impresión de que no le gustó la colgadura que tapaba la chimenea. Dio tres pasos hacia nosotros. Pero una idea, sin duda más poderosa, lo hizo desistir, pues se desvió hacia la pared, se detuvo delante del anciano rey del mosaico, el de la barba coloreada que empuñaba la espada, se subió a una silla y lo observó durante un rato, repasando con el dedo los hombros y el contorno de la figura y apretando ciertas partes de la imagen.

Sin embargo, de repente bajó de la silla y se alejó de la pared. Acababa de oírse un rumor de pasos. En la puerta apareció el señor Andermatt.

El banquero lanzó un grito de sorpresa.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted quien me ha hecho venir?

—¿Yo? En absoluto —se quejó Varin, con una voz ronca que me recordó a la de su hermano—. Es usted quien me mandó una carta diciéndome que viniera.

—¿Una carta?

—Una carta firmada por usted en la que me ofrecía…

—Yo no le he escrito a usted ninguna carta.

—¿No ha sido usted?

Varin se puso en guardia instintivamente, no contra el banquero, sino contra el enemigo desconocido que lo había atraído a aquella trampa. Por segunda vez, sus ojos se volvieron hacia nosotros y, sin perder un instante, se dirigió hacia la puerta.

El señor Andermatt le cerró el paso.

—¿Qué va a hacer, Varin?

—Detrás de todo esto hay una intriga que no me gusta. Me voy. Buenas noches.

—¡Un momento!

—Vamos, señor Andermatt, no insista. No tenemos nada que decirnos.

—Tenemos mucho que decirnos y la ocasión es excelente…

—Déjeme pasar.

—No, no, no. No va a pasar.

Varin, intimidado por la resuelta actitud del banquero, retrocedió y barbotó:

—Hablemos pues, deprisa, y terminemos con esto.

Había algo que me sorprendía, y no me cabía duda de que mis dos compañeros experimentaban la misma decepción. ¿Por qué Salvator no estaba allí? ¿No entraba en sus planes intervenir? ¿Le parecía suficiente el enfrentamiento entre Varin y el banquero? Estaba realmente desconcertado. Dada su ausencia, aquel duelo, urdido por él, deseado por él, adquiría el carácter trágico de los acontecimientos dirigidos y causados por el orden implacable del destino, y la fuerza que había enfrentado a aquellos dos hombres impresionaba, sobre todo porque era ajena a ellos.

Pasados unos segundos, el señor Andermatt se acercó a Varin y mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

—Ahora que han transcurrido ya varios años y no tiene usted nada que temer, respóndame con franqueza. ¿Qué le hizo a Louis Lacombe?

—¡Vaya pregunta! Como si yo supiera lo que fue de él.

—¡Usted lo sabe! ¡Lo sabe! Su hermano y usted lo seguían de cerca, casi vivían en su misma casa, en esta casa en que estamos ahora. Estaban al corriente de su trabajo, de todos sus proyectos. Y la última noche, cuando acompañé a Louis Lacombe a la puerta de mi domicilio, vi dos figuras ocultas en la sombra. Estoy dispuesto a jurarlo.

—¿Y qué juraría?

—Que eran su hermano y usted, Varin.

—Demuéstrelo.

—La mejor prueba es que, dos días más tarde, usted en persona me enseñó los documentos y los planos que habían cogido de la cartera de Lacombe. Y me propuso que los comprara. ¿Cómo llegaron a su poder?

—Ya le dije, señor Andermatt, que los encontramos en la mesa de Louis Lacombe la mañana siguiente a su desaparición.

—Eso no es cierto.

—Demuéstrelo.

—La justicia habría podido demostrarlo.

—¿Por qué no recurrió usted a la justicia?

—¿Por qué? ¡Ah!, porque…

Calló con el rostro ensombrecido. El otro repuso:

—Ya ve, señor Andermatt, que de haber tenido usted la menor certeza… Nuestra pequeña amenaza no le impidió…

—¿Qué amenaza? ¿Las cartas? ¿Imagina usted que yo creí un solo instante…?

—Si no creyó en la existencia de esas cartas, ¿por qué me ofreció tanto dinero por ellas? ¿Y por qué, después, nos persiguió a mi hermano y a mí como si fuéramos animales de presa?

—Para recuperar los planos que me interesaban.

—¡No me diga! Era por las cartas. Una vez en posesión de las cartas, nos habría denunciado. Más pronto de lo que habría tardado en quedarme sin ellas. —Lanzó una carcajada que interrumpió bruscamente—. Pero basta ya. No adelantaremos nada repitiendo las mismas palabras. Por lo tanto, lo dejaremos en este punto.

—No, no lo dejaremos en este punto —dijo el banquero—, y ya que ha mencionado usted las cartas, no saldrá de aquí sin habérmelas entregado.

—Saldré.

—No, no saldrá.

—Oiga, señor Andermatt, le aconsejo…

—No saldrá de aquí.

—Eso ya lo veremos —dijo Varin, con tanta furia en la voz que a la señora Andermatt se le escapó un ligero grito.

Varin debió de oírlo, pues quiso salir por la fuerza. El señor Andermatt lo empujó con violencia. Entonces vi que introducía la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Por última vez!

—Primero las cartas.

Varin sacó un revólver y apuntó al señor Andermatt.

—¿Sí o no?

El banquero se agachó con rapidez.

Se oyó un disparo. El arma cayó al suelo.

Yo estaba estupefacto. ¡El disparo había sonado junto a mí! Y había sido Daspry quien, de un pistoletazo, ¡había hecho saltar el arma de la mano de Alfred Varin!

Se situó con toda rapidez entre los dos adversarios, de cara a Varin, y riendo con desprecio, dijo:

—Tiene usted suerte, amigo mío, mucha suerte. Yo apuntaba a la mano, pero le he dado al revólver.

Los dos lo miraban inmóviles y confusos. A continuación, se dirigió al banquero:

—Señor, tendrá que perdonarme por meterme en algo que no es de mi incumbencia. Pero la verdad es que está usted jugando sus cartas con muy poca habilidad. Permítame que las juegue yo por usted. —Y volviéndose hacia el otro—: Jugamos usted y yo, compañero. Y sin trampas, por favor. Los corazones son triunfos y yo juego el siete.

Y le estampó la placa de hierro con las siete marcas rojas a tres dedos de la nariz.

Nunca había visto tanta alteración. Lívido, con los ojos desorbitados y las facciones crispadas por la angustia, el hombre parecía hipnotizado por la imagen que tenía delante.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Ya lo he dicho, un señor que se mete en lo que no es de su incumbencia…, pero un señor que se mete hasta el fondo.

—¿Qué quiere?

—Todo lo que te has llevado.

—Yo no me he llevado nada.

—Si así fuera, no habrías venido. Esta mañana recibiste una nota citándote aquí a las nueve y ordenándote que trajeras todos los documentos que tenías. Bien, aquí estás. ¿Dónde tienes los documentos?

En la voz y en la actitud de Daspry había una autoridad que me desconcertaba, una forma de comportarse completamente nueva en aquel hombre normalmente despreocupado y amable. Varin, totalmente sometido, señaló uno de sus bolsillos.

—Los tengo aquí.

—¿Están todos?

—Sí.

—¿Todos los que encontraste en la cartera de Louis Lacombe y que vendiste al comandante von Lieben?

—Sí.

—¿Las copias o los originales?

—Los originales.

—¿Cuánto quieres por ellos?

—Cien mil.

Daspry rompió a reír.

—Estás loco. El comandante solo te dio veinte mil. Veinte mil tirados a la basura, porque las pruebas fracasaron.

—No supieron utilizar los planos.

—Porque estaban incompletos.

—Entonces, ¿para qué los quiere usted?

—Los necesito. Te ofrezco cinco mil francos. Ni un céntimo más.

—Diez mil. Ni un céntimo menos.

—De acuerdo.

Daspry se volvió hacia el señor Andermatt.

—¿Le importaría firmar un cheque, señor?

—Pero es que yo no tengo…

—¿El talonario? Aquí está.

El señor Andermatt, atónito, cogió el talonario que le tendía Daspry.

—Pero si es el mío… ¿Cómo es que…?

—Nada de palabras inútiles, se lo ruego, estimado señor. Limítese a firmar.

El banquero sacó la estilográfica y firmó. Varin alargó la mano.

—Las manos quietas —dijo Daspry—, todavía no hemos terminado. —Y, dirigiéndose al banquero, añadió—: También reclamaba usted unas cartas, ¿verdad?

—Sí, un fajo de cartas.

—¿Dónde están, Varin?

—Yo no las tengo.

—¿Dónde están, Varin?

—Lo ignoro. Fue mi hermano quien se encargó de eso.

—Están escondidas aquí, en esta habitación.

—En ese caso, usted sabrá dónde están.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pero ¿no dio usted con el escondite? Parece estar tan bien informado… como Salvator.

—Las cartas no están en el escondite.

—Sí lo están.

—Ábrelo.

Varin puso cara de desconfianza. ¿No eran Daspry y Salvator una sola persona en realidad, como todo hacía suponer? Si lo eran, no arriesgaba nada enseñando un escondite ya conocido. Si no, era inútil…

—Ábrelo —repitió Daspry.

—No tengo el siete de corazones.

—Sí, este —dijo Daspry, tendiéndole enérgicamente la placa de hierro.

Varin retrocedió aterrorizado.

—No… no… no quiero…

—Vamos, no pasa nada…

Daspry se acercó al viejo monarca de barba coloreada, se subió a una silla y pegó el siete de corazones en la parte inferior de la espada, concretamente en la guarnición, de modo que los bordes de la placa coincidieran exactamente con los bordes de la espada. Luego fue introduciendo un punzón por cada uno de los siete agujeros de la placa, presionando al hacerlo siete teselas del mosaico. Cuando presionó la séptima se oyó un chasquido y todo el busto del rey se abrió, poniendo al descubierto un hueco acondicionado como una caja de caudales, con revestimientos de hierro y dos barrotes de brillante acero.

—¿Lo ves, Varin? La caja está vacía.

—Es verdad… Entonces ha sido mi hermano el que se ha llevado las cartas.

Daspry se acercó a él y le dijo:

—No te hagas el listo conmigo. Hay otro escondite. ¿Dónde está?

—No lo hay.

—¿Es dinero lo que quieres? ¿Cuánto?

—Diez mil.

—Señor Andermatt, ¿valen para usted esas cartas diez mil francos?

—Sí —dijo el banquero con voz firme.

Varin cerró la caja, cogió el siete de corazones con visible repugnancia y lo pegó a la guarnición de la espada, exactamente en el mismo sitio. Fue hundiendo el punzón en los agujeros de los corazones. Se oyó otro chasquido. Pero esta vez ocurrió algo inesperado. Lo que se abrió fue solo una parte del

mecanismo, dejando al descubierto una caja de caudales más pequeña, situada en el espesor mismo de la puerta que protegía la otra.

El paquete de cartas estaba allí, atado con un cordel y sellado con lacre. Varin se lo entregó a Daspry, quien preguntó:

—¿Está preparado el cheque, señor Andermatt?

—Sí.

—¿Tiene usted también el último documento que le entregó Louis Lacombe y que completa los planos del submarino?

—Sí.

Se realizó el intercambio. Daspry se guardó el documento y el cheque, y entregó las cartas al señor Andermatt.

—He aquí lo que usted deseaba, señor.

El banquero titubeó un instante, como si temiera tocar aquellas páginas malditas que había buscado con tanto ahínco. A continuación, con un ademán nervioso, se apoderó de ellas.

Oí un gemido a mi lado. Le tomé la mano a la señora Andermatt: estaba helada.

—Creo, señor —dijo Daspry al banquero—, que nuestra charla ha terminado. Oh, nada de agradecimientos, se lo suplico. Solo la casualidad ha querido que pueda serle útil.

El señor Andermatt se fue con las cartas que su mujer había escrito a Louis Lacombe.

—Estupendo —exclamó Daspry encantado—. Todo ha salido del mejor modo posible. Solo falta ya que cerremos nuestro trato, compañero. ¿Tienes los documentos?

—Aquí están todos.

Daspry los miró, los examinó con atención y se los guardó en el bolsillo.

—Perfecto, has cumplido tu palabra.

—Pero…

—Pero ¿qué?

—¿Los dos cheques…? ¿El dinero…?

—Menuda desfachatez, amiguito. ¿Cómo te atreves a reclamar nada?

—Reclamo lo que se me debe.

—¿Acaso se te debe algo por unos papeles que robaste?

Pero el otro parecía fuera de sí. Temblaba de cólera y tenía los ojos enrojecidos.

—El dinero… Los veinte mil… —farfullaba.

—Imposible… Ya tengo en qué emplearlos.

—¡El dinero…!

—Vamos, sé razonable y deja tranquilo el cuchillo. —Y le asió el brazo tan bruscamente que el otro gritó de dolor. Daspry añadió—: Vete, compañero, el aire te sentará bien. ¿Quieres que te acompañe? Iremos a ese terreno sin cultivar y te enseñaré un montón de escombros debajo de los cuales…

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Pues sí, es verdad. Saqué de allí esta placa de hierro con siete manchas rojas. Louis Lacombe no se separaba nunca de ella, ¿recuerdas? Tu hermano y tú la enterrasteis con el cadáver… y con otras cosas que interesarán enormemente a la justicia.

Varin se tapó la cara con los puños crispados por la furia.

—Está bien —dijo al final—. He perdido. No hablemos más. Una sola cosa todavía, una sola cosa… quisiera saber…

—Te escucho.

—¿No había un pequeño cofre en la caja de caudales más grande?

—Sí.

—Cuando vino usted, la noche del 22 de junio, ¿estaba ahí?

—Sí.

—¿Y contenía…?

—Todo lo que los hermanos Varin habían guardado en él: una preciosa colección de joyas, diamantes y perlas, objetos recogidos aquí y allá por los susodichos hermanos.

—¿Y se lo llevó usted?

—¡Diantre, ponte en mi lugar!

—Entonces…, ¿mi hermano se mató al comprobar que el cofrecillo había desaparecido?

—Es probable. No creo que fuera suficiente la desaparición de vuestra correspondencia con el comandante von Lieben. Pero la desaparición de ese cofre… ¿Era todo lo que querías saber?

—Otra cosa más: ¿su nombre?

—Lo preguntas como si tuvieras intención de vengarte.

—¡La suerte es caprichosa! Hoy es el más fuerte. Mañana…

—Lo serás tú.

—Así lo espero. ¿Su nombre?

—Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin!

El individuo se tambaleó como si hubiera recibido un mazazo. Fue como si aquellas dos palabras le hubieran quitado toda esperanza. Daspry se echo a reír.

—Ah, pero ¿imaginabas que un Durand o un Dupont cualquiera habría podido organizar todo este asunto? Vamos, hombre, hacía falta como mínimo un Arsène Lupin. Y ahora que lo sabes, muchacho, ve a preparar el desquite. Arsène Lupin te espera.

Y lo echó de la habitación sin decir una palabra más.

—Daspry, Daspry —exclamé, llamándole todavía, muy a mi pesar, por el nombre con el que lo había conocido.

Aparté la colgadura de terciopelo.

Se acercó a mí.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—La señora Andermatt se ha indispuesto.

Sin perder un instante, le hizo respirar sales y, mientras la atendía, me interrogó:

—¿Qué le ha ocurrido?

—Las cartas —dije—, ¡las cartas de Louis Lacombe que usted le ha dado a su marido!

Se dio una palmada en la frente.

—Ha pensado que se las he dado… Pues claro, al fin y al cabo, tenía motivos para creerlo. ¡Qué tonto soy!

La señora Andermatt, reanimada, escuchaba con avidez. Mi amigo sacó de su cartera un pequeño paquete en todo idéntico al que se había llevado el señor Andermatt.

—Tenga usted sus cartas, señora, las verdaderas.

—Pero ¿y las otras?

—Las otras son como estas, yo mismo las copié, aunque las modifiqué cuidadosamente. Su marido se pondrá tan contento cuando las lea que no sospechará el cambiazo, ya que todo se hizo delante de él.

—Y la caligrafía…

—No hay letra que yo no sepa imitar.

La señora se lo agradeció con las mismas palabras de gratitud que habría dirigido a un hombre de su mundo y me di cuenta de que seguramente no había oído las últimas frases que habían intercambiado Varin y Arsène Lupin.

Yo, por mi parte, lo miraba con estupor, pues no sabía qué decirle al antiguo amigo que de pronto se me revelaba con una identidad tan inesperada. ¡Lupin! ¡Era Lupin! ¡Mi amigo no era otro que Lupin! No salía de mi asombro. Pero él, con toda tranquilidad, me ordenó:

—Despídase de Jean Daspry.

—¡Ah!

—Sí, Jean Daspry se va de viaje. Lo envío a Marruecos. Es posible que encuentre allí un final digno de él. Incluso confieso que esa es su intención.

—Pero Arsène Lupin se queda con nosotros, ¿verdad?

—¡Oh! Más que nunca. Arsène Lupin no ha hecho más que empezar sus andanzas y sabe bien que…

Impulsado por una irresistible curiosidad, me acerqué a él y lo aparté unos pasos de la señora Andermatt.

—Así que ¿al final encontró el segundo escondite, donde estaba el paquete de cartas?

—Me costó lo suyo. Fue ayer por la tarde, mientras usted estaba todavía acostado. Sin embargo, Dios sabe lo fácil que era. Pero en lo último en que se piensa es en lo más sencillo. —Y enseñándome el siete de corazones, añadió —: Adiviné correctamente que, para abrir la caja mayor, había que apretar la placa contra la espada del sujeto del mosaico…

—¿Y cómo lo supo?

—Muy sencillo. Por informes propios ya sabía, cuando vine aquí el 22 de junio por la noche…

—Después de despedirse de mí…

—Sí, y después de haber tenido unas conversaciones elegidas deliberadamente que lo sumieron en tal estado de ánimo que, dado su carácter nervioso e impresionable, era inevitable que me dejara obrar a mi aire, sin levantarse de la cama…

—Un razonamiento acertado.

—Pues cuando vine, ya sabía que había un pequeño cofre escondido en una caja de caudales secreta y que la clave era el siete de corazones, la llave que abría la cerradura. Solo fue cuestión de poner la placa en el lugar que correspondía. Con una hora de inspección bastó.

—¡Una hora!

—Observe al tipo del mosaico.

—¿El viejo emperador?

—Ese viejo emperador reproduce exactamente la imagen del rey de corazones de todas las barajas: Carlomagno.

—Es verdad… Pero ¿por qué el siete de corazones abre las dos cajas de caudales? ¿Y por qué solo abrió usted al principio la caja grande?

—¿Por qué? Pues porque me empeñaba en poner siempre la placa de hierro en la misma posición. Solo ayer comprendí que había que darle la vuelta, que había que poner la mancha del centro hacia arriba y no hacia abajo, y que de ese modo el dibujo de los siete puntos se modificaba.

—¡Pardiez!

—Sí, pardiez, pero había que averiguarlo.

—Otra cosa: usted desconocía la historia de las cartas antes de que la señora Andermatt…

—¿Hablase de ellas delante de mí? Así es. Yo no había visto en la caja de caudales más que ese cofre pequeño y la correspondencia de los dos hermanos, correspondencia que me puso sobre la pista de su traición.

—En resumen, fue la casualidad lo que le permitió primero reconstruir la historia de los dos hermanos y luego buscar los planos y los documentos del submarino, ¿no es así?

—La casualidad, sí.

—Pero ¿con qué fin investigó usted?

Daspry me interrumpió con una carcajada.

—¡Dios mío! ¡Qué interés muestra usted por este caso!

—Me apasiona.

—Pues bien, dentro de muy poco, cuando haya acompañado a la señora Andermatt y haya enviado al *Écho de France* la nota que voy a escribir, volveremos a reunirnos y entraremos en detalles.

Tomó asiento y escribió una de aquellas notas lapidarias con las que recreaba la fantasía del personaje. ¿Quién no recuerda el alboroto que causó aquella en todo el mundo?

> *Arsène Lupin ha resuelto el problema planteado hace poco por Salvator. En poder de todos los documentos y planos originales del ingeniero Louis Lacombe, los ha enviado al ministro de Marina. Por ello, abre una suscripción para que el Estado pueda construir el primer submarino basado en esos planos. Él mismo encabeza dicha suscripción, donando la cantidad de veinte mil francos.*

—¿Los veinte mil pagados por el señor Andermatt? —pregunté cuando me enseñó lo que había escrito.

—Exactamente. Es justo que Varin repare en parte su traición.

Así fue como conocí a Arsène Lupin. Así fue como supe que Jean Daspry, un amigo de mi círculo, una relación mundana, no era otro que Arsène Lupin,

caballero ladrón. Así fue como afiancé una amistad de lo más agradable con aquel gran hombre y como, poco a poco, gracias a la confianza con la que quiso honrarme, acabé siendo su muy humilde, muy leal y muy agradecido cronista.

7

LA CAJA FUERTE DE LA SEÑORA IMBERT

A las tres de la madrugada aún había media docena de vehículos delante de uno de los pequeños chalés que formaban el único lateral del bulevar Berthier. Se abrió la puerta y salió un grupo de invitados, hombres y mujeres. Cuatro vehículos partieron en direcciones opuestas y en la avenida no quedaron más que dos señores que se separaron en la esquina con rue de Courcelles, donde vivía uno de ellos. El otro decidió volver a pie hasta la Puerta Maillot.

Cruzó pues la avenida de Villiers y siguió su camino por la acera opuesta a las fortificaciones. Era una hermosa noche de invierno, pura y fría, y le gustaba andar. El aire era limpio. El rumor de sus pasos resonaba alegremente.

Pero, al cabo de unos minutos, tuvo la desagradable sensación de que lo seguían. Y efectivamente, cuando se volvió, advirtió la sombra de un hombre que se deslizaba entre los árboles. Aunque no era miedoso en absoluto, apretó el paso para llegar cuanto antes al fielato de la plaza des Ternes. Pero el otro echó a correr. Ya muy inquieto, el caballero creyó más prudente hacerle frente y sacar el revólver que llevaba en el bolsillo.

No tuvo tiempo. El desconocido lo atacó con violencia y no tardaron en enzarzarse en una pelea en el bulevar desierto, una pelea cuerpo a cuerpo en la que comprendió enseguida que llevaba desventaja. Pidió socorro, se defendió y fue derribado sobre un montón de escombros, atenazado por el cuello y amordazado por un pañuelo que su adversario le introdujo en la boca. Los ojos se le cerraron, los oídos le zumbaron y estaba ya a punto de perder el conocimiento cuando, de súbito, sintió que aflojaban la presión y el hombre que lo había aplastado con su peso se levantaba para defenderse a su vez de un ataque imprevisto.

Un bastonazo en la muñeca, un puntapié en el tobillo… El hombre lanzó dos gemidos de dolor y huyó cojeando y maldiciendo.

Sin dignarse a perseguirlo, el salvador se agachó y dijo:

—¿Está usted herido, señor?

No estaba herido, sino muy aturdido e incapaz de tenerse en pie. Por suerte, un empleado del fielato, atraído por los gritos, llegó corriendo. Se buscó un vehículo. El caballero subió, junto con su salvador, y fue conducido a su casa de la avenida de la Grande-Armée.

Delante de la puerta, ya totalmente repuesto, se deshizo en muestras de gratitud.

—Le debo la vida, señor, y créame cuando le digo que no lo olvidaré nunca. No quisiera asustar a mi mujer en este momento, pero desearía que ella misma le expresara el agradecimiento que siento hacia usted desde el día de hoy. —Le rogó que fuera a comer con ellos, le dijo su nombre, Ludovic Imbert, y añadió—: ¿A quién tengo el honor de…?

—Naturalmente —respondió el otro. Y se presentó—: Arsène Lupin.

Arsène Lupin no tenía entonces la fama que adquirió con el caso Cahorn, con su fuga de La Santé y tantas otras hazañas memorables. Ni siquiera se llamaba Arsène Lupin. Este nombre al que el futuro reservaba tantísimo esplendor fue ideado en concreto para denominar al salvador del señor Imbert y podría decirse que, con este caso, recibió su bautismo de fuego. Ciertamente preparado para el combate y pertrechado con todas las armas, pero sin los recursos, sin la autoridad que da el éxito, Arsène Lupin no era más que aprendiz de un oficio en el que no tardaría en ser maestro.

Así pues, ¡qué estremecimiento de alegría cuando despertó y recordó la invitación de la noche pasada! ¡Por fin iba a salir a la palestra! ¡Por fin emprendería una obra digna de sus fuerzas y de su talento! ¡Los millones de Imbert, una presa magnífica para un apetito como el suyo!

Se arregló de un modo especial: redingote desgastado, pantalón raído, sombrero de seda algo rozado, puños y cuello deshilachados, todo muy decente, pero con aroma a miseria. Por corbata se puso una cinta negra adornada con un diamante de tómbola. Y acicalado de tal manera, bajó la escalera de la casa de Montmartre en que se alojaba. En el tercer piso, sin detenerse, golpeó con la empuñadura del bastón una puerta cerrada. Ya en la calle, se dirigió a los bulevares periféricos. Justo pasaba un tranvía. Tomó asiento y un hombre que iba detrás de él, el inquilino del tercer piso, se sentó a su lado.

Transcurridos unos momentos, dicho hombre le dijo:

—¿Y bien, patrón?

—Está hecho.

—¿Cómo?

—Almuerzo allí.

—¿Almuerza allí?

—No pensarás, o eso espero, que he arriesgado gratuitamente mi preciosa vida. Salvé al señor Ludovic Imbert de la muerte segura que le tenías preparada. El señor Ludovic Imbert es persona agradecida. Y me invitó a comer.

Tras una pausa, el otro aventuró:

—Entonces, ¿no renuncia usted?

—Amigo mío —dijo Arsène—, si urdí la pequeña agresión de anoche, si me tomé la molestia de pasear junto a las fortificaciones a las tres de la madrugada, de darte un bastonazo en la muñeca y un puntapié en la pierna, arriesgándome a dejar lisiado a mi único amigo, no fue para renunciar al beneficio de un rescate tan bien organizado.

—Pero los malos rumores que corren sobre la fortuna…

—Que corran. Hace seis meses que estoy encima del caso, seis meses que me informo, que estudio, que tiendo mis redes, que interrogo a los criados, a los prestamistas, a sus testaferros, seis meses que sigo los pasos de marido y mujer. Por lo tanto, sé a qué atenerme. Puedo afirmar que la fortuna existe, ya proceda del viejo Brawford, como dicen ellos, o de otra fuente. Y como existe, es mía.

—¡Caramba, cien millones!

—Aunque sean diez, o cinco, ¡no importa! Hay gruesos paquetes de títulos en la caja fuerte. Milagro será que uno de estos días no consiga dar con la llave.

El tranvía se detuvo en la plaza de l’Étoile. El hombre murmuró:

—Entonces, por el momento…

—Por el momento no hay que hacer nada. Ya te avisaré. Tenemos tiempo.

Cinco minutos después, Arsène Lupin subía por la suntuosa escalera de la mansión Imbert y Ludovic le presentaba a su esposa. Gervaise era una señora pequeña y exquisita, toda redondeces y muy parlanchina. Recibió a Lupin con todos los honores.

—He querido que estemos solos para homenajear a nuestro salvador —dijo.

Y desde el principio, trató a «nuestro salvador» como a una vieja amistad. Al llegar los postres, la intimidad era completa y las confidencias iban a buen ritmo. Arsène contó su vida, la vida de su padre, un juez muy íntegro, las tristezas de su infancia, las dificultades de su presente. Gervaise, a su vez, habló de su juventud, de su boda, de la generosidad del viejo Brawford, de los

cien millones que había heredado de él, de los obstáculos que retrasaban la posesión real del dinero, de las deudas que había tenido que contraer con unos intereses exorbitantes, de las interminables disputas con los sobrinos de Brawford, de las inmovilizaciones, de los embargos…, en definitivas cuentas, ¡de todo!

—Figúrese usted, señor Lupin, los títulos están ahí mismo, en el despacho de mi marido, y con solo arrancar un solo cupón, ¡lo perdemos todo! Están ahí, en nuestra caja fuerte, y no podemos tocarlos.

La idea de aquella cercanía produjo en el señor Lupin un ligero estremecimiento. Y experimentó la clara sensación de que nunca llegaría a tener la suficiente elevación espiritual como para sentir los mismos escrúpulos que aquella buena señora.

—Ah, están ahí —murmuró con la garganta seca.

—Ahí están, sí.

Unas relaciones comenzadas con tales auspicios no podían sino establecer lazos más estrechos. Delicadamente interrogado, Arsène Lupin confesó su pobreza y su difícil situación. Y allí mismo, el desdichado joven fue contratado como secretario particular de los dos esposos, con un salario de ciento cincuenta francos al mes. Seguiría viviendo en su domicilio, pero todos los días se presentaría en la casa para recibir instrucciones y, para mayor comodidad, podía disponer de una de las habitaciones del segundo piso como gabinete.

La eligió él personalmente. ¿Por qué bienaventurada casualidad estaría justo encima del despacho de Ludovic?

Arsène no tardó en advertir que su cargo de secretario se parecía mucho a una sinecura. En dos meses, solo tuvo cuatro cartas insignificantes que copiar y su jefe no lo llamó a su despacho más que una vez, lo cual le permitió observar la caja fuerte con total impunidad. Por lo demás, advirtió que el titular de la sinecura no era considerado digno de figurar junto al diputado Anquety o el decano Grouvel, pues no lo invitaban a las famosas recepciones mundanas del matrimonio.

Nunca se quejaba, puesto que prefería conservar su modesto puestecito en la sombra, manteniéndose al margen, feliz y libre. Pero no perdía el tiempo. En un primer momento, hizo una serie de visitas furtivas al despacho de Ludovic y presentó sus respetos a la caja fuerte, que no por ello permaneció menos herméticamente cerrada. Era un enorme bloque de hierro fundido y acero, con aspecto de inexpugnable y contra el que nada podían las limas, los taladros ni las palanquetas.

Arsène Lupin no era una persona testaruda.

«Más vale maña que fuerza —se dijo—. Lo importante es no perder el lugar de vista ni de oído».

Así pues, tomó las medidas necesarias y después de investigar minuciosa y cuidadosamente con una sonda el suelo de su habitación, introdujo un tubo de plomo hasta la unión de dos molduras del techo del despacho. Con este tubo, que hacía de corneta acústica y anteojo a la vez, esperaba ver y oír.

Desde aquel momento, vivió tendido boca abajo sobre el suelo. Y, en efecto, vio con frecuencia a los Imbert hablando delante de la caja fuerte, comprobando listas y hojeando expedientes. Cuando giraban los cuatro discos que abrían la cerradura, se esforzaba por distinguir la clave, por enterarse de la cantidad de muescas que pasaban. Vigilaba sus gestos, espiaba sus palabras. ¿Qué hacían con la llave? ¿La tenían escondida?

Un día que los vio salir del despacho sin cerrar la caja, bajó a toda velocidad. Entró con decisión. Pero ya estaban de vuelta.

—¡Oh, disculpen! Me he equivocado de habitación.

Sin embargo, Gervaise se apresuró a detenerlo:

—Entre, señor Lupin, entre. Está usted en su casa. Quisiéramos que nos aconsejara sobre qué títulos deberíamos vender. ¿De Exteriores o de Rentas del Estado?

—Pero ¿y la inmovilización? —objetó Lupin, estupefacto.

—Oh, no afecta a todos los títulos.

Abrió la puerta de la caja. En los estantes se amontonaban carpetas atadas con cintas. La señora asió una. Pero el marido protestó:

—No, no, Gervaise. Sería una insensatez vender Exteriores. Subirán… En cambio, las Rentas del Estado están en lo más alto. ¿Qué piensa usted, querido amigo?

El querido amigo no tenía ninguna opinión, pero aconsejó el sacrificio de las Rentas. La señora cogió otro legajo y de él extrajo un papel al azar. Era un título del 3 % de 1374 francos. Ludovic se lo guardó en el bolsillo. Aquella tarde, acompañado por su secretario, vendió aquel título por medio de un agente de bolsa y recibió cuarenta y seis mil francos.

Arsène Lupin, por más que lo hubiera dicho Gervaise, no estaba en su casa. Todo lo contrario, su situación en la mansión de los Imbert era una caja de sorpresas. En varias ocasiones pudo comprobar que los criados ignoraban su nombre. Lo llamaban «señor», a secas. Ludovic se refería a él del mismo modo: «Avise al señor… ¿Ha llegado el señor?». ¿Cuál era la razón de aquella denominación tan enigmática?

De hecho, pasado el primer entusiasmo, los Imbert apenas le hablaban y, aunque lo trataban con el respeto que se debe a un benefactor, nunca se ocupaban de él. Dominaba la sensación de que lo tenían por un sujeto original a quien no gustaba que lo importunaran y respetaban su aislamiento, como si este fuera una regla dictada por él, un capricho suyo. Cierta vez que cruzó el vestíbulo, oyó que Gervaise decía a dos señores:

—¡Es muy salvaje!

«Está bien —se dijo—, soy un salvaje». Y renunciando a explicarse las extravagancias de aquellas personas, siguió con la ejecución de su plan. Había llegado al convencimiento de que no podía contar con la casualidad ni con un descuido por parte de Gervaise, que no dejaba la llave ni por asomo y que, por si fuera poco, tampoco la sacaba de la cerradura sin haber embrollado antes las letras de la clave. En consecuencia, tenía que pasar a la acción.

Un hecho inesperado precipitó los acontecimientos: la violenta campaña orquestada por varios periódicos en contra de los Imbert. Los acusaban de fraude. Arsène Lupin fue testigo de los episodios del drama, de la angustia del matrimonio y comprendió que si no obraba pronto, lo perdería todo.

En vez de irse hacia las seis, como tenía por costumbre, se quedó en su habitación durante cinco días seguidos. Pensaban que se iba, pero él se quedada tendido boca abajo en el suelo, vigilando el despacho de Ludovic.

Durante aquellas cinco noches no se produjo la circunstancia favorable que esperaba. Se marchaba a las tantas por la pequeña puerta que daba al patio. Tenía una llave.

Pero el sexto día se enteró de que los Imbert, en respuesta a las malévolas insinuaciones de sus enemigos, se proponían abrir la caja fuerte y hacer inventario del contenido.

«Será esta noche», se dijo Lupin.

En efecto, después de cenar, Ludovic se instaló en su despacho y Gervaise se reunió con él. Se pusieron a hojear los registros de la caja fuerte.

Transcurrió una hora, luego otra. Oyó los ruidos de los criados al acostarse. Ya no había nadie más en el primer piso. Medianoche. Los Imbert seguían con la tarea.

—Vamos allá —murmuró Lupin.

Abrió su balcón, que daba al patio. No había luna ni estrellas, todo estaba oscuro. Sacó del armario una cuerda de nudos, que ató a la barandilla, saltó y se deslizó suavemente, apoyándose en un canalón, hasta el balcón de abajo. Era el del despacho, invisible en aquel momento tras la espesa tela de las

cortinas afelpadas. Esperó unos momentos, inmóvil y de pie, con el oído atento y ojo avizor.

Tranquilizado por el silencio, empujó ligeramente las dos vidrieras. Si no las había comprobado nadie, debían ceder al empuje, porque aquella misma tarde había girado la falleba para sacar los extremos de las armellas.

Las vidrieras cedieron. Las fue abriendo con infinita cautela. Nada más introdujo la cabeza, se detuvo. Por el punto de unión de las cortinas se colaba un hilo de luz: vio a Gervaise y a Ludovic sentados junto a la caja fuerte.

Solo intercambiaban monosílabos de tarde en tarde, y en voz baja, tan absortos estaban en su trabajo. Arsène midió la distancia que lo separaba de ellos, calculó los movimientos que necesitaría hacer para reducirlos antes de que tuvieran tiempo de pedir socorro, e iba ya a lanzarse cuando Gervaise dijo:

—¡Qué frío hace en esta habitación! Me voy a la cama. ¿Y tú?

—Me gustaría terminar.

—Pero si tienes trabajo para toda la noche.

—No, una hora a lo sumo.

La señora se marchó. Transcurrieron veinte, treinta minutos. Arsène abrió las vidrieras un poco más. Las cortinas temblaron. Siguió empujando. Ludovic se volvió y, al ver las cortinas hinchadas por el viento, se levantó para cerrar…

No hubo gritos, ni siquiera intento de lucha. Con unos cuantos movimientos exactos y sin hacerle ningún daño, Arsène lo aturdió, le envolvió la cabeza con la cortina y lo ató, y todo de tal manera que Ludovic no vio la cara de su agresor.

A continuación, con toda rapidez, se acercó a la caja fuerte, cogió dos carpetas que se puso en la axila, salió del despacho, bajó por la escalera, cruzó el patio y abrió la puerta de servicio. En la calle esperaba un vehículo.

—Toma esto primero y sígueme —ordenó al cochero.

Regresó al despacho. En dos viajes limpiaron la caja fuerte. Luego Arsène subió a su habitación, recogió la cuerda y borró todo rastro de su aventura. Se había acabado.

Unas horas después, ayudado por su compañero, revisó el contenido de las carpetas. No se llevó ninguna decepción al comprobar que la fortuna de los Imbert no tenía la importancia que se le atribuía; aquello ya estaba dentro de sus previsiones. No poseían cientos de millones, ni siquiera docenas. No obstante, la suma total era muy respetable y los valores eran excelentes:

obligaciones ferroviarias, municipios de París, fondos del Estado, Suez, minas del norte, y un largo etcétera.

Se declaró satisfecho.

—Es verdad que tendremos fuertes pérdidas cuando llegue el momento de negociar —dijo—. Tropezaremos con obstáculos y más de una vez tendremos que vender a un precio ridículo. Pero no importa. Con esta primera provisión de fondos podré vivir como deseo… y hacer realidad algunos sueños primordiales para mí.

—¿Y lo demás?

—Quémalo si quieres, amigo mío. Este montón de papeles quedaba muy bien en la caja fuerte, pero a nosotros no nos sirve para nada. En cuanto a los títulos, los guardaremos tranquilamente en el armario y esperaremos el momento propicio.

Al día siguiente, Arsène pensó que no había ningún motivo para no regresar a la mansión de los Imbert. Pero al leer la prensa vio esta noticia inesperada: Ludovic y Gervaise habían desaparecido.

La caja fuerte se abrió con mucha ceremonia. Las autoridades encontraron lo que había dejado Arsène Lupin: poca cosa.

Tales son los hechos y tal la explicación que la intervención de Arsène Lupin permite dar a algunos de ellos. Yo oí la historia de sus propios labios un día que se sentía con ganas de confidencias.

Aquel día, se paseaba de un extremo a otro de mi despacho, y sus ojos brillaban con una excitación que no le había visto hasta entonces.

—En resumen —dije—, ¿ha sido su golpe más lucrativo?

Sin responder directamente, dijo:

—En este asunto hay secretos impenetrables. ¡Cuánta oscuridad sigue habiendo a pesar de la explicación que acabo de darle! ¿Por qué esa fuga? ¿Por qué no aprovecharon el pretexto que les ofrecí involuntariamente? Bastaba con decir: «Había cien millones en la caja fuerte y ya no están porque los han robado».

—Perderían la cabeza.

—Sí, seguro que ha sido eso… Por otro lado, es verdad que…

—¿Qué es verdad?

—No, nada.

¿Qué significaba aquella reticencia? Estaba claro que no lo había dicho todo y que se resistía a decir lo que callaba. Yo estaba intrigado. La cosa tenía

que ser seria para que un hombre como él titubeara.

Le hice preguntas al azar:

—¿No ha vuelto a verlos?

—No.

—¿Y jamás ha sentido lástima por esos dos infelices?

—¿Yo? —profirió dando un respingo.

Me sorprendió aquella reacción. ¿Había dado en el clavo? Insistí:

—Pues claro. Sin su aparición, quizá habrían podido hacer frente al peligro… o, al menos, irse con los bolsillos llenos.

—Está usted hablando de tener remordimientos, ¿no es así?

—¡Hombre…!

Dio un fuerte golpe en mi mesa.

—Entonces, según usted, ¿debería tener remordimientos?

—Llámelo remordimientos o pesar. En pocas palabras, algún tipo de sentimiento…

—Algún tipo de sentimiento por personas que…

—Por personas a quienes ha despojado usted de una fortuna.

—¿Qué fortuna?

—Bueno, esos dos o tres legajos de títulos…

—¡Esos dos o tres legajos de títulos! Les he quitado unos fajos de títulos, ¿no? Una parte de su herencia. ¿Es esa mi falta? ¿Es ese mi delito? Pero, por el amor de Dios, amigo mío, ¿es que no ha comprendido todavía que eran títulos falsos? ¡ERAN FALSOS!

Lo miré, completamente estupefacto.

—¿Falsos, los cuatro o cinco millones?

—¡Falsos! —exclamó con furia—. ¡Archifalsos! Las obligaciones, los municipios de París, los fondos del Estado, ¡todo papel, nada más que papel! ¡Ni un céntimo, no he sacado ni un céntimo de todo esto! ¿Y quiere usted que tenga remordimientos? ¡Son ellos quienes deberían tenerlos! ¡Me han engañado como a un necio! ¡Me han desplumado como a cualquiera de sus víctimas, como a la más idiota!

La cólera lo dominaba, una cólera hecha de resentimiento y de orgullo herido.

—Y es que desde siempre estuve en desventaja, desde el principio mismo. ¿Sabe qué papel he desempeñado en este asunto o, más bien, qué papel me han hecho desempeñar? ¡El de André Brawford! ¡Sí, amigo mío, y yo, sin enterarme de nada! He acabado dándome cuenta por los periódicos y atando algunos cabos. Mientras yo me hacía el salvador, el caballero que había

arriesgado la vida por salvarlos de las garras de los bandidos, ellos me hacían pasar por uno de los Brawford. ¿No es asombroso? El sujeto original que tenía un despacho en el segundo piso, el salvaje al que se señalaba de lejos era Brawford, y Brawford era yo. Y gracias a mí, gracias a la confianza que yo inspiraba llamándome Brawford, los banqueros prestaban y los notarios aconsejaban a sus clientes que prestaran. ¡Oh, qué escuela para un principiante! ¡Ah, pero le juro que he aprendido la lección!

Se detuvo de repente, me asió el brazo y, con una voz exasperada en la que, pese a todo, se apreciaban matices de ironía y admiración, me dijo esta frase irrepetible:

—Amigo mío, al día de hoy, Gervaise Imbert me debe mil quinientos francos.

No pude contener la risa. Era realmente una faena superior. Incluso él tuvo un ataque de hilaridad sincera.

—Sí, amigo mío, mil quinientos francos. No solo no cobré nunca ni un céntimo del sueldo que me correspondía, sino que encima ella me pidió prestados mil quinientos francos. ¡Todos mis ahorros juveniles! ¿Y sabe usted para qué? No lo adivinaría ni en un año… ¡Para sus pobres! ¡Como se lo digo! ¡Para presuntos desvalidos a los que aliviaba a espaldas de Ludovic! ¡Y yo mordí el anzuelo! ¿No le parece gracioso? Roban mil quinientos francos a Arsène Lupin y se los roba la buena señora a la que él robó cuatro millones de títulos falsos. ¡Y cuántas maniobras, esfuerzos y astucias he necesitado para llegar a este incomparable resultado! Es la única vez en la vida que me la juegan. Pero, diantre, me la han jugado bien y a conciencia en una competición con los mejores.

8

LA PERLA NEGRA

Un violento campanillazo despertó a la portera del número 9 de la avenida Hoche. La mujer tiró del cordón gruñendo:

—Creía que todos habían vuelto ya. ¡Son al menos las tres de la madrugada!

Su marido murmuró:

—Puede que busquen al médico.

En efecto, una voz preguntó:

—¿Dónde vive el doctor Harel?

—Tercero izquierda. Pero el médico no sale de noche.

—Tendrá que salir.

El caballero entró en el vestíbulo, subió un piso, dos pisos y, sin detenerse en el descansillo del doctor Harel, siguió hasta el quinto. Allí probó dos llaves. Con una abrió la cerradura; con la otra, el cerrojo de seguridad.

—Estupendo —murmuró—. La tarea se ha simplificado mucho. Pero antes de entrar en acción hay que asegurarse la retirada. Veamos… ¿he tenido tiempo de llamar a la puerta del doctor y de ser despedido por él? Todavía no… Un poco de paciencia…

Unos diez minutos después volvió a bajar y dio unos golpecitos en el cristal de la portería, refunfuñando contra el médico. Le abrieron y cerró a sus espaldas. Ahora bien, la puerta no se cerró en realidad, ya que el hombre bloqueó el pestillo con una lengüeta de hierro para que no entrara en el hueco del cerradero.

Volvió a entrar en el zaguán, sin ruido, sin que los porteros se dieran cuenta. En caso de alarma tenía asegurada la retirada.

Volvió a subir los cinco pisos con tranquilidad. Ya en el vestíbulo y con ayuda de una linterna eléctrica, dejó el sobretodo y el sombrero encima de una silla, se sentó en otra y se cubrió los botines con unos chanclos de fieltro.

«¡Uf! Ya está… ¡Qué fácil ha sido! Me pregunto por qué todo el mundo no se dedica al cómodo oficio del robo. Échale un poco de habilidad y método y no encontrarás nada más encantador. Un oficio totalmente tranquilo… Un

oficio para padres de familia… Incluso tan cómodo que acaba siendo fastidioso».

Abrió un plano detallado de la vivienda.

«Empecemos por orientarnos. Aquí tengo el rectángulo del vestíbulo en que estoy. En el lado que da a la calle, el salón, el tocador de la señora y el comedor. Inútil perder el tiempo ahí; parece que la condesa tiene un gusto deplorable…, ni un solo objeto de valor… Así pues, derecho al fondo… Ah, aquí tenemos un pasillo que conduce a los dormitorios. Recorreré tres metros y veré la puerta del cuarto ropero que comunica con el dormitorio de la condesa».

Plegó el plano, apagó la linterna y entró en el pasillo mientras contaba:

«Un metro… dos… tres… Aquí está la puerta… ¡Cuánta seguridad, Dios mío! Un simple pestillo, un pequeño pestillo me separa del dormitorio y, encima, sé que este pestillo está a un metro cuarenta y tres centímetros del suelo… De modo que, gracias al pequeño corte que voy a hacer alrededor, estaré libre de obstáculos».

Sacó del bolsillo los instrumentos necesarios, pero una idea lo detuvo.

«¿Y si da la casualidad de que no han echado el pestillo? Probemos de todas formas… Nada me cuesta…».

Giró el pomo de la puerta y esta se abrió.

«Valiente Lupin. Decididamente, la suerte te favorece. ¿Qué hay que hacer ahora? Ya conoces la topografía del lugar donde vas a operar; conoces el lugar donde la condesa guarda la perla negra… En consecuencia, para hacerte con la perla, es preciso ser más silencioso que el silencio, más invisible que la noche».

Arsène Lupin tardó media hora en abrir la otra puerta, una puerta vidriera que daba al dormitorio. Pero lo hizo con tanta precaución que aunque la condesa hubiera estado en vela, no habría oído el menor crujido.

Según los detalles del plano, no tenía más que buscar el bulto de un diván. De aquí, pasar a un sillón, y luego a una mesita situada junto a la cama. En la mesita había una caja con papel de cartas y, metida con toda sencillez en el fondo de esta caja, la perla negra.

Se tendió en la alfombra y se arrastró junto al diván. Cuando llegó a la otra punta tuvo que detenerse para contener los latidos de su corazón. Aunque no sentía ningún temor, le era imposible dominar la angustia nerviosa que se experimenta cuando hay demasiado silencio. Y estaba sorprendido, porque había vivido sin inmutarse situaciones más intensas. Allí no corría ningún peligro. Entonces, ¿por qué el corazón le latía como una campana suelta?

¿Estaba impresionado por la presencia de la mujer que dormía allí mismo, por aquella vida tan próxima a la suya?

Escuchó y creyó distinguir el ritmo de una respiración. Se tranquilizó como si se tratara de una presencia amiga.

Buscó el sillón. Luego, con ligeros movimientos imperceptibles, reptó hacia la mesita, palpando las sombras con el brazo estirado. Su mano derecha tropezó con una pata de la mesita.

¡Por fin! Solo faltaba ya levantarse, coger la perla y poner pies en polvorosa. ¡Afortunadamente! Pues el corazón le saltaba ya en el pecho como un animal aterrorizado y con tanto ruido que le parecía imposible que la condesa no despertara.

Lo aquietó con un prodigioso esfuerzo de voluntad, pero en el momento en que iba a levantarse, su mano derecha tropezó con un objeto que estaba en la alfombra, un objeto que identificó en el acto con un candelero, un candelero caído; enseguida dio con otro objeto: un reloj portátil, uno de esos pequeños relojes de viaje que se llevan en un estuche de cuero.

¿Qué sucedía? No entendía nada. El candelero… el reloj… ¿Por qué aquellos objetos no estaban en su lugar habitual? Ah, ¿qué había sucedido al amparo de aquella irritante oscuridad?

De repente se le escapó un grito. Había tocado… ¡oh, algo extraño e indecible! Pero no, no, el miedo le obnubilaba el cerebro. Permaneció inmóvil veinte segundos, treinta segundos, espantado, con las sienes cubiertas de sudor. En sus dedos seguía la sensación de lo que había tocado. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, alargó de nuevo el brazo. Su mano volvió a rozar aquel objeto extraño e indecible. Lo palpó. Obligó a su mano a palpar, a identificar. Era una cabellera, un rostro… Y el rostro estaba frío, casi helado.

Por aterradora que sea la realidad, un hombre como Arsène Lupin la domina desde el momento en que la reconoce. Sin perder un instante, encendió la linterna. Delante de él yacía una mujer cubierta de sangre, con unas heridas espantosas en el cuello y los hombros. Se acercó para examinarla. Estaba muerta.

—Muerta, muerta —repitió con estupor.

Observó aquellos ojos inmóviles, el rictus de la boca, la lividez de la carne, y aquella sangre, toda aquella sangre que había caído sobre la alfombra y que, coagulada ya, había adquirido un color negro.

Se levantó, pulsó el botón de la luz eléctrica, la estancia se iluminó y pudo ver todos los signos de una lucha encarnizada. La cama estaba totalmente deshecha; las mantas y la colcha, medio caídas; en tierra, el candelero y el

reloj portátil cuyas agujas señalaban las once y veinte; más allá, una silla volcada y sangre, manchas de sangre por todas partes.

—¿Y la perla negra? —murmuró.

El archivador de cartas estaba donde debía estar. Lo abrió inmediatamente. El joyero estaba allí, pero vacío.

«Diablos —se dijo—, te has vanagloriado demasiado de tu suerte, amigo Lupin… La condesa asesinada, la perla negra desaparecida… ¡La situación no es muy brillante que digamos! Larguémonos o nos veremos en serias dificultades».

Pero no se movió.

«¿Largarse? Sí, otro se largaría. Pero ¿Arsène Lupin? ¿Acaso no tiene nada mejor que hacer? Veamos, procedamos por orden. Ante todo, tienes la conciencia tranquila… Supongamos que eres comisario de policía y que debes abrir una investigación… Sí, aunque para eso haría falta tener el cerebro más despejado. ¡Y el mío está en tal estado ahora mismo…!».

Se recostó en un sillón y se apretó la ardiente frente con los puños cerrados.

El caso de la avenida Hoche es uno de los que nos han intrigado más vivamente en los últimos tiempos y yo no lo habría contado si la participación de Arsène Lupin no lo hubiera resuelto de un modo tan especial. Pocos sospechan esa participación. Y, en cualquier caso, nadie sabe cuál fue la exacta y curiosa verdad.

¿Quién no conocía, por haberla visto en el Bois, a Léontine Zalti, la antigua cantante, viuda del conde de Andillot, la Léontine Zalti cuyo lujo admiraba París hace unos veinte años, la Léontine Zalti, condesa de Andillot, que se hizo famosa en toda Europa por la cantidad de diamantes y perlas con que se adornaba? De ella se decía que tenía cajas de seguridad en varios bancos y que era propietaria de varias minas de oro australianas. Los grandes joyeros trabajaban para ella como se trabajaba antaño para los reyes y las reinas.

¿Y quién no recuerda la catástrofe que acabó con todas aquellas riquezas? Bancos y minas de oro, todo se fue a pique. De la maravillosa colección, dispersada por el perito tasador del Ministerio, no quedó más que la famosa perla negra. ¡La perla negra! O sea, una fortuna, si la condesa hubiera querido desprenderse de ella.

Pero no había querido. Prefirió apretarse el cinturón, residir en un apartamento sencillo con su dama de compañía, su cocinera y un criado, a vender aquella joya inestimable. Había un motivo para ello, un motivo que no tenía miedo de confesar: ¡se la había regalado un emperador! Y casi arruinada, obligada a vivir modestamente, siguió siendo fiel a aquella compañera de sus buenos tiempos.

—Mientras viva —decía— no me separaré de ella.

Se la colgaba del cuello desde que se levantaba hasta que se iba a dormir. Por la noche, la guardaba en un lugar que solo ella conocía.

Todos estos hechos, evocados por los periódicos, estimularon la curiosidad y, cosa extraña pero fácil de entender para quienes conocen la solución del enigma, fue precisamente la detención del presunto asesino lo que complicó el misterio y aumentó la excitación. Al día siguiente, en efecto, los periódicos publicaron la siguiente noticia:

> Se ha hecho pública la detención de Victor Danègre, criado de la señora condesa de Andillot. Son abrumadoras las pruebas que se tienen contra él. En la chaqueta del uniforme que el señor Dudouis, jefe de la Sûreté, encontró en su buhardilla, entre el somier y el colchón, se detectaron manchas de sangre en la manga de lustrina. Además, a esta chaqueta le faltaba un botón forrado en tela. Y este botón se había encontrado debajo de la cama de la víctima al comienzo de las investigaciones.
>
> Es probable que después de la cena, Danègre, en vez de volver a su buhardilla, se introdujera en el cuarto ropero y que viese a la condesa esconder la perla negra a través de la puerta vidriera.
>
> Hay que decir que, hasta el presente, ninguna prueba ha confirmado esta última suposición. En cualquier caso, hay otro punto que sigue estando oscuro. Danègre estuvo a las siete de la mañana en la expendeduría de tabacos del bulevar de Courcelles: así lo declararon primero la portera y después la estanquera. Sin embargo, la cocinera de la condesa y la dama de compañía, que duermen al final del pasillo, afirman que a las ocho, hora a la que se levantaron, la puerta de la antecámara y la de la cocina estaban cerradas con doble vuelta de llave. Ambas llevan veinte años al servicio de la condesa y están por encima de toda sospecha. Nos preguntamos, pues, cómo pudo Danègre salir de la vivienda. ¿Tenía un duplicado de la llave? Las diligencias judiciales aclararán todos estos detalles.

Las diligencias no aclararon absolutamente nada, al contrario. Se supo que Victor Danègre era un reincidente peligroso, un alcohólico y un granuja al que no asustaba una puñalada. Pero el caso, conforme avanzaban las indagaciones, parecía adentrarse en las tinieblas más densas y caer en las contradicciones más inexplicables.

Al principio, una tal señorita de Sinclèves, prima y heredera única de la víctima, declaró que la condesa, un mes antes de morir, le había confiado en una carta cómo escondía la perla negra. Un día después de recibir dicha carta, había denunciado su desaparición. ¿Quién la había robado?

Los porteros, por su parte, contaron que habían abierto la puerta a un individuo que había subido en busca del doctor Harel. Se interrogó al doctor. Nadie había llamado a su puerta. ¿Quién era ese individuo? ¿Un cómplice?

La prensa y el público hicieron suya la hipótesis del cómplice. Ganimard, el viejo inspector jefe, la defendía, y con razón.

—Hay algo en esto que me huele a Lupin —dijo al juez.

—Bah —replicó este—, usted ve a ese Lupin por todas partes.

—Lo veo por todas partes porque está en todas partes.

—Diga más bien que lo ve cada vez que usted no lo tiene claro. Por lo demás, advierta lo siguiente en este caso concreto: el crimen se cometió a las once y veinte de la noche, según sabemos por el reloj portátil, y la visita nocturna declarada por los porteros fue a las tres de la madrugada.

La justicia sigue a menudo esa tendencia que obliga a los acontecimientos a encajar en la primera explicación que se da. Los deplorables antecedentes de Victor Danègre, reincidente, borracho y granuja, influyeron en el juez y, aunque ninguna circunstancia nueva vino a corroborar los dos o tres indicios descubiertos inicialmente, nada los desmintió tampoco. Las diligencias se dieron por terminadas. Unas semanas después, empezó el juicio.

Los debates fueron lentos y embrollados. El presidente de la sala de lo criminal los dirigió sin entusiasmo. El ministerio público atacó sin ganas. En esas condiciones, el abogado de Danègre tenía el campo abonado. Señaló las lagunas y las incongruencias de la acusación. No existía ninguna prueba material. ¿Quién había duplicado la llave, la llave indispensable sin la que Danègre, después de salir, no habría podido cerrar con doble vuelta la puerta de la vivienda? ¿Quién había visto esa llave y qué había sido de ella? ¿Quién había visto el cuchillo del asesino y dónde estaba?

—Y de todos modos —concluyó el abogado—, que se demuestre que fue mi cliente quien la mató. Que se demuestre que el autor del robo y del asesinato no fue el misterioso personaje que se introdujo en la casa a las tres de la madrugada. Se nos dirá que el reloj portátil señalaba las once. ¿Y qué? ¿Acaso no pueden moverse las agujas de un reloj para que señalen la hora que más conviene?

Victor Danègre fue absuelto.

Salió de la cárcel un viernes al morir el día, enflaquecido, deprimido por los seis meses de encierro. Las diligencias, la soledad, los debates y las deliberaciones del jurado le habían llenado el alma de un temor enfermizo. De

noche sufría espantosas pesadillas pobladas de cadalsos. Temblaba de fiebre y de terror.

Bajo el nombre de Anatole Dufour, alquiló una pequeña habitación que daba a los tejados de Montmartre y sobrevivió con trabajos de mala muerte que hacía aquí y allá.

¡Vida lamentable! Fue contratado tres veces, pero fue reconocido y despedido inmediatamente.

Constataba a menudo, o creía constatar, que lo seguían agentes de policía y no dudaba que era con intención de tenderle alguna trampa. Y sentía anticipadamente el apretón de la mano que lo asía por el cuello.

Una noche que cenaba en un figón del barrio vio que otro se sentaba delante de él. Era un sujeto de unos cuarenta años, enfundado en un redingote de discutible limpieza. Pidió sopa, legumbres y un litro de vino.

Al terminar la sopa, levantó los ojos hacia Danègre y lo miró sin pestañear.

Danègre se puso pálido. Seguro que era de los que lo seguían desde hacía semanas. ¿Qué quería de él? Quiso levantarse, pero no pudo. Las piernas se negaban a sostenerlo.

El desconocido se sirvió un vaso de vino y llenó el de Danègre.

—¿Brindamos, compañero?

—Sí… claro —balbució Victor—. A su salud, compañero.

—A la suya, Victor Danègre.

El mencionado se sobresaltó.

—¡Yo…! ¡Yo…! Yo no… Le juro a usted…

—¿Qué quiere jurar? ¿Qué no es usted el criado de la condesa?

—¿Qué criado? Yo me llamo Dufour. Pregunte al figonero.

—Dufour, Anatole, sí, para el figonero, pero Danègre para la justicia, Victor Danègre.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Lo han engañado!

El desconocido sacó una tarjeta del bolsillo y se la puso delante. Victor leyó:

Grimaudan, exinspector de la Sûreté
Informes confidenciales

Se estremeció.

—¿Es usted policía?

—Ya no, pero la profesión me gustaba y la continúo de un modo más… lucrativo. De vez en cuando encuentro asuntos de gran valor… como el suyo.

—¿El mío?

—Sí, el suyo. Es un caso excepcional, si es que a pesar de todo tiene usted a bien colaborar.

—¿Y si no?

—No tendrá más remedio. Está usted en una situación en que no puede negarme nada.

El miedo se apoderó de Victor Danègre.

—¿De qué se trata? —preguntó—. Hable.

—Claro —repuso el otro—. Allá va. En pocas palabras, se trata de lo siguiente: me envía la señorita de Sinclèves.

—¿Sinclèves?

—La heredera de la condesa de Andillot.

—¿Y?

—Y la señorita de Sinclèves me ha encargado que le reclame a usted la perla negra.

—¿La perla negra?

—La que usted robó.

—¡Pero si yo no la tengo!

—La tiene.

—Si la tuviera es porque sería el asesino.

—Es que lo es.

Danègre se rio forzadamente.

—Por fortuna, señor, el tribunal no fue de la misma opinión. El jurado me declaró inocente por unanimidad. Y cuando se tiene conciencia de la propia rectitud y el aprecio de doce personas honradas…

El exinspector le puso la mano en el brazo.

—Déjese de frases, amigo. Escuche atentamente lo que voy a decirle y no le pesará, Danègre. Tres semanas antes del crimen, usted le quitó a la cocinera la llave que abre la puerta de servicio y mandó hacer un duplicado en el taller del cerrajero Outard, en rue Oberkampf, número 244.

—No es verdad, no es verdad —exclamó Victor—. Nadie ha visto esa llave… porque no existe.

—Aquí la tiene. —Después de una pausa, Grimaudan añadió—: Usted mató a la condesa con un cuchillo comprado en el bazar de la République, el mismo día que encargó la llave. Un cuchillo con virola y hoja triangular con una acanaladura.

—Tonterías, habla usted por hablar. Nadie ha visto el cuchillo.

—Aquí lo tiene. —Victor Danègre dio un respingo y el exinspector continuó—: Tiene manchas oscuras. ¿Es necesario que le explique su procedencia?

—¿Y qué? Tiene usted una llave y un cuchillo… ¿Quién puede afirmar que me pertenezcan?

—Primero el cerrajero y luego el empleado al que compró usted el cuchillo. Ya le he refrescado la memoria. Solo falta llamarlos para que lo reconozcan.

Hablaba con sequedad, dureza y una precisión aterradora. Danègre temblaba de miedo. Ni el juez, ni el presidente de la sala de lo criminal, ni el ministerio público lo habían acosado tanto ni habían visto con tanta claridad cosas que él mismo ya tenía confusas. Pese a todo, probó a jugar la carta de la indiferencia.

—¡Si esas son todas sus pruebas…!

—Me queda la siguiente: después del asesinato usted salió por donde había llegado. Pero a medio camino, en el cuarto ropero, vencido por el pánico, seguramente se apoyó en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Cómo sabe eso? —tartamudeó Victor—. Nadie podría saberlo.

—La justicia no. No entraba en la cabeza de los caballeros del ministerio público la posibilidad de encender una vela para inspeccionar las paredes. De haberlo hecho, habrían visto en el yeso blanco una ligera mancha roja, suficientemente clara sin embargo para comprobar que era la huella de su dedo pulgar, del pulgar húmedo de sangre que apoyó usted en la pared. Como usted sabe, es uno de los principales medios de identificación en antropometría.

Victor Danègre estaba pálido como la cera. Sobre la mesa cayeron gotas del sudor que le corría por la frente. Observaba con ojos desencajados a aquel desconocido que describía su crimen como si hubiera sido un testigo invisible de los hechos.

Agachó la cabeza, vencido e impotente. Durante meses se había enfrentado a todo el mundo. Pero ante aquel hombre tenía la impresión de que no podía hacer nada.

—Si le entrego la perla —balbució—, ¿cuánto me dará usted?

—Nada.

—¡¿Cómo?! ¿Se burla? Le doy un objeto que tiene un valor incalculable ¿y no habré de recibir nada a cambio?

—Sí. La vida. —Aquel ser despreciable se estremeció. Grimaudan añadió con voz suave—: Mire usted, Danègre, esa perla no tiene ningún valor para usted. No podría venderla. ¿Qué sentido tiene conservarla?

—Siempre hay receptadores… y un día u otro, no importa a qué precio…

—Un día u otro será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque la justicia le habrá echado ya el guante y esta vez, con las pruebas que aportaré, el cuchillo, la llave, la huella del pulgar, no tendrá usted escapatoria, buen hombre.

Victor apoyó la cabeza en las manos y reflexionó. En efecto, se sentía perdido, totalmente perdido, y sentía un cansancio tremendo, una gran necesidad de descansar y abandonarse.

—¿Para cuándo la quiere? —murmuró.

—Para esta misma noche, en menos de una hora.

—¿Y si no?

—Si no, echaré al correo esta carta en la que la señorita de Sinclèves lo denuncia al procurador de la República.

Danègre se echó al coleto dos vasos de vino seguidos y se puso en pie.

—Pague la cuenta y vayámonos de aquí. Ya estoy harto de este maldito asunto.

Había caído la noche. Los dos hombres bajaron por rue Lepic y enfilaron los bulevares periféricos, rumbo a la plaza de l’Étoile. Andaban en silencio, Victor muy fatigado y con la espalda doblada.

Al llegar al parque Monceau dijo:

—Está hacia donde queda la casa…

—¡Pardiez! Así que, antes de su detención, usted no salía más que para ir a la expendeduría de tabacos…

—Ya hemos llegado —dijo Danègre con voz apagada.

Siguieron pegados a la verja de los jardines y cruzaron una calle en cuyo chaflán estaba la expendeduría de tabacos. Danègre se detuvo un poco más allá. Las piernas le temblaban. Se dejó caer en un banco.

—¿Y bien? —preguntó su compañero.

—Está ahí.

—¿Ahí? ¿Dónde es ahí?

—Ahí, delante de nosotros.

—¡Delante de nosotros! Hable claro, Danègre, no creo que haga falta…

—Le repito que está ahí.

—¿Dónde?

—Entre dos adoquines.

—¿Cuáles?

—Busque.

—¿Cuáles? —repitió Grimaudan. Victor no respondió—. ¡Ah! Perfecto, buen hombre, quieres hacerme esperar.

—No… Es que… es que soy más pobre que las ratas.

—Vaya, ¿ahora dudas? En fin, seamos tolerantes. ¿Cuánto necesitas?

—Lo suficiente para un pasaje de cubierta para América.

—Hecho.

—Y cien francos para los primeros gastos.

—Tendrás doscientos. Habla.

—Cuente los adoquines, desde la derecha de la alcantarilla. Está entre el doce y el trece.

—¿En el arroyo?

—Sí, bajo el bordillo de la acera.

Grimaudan miró a su alrededor. Circulaban tranvías, pasaban viandantes. Pero ¡pardiez!, ¿quién iba a suponer…?

Abrió la navaja y la clavó entre los adoquines duodécimo y decimotercero.

—¿Y si no está?

—Si no me vio nadie ponerla ahí, debe de estar todavía.

¡Mira que esconderla allí! La perla negra tirada en el fango de un arroyo, a merced del primero que pasara. ¡La perla negra… una fortuna!

—¿A qué profundidad?

—Diez centímetros más o menos.

Escarbó la tierra mojada. Tocó algo con la punta de la navaja. Amplió el boquete con los dedos. Vio la perla negra.

—Toma, tus doscientos francos. Yo mismo te mandaré el pasaje para América.

Al día siguiente, el *Écho de France* publicaba esta gacetilla, que fue reproducida por los periódicos de todo el mundo:

> La famosa perla negra está, desde ayer mismo, en manos de Arsène Lupin, que se la quitó al asesino de la condesa de Andillot. En breve se expondrán reproducciones de esta preciosa joya en Londres, San Petersburgo, Calcuta, Buenos Aires y Nueva York.
>
> Arsène Lupin atenderá las propuestas que tengan a bien hacerle sus corresponsales.

—Esto demuestra que siempre se castiga el crimen y se recompensa la virtud —concluyó Arsène Lupin, cuando me reveló los entresijos del caso.

—Y que usted, haciéndose pasar por un tal Grimaudan, exinspector de la Sûreté, fue elegido por el destino para impedir que el criminal gozara del fruto de su delito.

—Exactamente. Y confieso que es una de las aventuras de las que estoy más orgulloso. Los cuarenta minutos que pasé en la casa de la condesa, tras haberme dado cuenta de que la habían matado, figuran entre los más intensos y emocionantes de mi vida. En cuarenta minutos, metido en la situación más inextricable, reconstruí el crimen y tuve la certeza, con ayuda de algunos indicios, de que el culpable solo podía ser un criado de la casa. En fin, comprendí que, para conseguir la perla, era necesario que el criado fuera detenido, y por eso dejé allí el botón del chaleco; pero también era necesario que no hubiera pruebas irrefutables de su culpabilidad, por eso me llevé el cuchillo que había en la alfombra, cogí la llave olvidada en la cerradura, cerré la puerta con doble vuelta y borré las huellas de dedos de la pared del cuarto ropero. En mi opinión, ese fue un chispazo…

—De genialidad —dije, interrumpiéndolo.

—De genialidad, si usted quiere, que no habría podido darse en el cerebro del primero que pasara. Adivinar en un segundo las dos condiciones del problema, la detención y la absolución, servirme del formidable aparato de la justicia para aturdir a mi hombre, para embrutecerlo, para reducirlo en suma a un estado de ánimo tal que cuando estuviera libre cayera inevitable y fatalmente en la trampa un poco tosca que le tendí.

—¿Un poco? Mucho diría yo, pues no corría ningún peligro.

—Ni el más mínimo, porque una absolución es algo definitivo.

—Pobre diablo…

—¿Victor Danègre, pobre diablo? ¿Acaso ha olvidado que es un asesino? Que se quedara con la perla negra habría sido el colmo de la inmoralidad. Ese hombre sigue vivo, recuérdelo, ¡Danègre vive!

—Y la perla la tiene usted.

La sacó de un bolsillo secreto de su cartera, la observó, la acarició con ojos emocionados y dijo con un suspiro:

—¿Quién será el ricachón, el rajá imbécil y vanidoso que acabará poseyendo este tesoro? ¿A qué multimillonario americano estará destinado este fragmento de lujo y belleza que adornaba los blancos hombros de Léontine Zalti, condesa de Andillot…?

9

HERLOCK SHOLMES LLEGA DEMASIADO TARDE

Velmont, es extraño cuánto se parece usted a Arsène Lupin.

—¿Lo conoce? —Bueno, como todo el mundo, por fotografías. Ninguna se parece a otra, pero todas dejan entrever la misma fisonomía… la misma que presenta usted.

Horace Velmont parecía un poco avergonzado.

—¡Así es la vida, mi querido Devanne! Y no es usted el primero que me hace esa observación, créame.

—Hasta el punto —insistió Devanne— de que si usted no me hubiera sido recomendado por mi primo d'Estevan y si no fuera el conocido pintor cuyas marinas admiro, me pregunto si no habría avisado a la policía de su presencia en Dieppe.

La ocurrencia fue recibida con una carcajada general. En el gran comedor del castillo de Thibermesnil estaban, además de Velmont, el padre Gélis, párroco del pueblo, y una docena de oficiales cuyos regimientos maniobraban en los alrededores y que habían acudido a la invitación del banquero Georges Devanne y su madre. Uno de ellos exclamó:

—¿No han avisado de la presencia de Arsène Lupin en la costa después del famoso golpe que dio en el rápido de París a El Havre?

—Exactamente, de eso hace ya tres meses, y la semana siguiente conocí en el casino a nuestro excelente Velmont, que, desde entonces, ha tenido a bien visitarme varias veces, agradable preludio de una visita domiciliaria más formal con que me honrará uno de estos días… ¡o quizá una de estas noches!

Todos volvieron a reír y pasaron a la antigua sala de la guardia, amplia pieza de techos altos que ocupaba toda la parte inferior de la torre Guillaume y en la que Georges Devanne había reunido las incomparables riquezas acumuladas a lo largo de los siglos por los señores de Thibermesnil. La adornaban cofres y credencias, morillos y candelabros. En las paredes de piedra colgaban tapices magníficos. Los derrames de las cuatro ventanas eran profundos, con bancos en la base, y terminaban en vanos ojivales cerrados por

vidrieras emplomadas. Entre la puerta y la ventana de la izquierda se alzaba una librería monumental de estilo Renacimiento, en cuyo frontón estaba escrito el nombre «Thibermesnil» en letras de oro e inmediatamente debajo la orgullosa divisa de la familia: «Obra a tu guisa».

Mientras encendían sendos cigarros, Devanne prosiguió:

—Pero dese usted prisa, Velmont, es la última noche que le queda.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el pintor, que había decidido aceptar la broma.

Devanne iba a responder cuando su madre le hizo una seña. Pero la exaltación de la cena y el deseo de agradar a los invitados fueron más fuertes.

—¡Bah! —murmuró—. Ahora puedo hablar. No hay que temer ninguna indiscreción.

Se sentaron a su alrededor con viva curiosidad y, con el aire satisfecho de quien da una importante noticia, anunció:

—Mañana, a las cuatro de la tarde, Herlock Sholmes, el gran policía inglés a quien no se le resiste ningún misterio, Herlock Sholmes, el descifrador de enigmas más extraordinario que se haya visto, Herlock Sholmes, el prodigioso personaje que parece forjado por la imaginación de un novelista, vendrá a esta mansión.

Se oyeron exclamaciones. ¿Herlock Sholmes en Thibermesnil? Entonces, ¿hablaba realmente en serio cuando decía que Arsène Lupin se encontraba en la región?

—Arsène Lupin y su banda no andan lejos. Sin contar el caso del barón Cahorn, ¿a quién atribuir los robos de Montigny, de Gruchet, de Crasville, sino a nuestro ladrón nacional? Y me ha llegado el turno.

—¿Y está usted prevenido, como lo estuvo el barón Cahorn?

—La misma treta no dará resultado dos veces.

—¿Entonces?

—¿Entonces? Fíjense. —Se levantó y, señalando con el dedo un estante de la librería, un pequeño hueco que había entre dos grandes infolios, continuó—: Aquí había un libro, un libro del siglo XVI, titulado *Crónica de Thibermesnil*, que contaba la historia del castillo desde que fue construido por el duque Rollon sobre las ruinas de una fortaleza feudal. Contenía tres grabados. Uno era una panorámica de todo el territorio, otro un plano del edificio y el último, y llamo la atención sobre esto, el trazado de un paso subterráneo, uno de cuyos extremos terminaba en el exterior de las antiguas murallas y el otro aquí, en este salón en que estamos ahora. Ese libro, señores, desapareció el mes pasado.

—¡Cielos! —exclamó Velmont—. Es un mal augurio. Pero no creo que sea motivo suficiente para que intervenga Herlock Sholmes.

—Es verdad, no habría sido suficiente si no hubiera ocurrido otro hecho que da todo su sentido a lo que acabo de contar. En la Biblioteca Nacional había otro ejemplar de la *Crónica*; los dos eran idénticos, pero presentaban algunas diferencias referentes a ciertos detalles del plano del subterráneo, como la inclusión de una sección vertical y una escala, y diversas anotaciones que no estaban impresas, sino escritas con tinta y más o menos borrosas. Yo conocía estos detalles y sabía que el trazado exacto solo podría reconstruirse comparando atentamente las dos láminas. Ahora bien, un día después de que desapareciera mi ejemplar, el de la Biblioteca Nacional fue solicitado por un lector que se lo llevó sin que pudiera saberse cómo se había producido el robo.

Aquellas palabras fueron recibidas con exclamaciones.

—Esta vez el asunto es serio.

—También esta vez se movilizó la policía —dijo Devanne— e hizo una investigación por partida doble que no dio ningún resultado.

—Como todas las que se centran en Arsène Lupin.

—Exactamente. Fue entonces cuando se me ocurrió pedir ayuda a Herlock Sholmes, que me respondió diciendo que tenía vivos deseos de enfrentarse a Arsène Lupin.

—¡Para mayor gloria de Arsène Lupin! —dijo Velmont—. Pero si nuestro ladrón nacional, como usted lo llama, no tiene ningún interés en Thibermesnil, Herlock Sholmes tendrá que quedarse mano sobre mano.

—Hay otra cosa que le interesa considerablemente, y es el descubrimiento del paso subterráneo.

—¡Por supuesto! ¿No ha dicho usted que un extremo daba al campo y el otro a este salón?

—Sí, pero ¿dónde? ¿A qué punto del salón? La línea que representa el subterráneo en las láminas tiene en un extremo un pequeño círculo con dos mayúsculas, «T. G.», que sin duda significan Torre Guillaume. Pero la torre es redonda y es imposible concretar en qué punto del círculo muere la línea del plano.

Devanne encendió otro puro y se sirvió un vaso de benedictino. Se le hicieron preguntas. Sonrió, contento por la expectación despertada. Finalmente dijo:

—El secreto se ha perdido. Nadie lo conoce. Según la leyenda, los señores del lugar se lo transmitían de padres a hijos en el lecho de muerte, hasta que

Geoffroy, último propietario del título, se quedó sin cabeza en el cadalso el 7 de Termidor del año II, a los diecinueve de edad.

—Pero después de un siglo, alguien ha tenido que indagar…

—Se buscó, pero en vano. Yo mismo, cuando compré el castillo a un sobrino bisnieto de Laribourg, el de la Convención Nacional, mandé hacer excavaciones. Pero ¿para qué? Piensen que esta torre, rodeada de agua, no estaba unida al castillo más que por un puente y que, por lo tanto, era inevitable que el subterráneo pasara por debajo del antiguo foso. El plano de la Biblioteca Nacional señala, además, una serie de escaleras con cuarenta y ocho peldaños, lo que permite suponer una profundidad de más de diez metros. Y la escala del otro plano indica una distancia de doscientos metros. En realidad, todo el problema está aquí, entre este suelo, este techo y estas paredes. Pero confieso que no me atrevo a demolerlos.

—¿Y no hay ningún indicio?

—Ninguno.

El padre Gélis objetó:

—Señor Devanne, debemos tener en cuenta dos textos.

—¡Oh! —exclamó riendo Devanne—. El señor cura es un investigador de archivos, un gran lector de memorias y un apasionado de todo lo concerniente a Thibermesnil. Pero la explicación a la que se refiere no serviría más que para confundir las cosas.

—¿Y entonces?

—¿Están ustedes interesados?

—Enormemente.

—Sepan pues que de su lectura se desprende que dos reyes de Francia conocieron la clave del enigma.

—¡Dos reyes de Francia!

—Enrique IV y Luis XVI.

—No son unos reyes cualesquiera. ¿Y cómo es que el señor cura está al corriente…?

—¡Oh!, es muy sencillo —prosiguió Devanne—. La víspera de la batalla de Arques, el rey Enrique IV cenó y durmió en este castillo. A las once de la noche, Louise de Tancarville, la dama más hermosa de Normandía, se introdujo en su aposento por el pasadizo, con la complicidad del duque Edgardo, que, de este modo, descubrió el secreto de la familia. Tiempo después, Enrique IV confió dicho secreto a su ministro Sully, que cuenta la anécdota en sus *Economías reales del Estado*, sin más comentario que esta

frase incomprensible: «El hacha gira en el aire que tiembla, pero el ala se abre y se va hasta Dios».

Se produjo un silencio y Velmont dijo riendo:

—Tanta claridad me aturde.

—¿Verdad que sí? El señor cura cree que Sully lo escribió en clave para no revelar el secreto a los escribientes a los que dictaba sus memorias.

—Una hipótesis ingeniosa.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué hacha gira y qué pájaro abre las alas?

—¿Y qué es eso de ir hasta Dios?

—¡Misterio!

Velmont continuó:

—¿Y el buen Luis XVI también se hizo abrir el subterráneo para recibir a una dama?

—Lo desconozco. Lo único que podemos decir es que Luis XVI se alojó en Thibermesnil en 1784 y que el famoso armario de hierro que se encontró en el Louvre tras la denuncia de Gamain contenía un papel con esto escrito: «Thibermesnil: 2-6-12».

Horace Velmont estalló en carcajadas:

—¡Victoria! La oscuridad se despeja cada vez más. Dos veces seis son doce.

—Ríase cuanto quiera, señor —dijo el párroco—. Eso no impide que la solución se encuentre en esos dos textos. Y algún día aparecerá alguien que sabrá interpretarlos.

—El primero será Herlock Sholmes —dijo Devanne—. A menos que Arsène Lupin se le adelante. ¿Qué piensa usted, Velmont?

Velmont se levantó, apoyó la mano en el hombro de Devanne y dijo:

—Yo creo que en su libro y en el de la Biblioteca Nacional faltaba una información de la máxima importancia y acaba usted de proporcionármela. Mi más sincero agradecimiento.

—Lo cual quiere decir…

—Lo cual quiere decir que cuando el hacha gire, el pájaro eche a volar y dos veces seis sean doce, solo me faltará entrar en acción.

—Sin perder un minuto.

—¡Sin perder un segundo! ¿No es necesario que desvalije el castillo esta noche, es decir, antes de que llegue Herlock Sholmes?

—La verdad es que tiene el tiempo justo. ¿Quiere que lo lleve?

—¿A Dieppe?

—A Dieppe. Aprovecharé el viaje para recoger a los señores d’Androl y a la hija de unos amigos suyos. Llegarán en el tren de medianoche. —Dirigiéndose a los oficiales, añadió—: Nos volveremos a ver todos aquí mañana, para almorzar, ¿verdad, señores? Cuento con ustedes, ya que el castillo debe ser atacado por sus regimientos y tomado por asalto cuando den las once.

La invitación fue aceptada, se separaron y, unos momentos después, un 20-30 Étoile dorado llevaba a Devanne y a Velmont por la carretera de Dieppe. Devanne dejó al pintor delante del casino y se dirigió a la estación.

A medianoche se apearon sus amigos del tren. A las doce y media, el automóvil franqueó las puertas de Thibermesnil. A la una, tras tomar una cena ligera en el salón, se retiraron. Poco a poco se apagaron las luces. El castillo quedó envuelto en el gran silencio de la noche.

Pero la luna apartó las nubes que le impedían el paso y, entrando por dos ventanas, llenó el salón de blanca claridad. Fue solo un momento. La luna volvió a esconderse enseguida detrás de la barrera de las montañas. Y nuevamente reinó la oscuridad. El silencio volvió más densas las sombras. Solo lo rasgaban apenas los crujidos ocasionales de los muebles y los rumores de los carrizos que crecían al borde del lago que bañaba los viejos muros con sus aguas verdes.

El reloj desgranaba los segundos como un rosario de cuentas infinitas. Dio las dos. Luego, una vez más, los segundos pasaron presurosos y monótonos en la pesada paz de la noche. El reloj dio las tres.

Y, de pronto, se oyó un fuerte chasquido, como el del disco de señales que se levanta y gira cuando pasa el tren. Y un fino chorro de luz atravesó el salón de parte a parte, semejante a una flecha que dejara tras de sí una estela luminosa. Salía de la acanaladura central de la pilastra derecha que sostenía el frontón de la librería. Primero se detuvo sobre la pared de enfrente, proyectando un redondel pálido, a continuación se movió hacia todas partes, como un ojo inquieto que escruta la oscuridad; luego se desvaneció y volvió a encenderse, mientras toda una parte de la librería giraba sobre sí misma, abriendo una ancha abertura abovedada.

De allí salió un hombre que tenía en la mano una linterna eléctrica. Aparecieron otros dos con cuerdas enrolladas y varias herramientas. El primero inspeccionó el lugar, escuchó y dijo:

—Llamad a los otros.

Salieron ocho del subterráneo, vigorosos, fornidos, de rostro enérgico. Y comenzó el desvalijamiento.

Fue rápido. Arsène Lupin iba de un mueble a otro, lo inspeccionaba y, según sus dimensiones o su valor artístico, lo perdonaba o decía:

—¡Andando con él!

Y se lo llevaban por la boca abierta del túnel, hacia las entrañas de la tierra.

Así arramblaron con seis sillones y seis sillas Luis XV, con tapices de Aubusson, candelabros de Gouthière, dos Fragonard, un Nattier, un busto de Houdon y estatuillas. De vez en cuando, Lupin se detenía delante de un cofre lujoso o un cuadro soberbio y decía suspirando:

—Esto es demasiado pesado… Esto es demasiado grande… ¡Qué lástima!

Y continuaba la tasación.

En cosa de cuarenta minutos, el salón quedó «escombrado», según expresión del propio Arsène. Y todo se hizo con un sigilo admirable, sin el menor ruido, como si todos los objetos que movieron hubieran estado forrados con guata.

El último en irse fue uno que transportaba un reloj de pared cuya caja había sido construida por Boulle. Lupin le dijo:

—No tiene sentido volver. Tal como habíamos quedado, en cuanto el camión esté lleno, vais derechos a la granja de Roquefort.

—¿Y usted, patrón?

—Que me dejen la motocicleta.

Cuando el otro se fue, Lupin descansó unos momentos, apoyado en el panel móvil de la librería. Luego, tras limpiar todo rastro del desvalijamiento, borró las huellas de las pisadas, levantó una colgadura y entró en una galería que comunicaba la torre con el castillo. En mitad de esta había una vitrina. Y era precisamente aquella vitrina la causa por la que Arsène Lupin continuaba con su rastreo.

Contenía maravillas: una colección única de relojes, tabaqueras, anillos, collares, miniaturas de una belleza exquisita. Forzó la cerradura con unos alicates y experimentó un placer inefable cuando tuvo en sus manos aquellas joyas de oro y plata, aquellas pequeñas obras de arte tan delicadas y preciosas.

Llevaba colgado del hombro, cruzado en bandolera, un saco de tela especialmente preparado para aquellos menesteres. Lo llenó. Se llenó también los bolsillos de la chaqueta, del pantalón y del chaleco. Y doblaba ya el brazo para llevarse otro montón de aquellos bolsitos de red hechos con perlas, que

tanto gustaban a nuestros antepasados y que la última moda buscaba afanosamente…, cuando percibió un rumor.

Escuchó. No se había equivocado; volvió a oír el ruido.

De repente se acordó: en el otro extremo de la galería había una escalera interior que conducía a unos aposentos, vacíos hasta entonces, pero reservados desde aquella noche a la muchacha que Devanne había ido a buscar a Dieppe, con sus amigos, los d’Androl.

Sin perder un instante pulsó el botón de la linterna y la apagó. Acababa de llegar al entrante de una ventana cuando se abrió la puerta de lo alto de la escalera y una débil luz iluminó la galería.

Le pareció —pues medio oculto por una cortina no veía nada— que una persona descendía los primeros peldaños con precaución. Esperaba que se quedase allí. Pero siguió bajando, incluso avanzó unos pasos por la galería. Entonces profirió un grito. Sin duda se había percatado del estado de la vitrina, donde solo quedaba ya la cuarta parte de lo que había contenido.

Se dio cuenta de que era una mujer por el perfume. Sus ropas casi rozaron la cortina que lo ocultaba, incluso le pareció oír los latidos del corazón femenino, como si la muchacha hubiera adivinado la presencia de otra persona junto a ella, en la sombra, al alcance de su mano… Lupin se dijo: «Tiene miedo… Se irá… Es imposible que se quede». Pero se quedó. La vela que temblaba en su mano se inmovilizó. La muchacha dio media vuelta, dudó un instante, al parecer escuchando en el escalofriante silencio, y entonces, de repente, apartó la cortina.

Se miraron.

Arsène, asombrado, murmuró:

—¡Usted! Es usted… señorita.

Era la señorita Nelly.

¡La señorita Nelly! La pasajera del trasatlántico, la que había mezclado sus sueños con los del joven durante aquella inolvidable travesía, la que había estado presente durante su detención y que, en vez de traicionarlo, había tenido el bonito detalle de tirar al mar la Kodak donde él había escondido las joyas y los billetes de banco… ¡La señorita Nelly! La querida y sonriente criatura cuya imagen había entristecido o alegrado con frecuencia las largas horas que había pasado en prisión.

Que de pronto volvieran a verse en aquel castillo a aquellas horas de la noche era una casualidad tan asombrosa que no se movieron ni pronunciaron palabra alguna, tan estupefactos estaban, como hipnotizados por aquella doble aparición que a los dos se les antojaba fantástica.

La señorita Nelly, trémula y emocionada, tomó asiento.

Él se quedó de pie, delante de ella. Y poco a poco, durante los interminables segundos que transcurrieron, fue consciente de la impresión que, sin duda, causaba en aquellos instantes, con los brazos cargados de objetos valiosos, los bolsillos llenos y el saco repleto hasta reventar. Fue presa de una tremenda confusión y se avergonzó de encontrarse allí, en el canallesco trance del ladrón al que se sorprende con las manos en la masa. Le ocurriera lo que le ocurriese a él, para ella solo sería en lo sucesivo un ladrón, el que mete la mano en bolsillo ajeno, el que fuerza las puertas y entra en las casas furtivamente.

Un reloj de bolsillo fue rodando por la alfombra, y luego otro. De sus brazos cayeron otros objetos que no sabía cómo retener. Entonces, con decisión instantánea, dejó caer parte del botín encima del sillón, vació los bolsillos y se desprendió del saco.

Sintiéndose ya menos culpable delante de Nelly, dio un paso hacia ella con intención de hablarle. Pero ella hizo ademán de retroceder, se levantó con presteza, como atemorizada, y huyó hacia el salón. Al correr, la colgadura se detuvo y el joven llegó a su lado. La muchacha se había quedado atónita, temblorosa, contemplando con ojos aterrorizados la inmensa habitación arrasada.

Lupin le dijo en el acto:

—Mañana a las tres todo estará otra vez en su sitio… Se restituirán los muebles… —La muchacha no dijo nada y Lupin repitió—: Mañana a las tres, me comprometo a ello… Nada en el mundo me impedirá cumplir esta promesa… Mañana a las tres…

Un largo silencio cayó sobre los dos. Lupin no se atrevió a romperlo y la conmoción de la joven le causaba un sufrimiento sincero. Suavemente, sin decir palabra, se apartó de ella. Mientras tanto pensaba: «¡Ojalá se tranquilice! ¡Ojalá se sienta libre de marcharse…! ¡Ojalá no me coja miedo…!».

Pero, de repente, la joven se estremeció y balbució:

—Escuche… Pasos… Alguien se acerca…

Lupin la miró sorprendido. Parecía agitada, como ante la proximidad de algún peligro.

—Yo no oigo nada —dijo Lupin—, y de todos modos…

—¡¿Cómo?! Hay que irse… Deprisa, huya usted.

—Huir… ¿por qué?

—Es necesario… Es necesario… ¡Vamos, no se quede aquí!

En un arranque, la joven echó a correr hasta la entrada de la galería y escuchó. No, allí no había nadie. ¿Y si el rumor procedía de fuera? Escuchó un segundo más y, ya tranquilizada, dio media vuelta.

Arsène Lupin ya no estaba.

En el instante mismo en que Devanne vio el saqueo de su castillo, se dijo: esto es cosa de Velmont y Velmont no es otro que Arsène Lupin. Todo se explicaba así, pues no podía explicarse de otro modo. La idea, sin embargo, no cuajó, hasta tal punto era inconcebible que Velmont no fuese Velmont, es decir, el conocido pintor, el miembro del círculo de su primo d’Estevan. Y cuando se presentó el jefe de la gendarmería, inmediatamente advertido, a Devanne ni se le ocurrió contarle esta absurda suposición.

Durante toda la mañana hubo en Thibermesnil un ajetreo indescriptible. Gendarmes, guardias rurales, el comisario de policía de Dieppe, lugareños, todos corrían por los pasillos, por el parque o por los alrededores del castillo. La proximidad de soldados que hacían maniobras y los disparos de fusil hacían más pintoresca la escena.

Las primeras investigaciones no aportaron ningún indicio. No se había roto ninguna ventana ni forzado ninguna puerta, sin duda porque se habían llevado el botín por la salida secreta. Sin embargo, no se vieron huellas de pasos en la alfombra ni ninguna señal inusual en las paredes.

Solo se descubrió un hecho inesperado que casaba perfectamente con la fantasía de Arsène Lupin: la famosa *Crónica* del siglo XVI había vuelto a su antiguo lugar y a su lado se encontró un libro parecido, que no era otro que el ejemplar robado en la Biblioteca Nacional.

A las once llegaron los oficiales. Devanne los recibió con alegría, ya que su fortuna le permitía soportar sin malos humores el disgusto que le había causado la pérdida de las riquezas artísticas robadas. Los d’Androl y la señorita Nelly bajaron de sus aposentos.

Hechas las presentaciones, se dieron cuenta de que faltaba un comensal, Horace Velmont. ¿No pensaba acudir?

Su ausencia habría vuelto a despertar las sospechas de Georges Devanne, pero llegó exactamente a mediodía. Devanne exclamó:

—Perfecto. Ya está usted aquí.

—¿No soy puntual?

—Bueno, podría no haberlo sido… después de una noche tan movida. ¿No sabe la noticia?

—¿Qué noticia?

—Me ha limpiado usted el castillo.

—¡No me diga!

—Como lo oye. Pero, antes que nada, ofrezca el brazo a la señorita Underdown y vayamos al comedor… Señorita, permítame… —Sorprendido por la turbación de la joven, dejó la frase sin terminar. Pero continuó al acordarse repentinamente de algo—: Claro, usted viajó con Arsène Lupin, hace tiempo, antes de que lo detuvieran. El parecido es asombroso, ¿verdad?

La joven no respondió. Velmont estaba delante de ella y sonreía. Se inclinó, le ofreció el brazo, la condujo a su sitio y se sentó enfrente.

Durante la comida no se habló más que de Arsène Lupin, de los muebles robados, del paso subterráneo y de Herlock Sholmes. Solo al terminar los postres, cuando se abordaron otros temas, intervino Velmont en la conversación. Estuvo divertido y serio, elocuente e ingenioso. Y todo lo que decía, parecía decirlo únicamente para interesar a la muchacha, que, totalmente abstraída, no daba muestras de oírlo.

El café se sirvió en la terraza que daba al patio de honor y al jardín a la francesa que estaba frente a la fachada principal. La orquesta del regimiento se puso a tocar y civiles y soldados se dispersaron por los caminos del parque.

Mientras tanto, Nelly no había olvidado la promesa de Lupin: «A las tres todo estará allí, me comprometo a ello».

¡A las tres! Y las agujas del gigantesco reloj que adornaba el ala derecha señalaban las tres menos veinte. No dejaba de mirarlas, en contra de su voluntad. Y miraba asimismo a Velmont, que se columpiaba apaciblemente en una mecedora.

Menos diez… menos cinco… Una mezcla de impaciencia y angustia se apoderó de la muchacha. ¿Era posible que se realizara el milagro, y que se llevara a cabo a la hora fijada, cuando el castillo, el patio, el campo estaban llenos de gente, y mientras el procurador de la República y el juez de instrucción seguían con sus pesquisas?

Sin embargo… Sin embargo, Arsène Lupin lo había prometido con total solemnidad. «Será como él dijo», pensó la joven, impresionada por la seguridad y la autoridad que veía en aquel hombre. ¡Se comportaba como si a él no le pareciera un milagro, sino un hecho natural que debía producirse por pura lógica!

Sus miradas se cruzaron un segundo. La joven se ruborizó y volvió la cabeza.

Las tres… Sonó la primera campanada, la segunda, la tercera… Horace Velmont sacó su reloj, levantó los ojos hacia la fachada y volvió a guardar el reloj en el bolsillo. Transcurrieron unos segundos. La muchedumbre del jardín se apartó para dejar paso a dos carros tirados por caballos que acababan de cruzar la verja. Eran los carromatos que van detrás de los regimientos y que transportan los baúles de los oficiales y los morrales de los soldados. Se detuvieron delante de la escalinata. Un sargento furriel bajó del pescante de un carro y preguntó por el señor Devanne.

Devanne se acercó y bajó los peldaños. Debajo de las lonas vio, cuidadosamente ordenados y muy bien envueltos, sus muebles, sus cuadros, sus objetos artísticos.

El furriel, a las preguntas que se le hicieron, respondió enseñando la orden que había recibido del ayudante de servicio, quien, a su vez, la había recibido por la mañana. Según la orden en cuestión, la segunda compañía del cuarto batallón debía cargar los objetos depositados en el cruce de Halleux, en el bosque de Arques, y entregarlos a las tres al señor Georges Devanne, propietario del castillo de Thibermesnil. Firmaba la orden el coronel Beauvel.

—En el cruce —añadió el sargento— todo estaba preparado y ordenado sobre la hierba, y custodiado… por unos transeúntes. Me pareció raro, pero… ¡qué caramba!, la orden era categórica.

Un oficial examinó la firma: estaba muy bien imitada, pero era falsa.

La música había dejado de oírse, se vaciaron los carromatos, se reinstalaron los muebles.

Nelly, en medio de esta agitación, estaba sola en el extremo de la terraza. Estaba seria y preocupada, debatiéndose con pensamientos confusos que no acertaba a concretar. De pronto se dio cuenta de que Velmont se acercaba. Quería evitarlo, pero el ángulo de la balaustrada que cerraba la terraza la rodeaba, y una línea de macetas de arbustos, naranjos, azaleas y bambúes no le dejaban otra salida que el camino por el que se acercaba el joven. Un rayo de sol temblaba en sus cabellos de oro, agitado por las tenues hojas de un bambú. Alguien dijo en voz baja:

—He cumplido la promesa que hice anoche.

Arsène Lupin estaba junto a ella y cerca de ellos no había nadie más. El hombre repitió con actitud titubeante y voz apocada:

—He cumplido la promesa que hice anoche.

Esperaba una palabra de agradecimiento, algo que, por lo menos, demostrara que reconocía su gesto. Pero la muchacha guardó silencio.

Aquel aire despectivo irritó a Arsène Lupin, que, al mismo tiempo, se daba cuenta de todo lo que lo separaba de Nelly, ahora que esta conocía la verdad. Habría querido disculparse, buscar excusas, exponerle lo que había de audaz y grande en su vida. Pero sentía lo ofensivo de sus palabras por adelantado, comprendía lo absurdo e insolente de toda explicación. Dominado por los recuerdos, murmuró con tristeza:

—¡Qué lejos queda el pasado! ¿Recuerda usted las largas horas que pasamos en la cubierta del *Provence*? Ah, fíjese… Entonces, como hoy, también tenía una rosa en la mano, una rosa blanca como esta… Se la pedí… usted, al parecer, no me oyó… Sin embargo, cuando usted se fue, encontré la rosa… olvidada, sin duda… Y la guardé…

La muchacha siguió sin decir nada. Parecía muy lejos de él. Lupin añadió:

—En recuerdo de aquellas horas, no dé vueltas a lo que ahora sabe. ¡Que el pasado se funda con el presente! Ojalá no fuera yo el que vio usted anoche, sino el de antes, y ojalá sus ojos me miren, aunque solo sea por un segundo, como me miraban entonces… Se lo ruego… ¿Es que no soy ya el mismo?

La muchacha levantó los ojos, como le pedía él, y lo miró. Sin decir una sola palabra, puso el dedo en una sortija que llevaba él en el índice. Solo se veía el aro, pero el adorno, vuelto hacia abajo, consistía en un rubí maravilloso.

Arsène Lupin se ruborizó. La sortija pertenecía a Georges Devanne.

Lupin sonrió con amargura.

—Tiene usted razón. Nada puede cambiarse. Arsène Lupin no es ni puede ser otro que Arsène Lupin, y entre usted y él no puede existir ni siquiera un recuerdo… Perdóneme… Tendría que haber comprendido que el solo hecho de estar junto a usted es una afrenta…

Se alejó pegado a la balaustrada, sombrero en mano. Nelly lo adelantó y él sintió la tentación de retenerla, de implorarle. Pero le faltó valor y la siguió con la mirada, como aquel día lejano en que ella descendió la pasarela en el muelle de Nueva York. Al subir los peldaños que conducían a la puerta, su delicada silueta se dibujó todavía un instante entre los mármoles del vestíbulo. Dejó de verla.

Una nube ocultó el sol. Arsène Lupin observaba inmóvil el rastro que habían dejado sus cortos pasos en la arena. De súbito se estremeció: en el macetón del bambú en el que Nelly había estado apoyada yacía la rosa, la rosa blanca que no se había atrevido a pedirle… ¿Olvidada también? Pero ¿adrede o por distracción?

La recogió con fervor. Se desprendieron algunos pétalos. Los recogió uno por uno como reliquias…

«Vayámonos —se dijo—. Ya no tengo nada que hacer aquí. Pensemos en la retirada. Sobre todo porque si Herlock Sholmes se mezcla en esto, la cosa puede ponerse fea».

El parque estaba desierto, pero en la garita que dominaba la entrada había un grupo de gendarmes. Se introdujo entre los árboles, escaló la tapia del recinto y siguió un sendero que serpenteaba por el campo con intención de llegar a la estación más cercana. No llevaba andando ni diez minutos cuando advirtió que el camino se estrechaba, encajado entre dos pendientes, y cuando llegaba ya a la garganta, vio que se acercaba alguien en sentido contrario.

Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, afeitado y cuya ropa evidenciaba un origen extranjero. Llevaba en la mano un grueso bastón y del hombro le colgaba un macuto.

Cuando se cruzaron, el desconocido dijo con ligero acento inglés:

—Disculpe, señor… ¿voy bien para llegar al castillo?

—Todo recto, señor, y cuando llegue a la tapia, tire a la izquierda. Lo esperan con impaciencia.

—Ah.

—Sí, mi amigo Devanne nos anunció ayer por la noche que llegaría usted hoy.

—Puede que el señor Devanne hablara más de la cuenta.

—Y yo me alegro de ser el primero en saludarlo. Soy el más ferviente admirador de Herlock Sholmes.

Hubo en su voz un imperceptible matiz de ironía que lamentó inmediatamente, pues Herlock Sholmes lo observó de pies a cabeza con unos ojos a la vez tan penetrantes y envolventes que Arsène Lupin tuvo la impresión de haber sido atrapado, apresado y calado por aquella mirada con más precisión y profundidad que por el mejor aparato fotográfico.

«Ya tiene el cliché —pensó—. No vale la pena disfrazarse ante este individuo. ¿Me habrá reconocido?».

Se dieron la mano. Entonces se oyó un ruido, un resonar de cascos de caballos que avanzaban al trote sentado. Eran los gendarmes. Los dos hombres se echaron a un lado, contra la hierba de la pendiente, para no ser arrollados. Llegaron los gendarmes, pero como marchaban algo separados, tardaron un poco en pasar todos. Lupin pensaba:

«Todo depende de si me ha reconocido. Si es así, hay muchas probabilidades de que aproveche la situación. El problema es angustiante».

Cuando hubo pasado el último jinete, Herlock Sholmes se incorporó y, sin decir nada, se limpió el polvo de la ropa. Una rama de espino se le había enganchado en la correa del macuto. Arsène Lupin lo ayudó. Se observaron nuevamente. De haberlos visto en aquel instante, se habría asistido al emocionante espectáculo del primer encuentro entre aquellos dos hombres tan diferentes, tan poderosamente armados, hombres realmente superiores, destinados fatalmente por sus especiales aptitudes a chocar de frente como fuerzas idénticas que la lógica de las cosas empuja en sentidos contrarios a través del espacio.

—Muy agradecido, señor —dijo el inglés.

—A su servicio —respondió Lupin.

Se separaron. Lupin se dirigió hacia la estación y Herlock Sholmes hacia el castillo.

El juez de instrucción y el procurador se habían marchado después de sus infructuosas pesquisas y en el castillo esperaban a Herlock Sholmes con una curiosidad que justificaba su gran reputación. Hubo cierta decepción al ver su aspecto burgués, que contrastaba profundamente con la imagen que se habían hecho de él. No tenía nada del héroe de novela, del personaje enigmático y diabólico que evoca en nosotros el nombre de Herlock Sholmes. Devanne, sin embargo, exclamó con entusiasmo:

—¡Por fin ha llegado, maestro! ¡Qué alegría! Hace mucho que lo esperaba… Casi me alegro de todo lo que ha pasado porque, gracias a eso, tengo el placer de verlo. Pero, a propósito, ¿cómo ha llegado usted?

—En tren.

—¡Qué lastima! Habría podido mandarle mi coche al muelle.

—Una llegada oficial, ¿no?, con tambores y música. Excelente medio de facilitarme la labor —rezongó el inglés.

Aquel tono antipático desconcertó a Devanne, que, esforzándose por ser agradable, respondió:

—La labor, afortunadamente, es más sencilla de lo que le conté por carta.

—¿Y por qué?

—Porque el robo se produjo anoche.

—Si no hubiera usted anunciado mi visita, señor, es probable que anoche no hubiera habido robo.

—¿Cuándo entonces?

—Mañana u otro día.

—¿Y en ese caso?

—Lupin habría caído en la trampa.

—¿Y mis muebles?

—No se los habrían llevado.

—Los muebles están aquí.

—¿Aquí?

—Los trajeron a las tres.

—¿Los trajo Lupin?

—Dos carromatos militares.

Herlock Sholmes se caló con violencia el sombrero y se colgó el macuto; Devanne, muy inquieto, exclamó:

—¿Qué hace usted?

—Me voy.

—¿Y por qué?

—Usted tiene sus pertenencias y Arsène Lupin está lejos. Mi papel ha terminado.

—Pero yo necesito su ayuda, estimado señor. Lo que pasó ayer puede repetirse mañana, dado que ignoramos lo más importante: cómo entró Arsène Lupin, cómo salió y por qué, horas más tarde, decidió devolverlo todo.

—¡Ah! Lo ignora… —La idea de que había un secreto por descubrir apaciguó a Herlock Sholmes—. De acuerdo, busquemos. Pero deprisa, ¿quiere? Y si es posible, solos.

Lo último era una clara alusión a los presentes. Devanne lo comprendió y condujo al inglés al salón. Con sequedad, con frases que parecían medidas de antemano y con total parsimonia, Sholmes le hizo preguntas sobre la velada de la víspera, sobre los comensales que habían asistido, sobre los visitantes habituales del castillo. Luego inspeccionó los dos ejemplares de la *Crónica*, comparó las láminas del subterráneo, se hizo repetir los textos recordados por el padre Gélis, y preguntó:

—¿Fue ayer exactamente cuando habló por primera vez de esos textos?

—Ayer.

—¿Nunca le había hablado de ellos al señor Horace Velmont?

—Nunca.

—Bien. Traiga su automóvil. Me iré dentro de una hora.

—¡Dentro de una hora!

—Arsène Lupin no tardó más en resolver el problema que usted le planteó.

—¿Yo…? ¿Que yo le planteé…?

—Que sí, hombre. Arsène Lupin y Velmont son la misma persona.

—Tenía dudas, pero… ¡Ah, el muy bandido!

—Ayer, a las diez de la noche, proporcionó usted a Lupin los elementos de la verdad que le faltaban y que buscaba desde hacía semanas. Y en el curso de la noche tuvo tiempo de comprender, de reunir a su banda y de desvalijar el castillo. Mi intención es ser igual de rápido.

Paseó de un lado a otro de la estancia mientras reflexionaba. Luego se sentó, cruzó las largas piernas y cerró los ojos.

Devanne esperaba lleno de confusión.

«¿Duerme? ¿Medita?».

En previsión de lo que pudiera suceder, salió para dar instrucciones. Cuando volvió se lo encontró al pie de la escalera de la galería, de rodillas, inspeccionando la alfombra.

—¿Qué hay ahí?

—Fíjese… ahí… Gotas de cera…

—Pues es verdad… y todas recientes…

—Las verá igualmente en lo alto de la escalera y más todavía alrededor de esta vitrina, que Arsène Lupin forzó y de la que sacó objetos que depositó en ese sillón.

—¿Y qué conclusión saca usted?

—Ninguna. Todos estos hechos explicarían sin duda la restitución de los objetos. Pero es un aspecto de la cuestión que no tengo tiempo de investigar. Lo esencial es el trazado del subterráneo.

—¿Todavía espera usted que…?

—Yo no espero: sé. Existe una capilla a dos o trescientos metros del castillo, ¿verdad?

—Una capilla en ruinas donde está el sepulcro del duque Rollon.

—Diga a su chófer que nos espere junto a esa capilla.

—Mi chófer no ha regresado todavía… Ya me avisarán… Pero por lo que veo, usted cree que el subterráneo termina en la capilla. ¿En qué basa sus…?

Herlock Sholmes lo interrumpió:

—Le rogaría, señor, que me consiguiera usted una escalera y una linterna.

—¡Ah! ¿Necesita una escalera y una linterna?

—Eso parece, dado que se las estoy pidiendo.

Devanne, algo aturdido por aquella ruda lógica, llamó al servicio. Los dos objetos aparecieron al instante.

Las órdenes se sucedieron entonces con el rigor y la precisión de las instrucciones militares.

—Apoye la escalera en la librería, a la izquierda del nombre Thibermesnil… —Devanne movió la escalera—. Más a la izquierda…, a la derecha… —indicaba el inglés—. ¡Alto ahí! Suba… Bien… Todas las letras están en relieve, ¿no?

—Sí.

—Ocupémonos de la H. ¿Gira hacia la derecha o hacia la izquierda?

Devanne puso la mano en la letra y exclamó:

—¡Pues sí, gira hacia la derecha, cuarenta y cinco grados! ¿Significa algo?

Herlock Sholmes, sin responder a aquella pregunta, prosiguió:

—¿Llega desde ahí a la letra R? Sí… Pruebe a moverla en sentido horizontal, como si fuera un cerrojo.

Devanne movió la letra R. Al oír un chasquido, se quedó estupefacto.

—Perfecto —dijo Herlock Sholmes—. Ya solo queda desplazar la escalera al otro extremo, al final del nombre Thibermesnil… Muy bien… Ahora, si no estoy equivocado, si las cosas salen como es debido, la letra L se abrirá como si fuera una pequeña ventana.

Devanne tiró de la letra L con cierta solemnidad. La letra se abrió, pero Devanne se cayó de la escalera, porque toda la parte de la librería situada entre la primera y la última letra del nombre giró sobre sí y puso al descubierto la entrada del subterráneo.

Herlock Sholmes preguntó sin perder la flema:

—¿Está usted herido?

—No, no —dijo Devanne levantándose—. No estoy herido, pero reconozco que sí desconcertado… Esas letras que se mueven… Ese subterráneo que se abre…

—¿Y qué? ¿No era eso lo que decía el texto de Sully?

—No entiendo nada, caballero.

—¡Por Júpiter! ¿Cómo se pronuncian en francés las letras H, R y L? ¿Cómo suenan? Como «hacha», «aire» y «ala» en francés. La hache gira, la erre tiembla, la ele se abre… Fue eso lo que permitió a Enrique IV recibir a la señorita de Tancarville a una hora tan insólita.

—Pero ¿y Luis XVI? —preguntó Devanne, más desconcertado que nunca.

—Luis XVI fue un gran herrero y un cerrajero hábil. Se le atribuye un *Tratado de cerraduras de combinación*, que he leído. En el caso de Thibermesnil, se trataba tanto de ser un buen cortesano como de enseñar a su señor esta obra maestra de la mecánica. El rey, para memorizar la clave, escribió: 2-612, es decir, las letras segunda, sexta y duodécima del nombre: la H, la R y la L.

—Dios mío, empiezo a comprender… Solo que… Bueno, ya sé cómo se sale de esta sala, pero no me explico cómo consiguió entrar Lupin. Él vino de fuera, no lo olvide.

Herlock Sholmes encendió la linterna y dio unos pasos en el interior del pasadizo.

—Mire, aquí se ve todo el mecanismo, muelles y ruedas como el engranaje de un reloj, y todas las letras están al revés. Lupin se limitó a moverlas desde este lado de la pared.

—¿Cómo se puede probar?

—¿Cómo se puede probar? Con esta mancha de aceite. Lupin había previsto incluso que las ruedas necesitarían ser engrasadas —explicó Herlock Sholmes, no sin admiración.

—¡Pero eso quiere decir que conoce la otra salida!

—Tanto como yo. Sígame.

—¿Por el túnel?

—¿Es que tiene miedo?

—No, pero ¿está usted seguro de que sabe adónde conduce?

—Con los ojos cerrados.

Descendieron doce peldaños, luego otros doce y, finalmente, otros dos tramos de doce. Seguidamente avanzaron por un largo pasadizo en cuyos muros de ladrillo se veían rastros de reformas y rezumaderos. El suelo estaba húmedo.

—Estamos debajo del estanque —observó Devanne con voz intranquila.

El pasadizo terminaba en una escalera de doce peldaños, tras los que había otros tres tramos de doce escalones que los dos hombres subieron con esfuerzo y por los que accedieron a una pequeña cueva cavada en la roca. El camino acababa allí.

—Diablos —murmuró Herlock Sholmes—, solo hay paredes desnudas. Esto se complica.

—¿Y si volvemos? —murmuró Devanne—. A fin de cuentas, yo no veo la necesidad de saber más. Ya me he enterado de todo.

Pero el inglés, que había levantado los ojos al techo, lanzó un suspiro de alivio: por encima de sus cabezas, había un mecanismo idéntico al del otro extremo del pasadizo. Bastaba con mover las tres letras. Osciló un bloque de granito. Era la cara interior de la lápida de la tumba del duque Rollon, en cuya superficie estaban esculpidas en relieve las doce letras de «Thibermesnil». Y salieron a la pequeña capilla en ruinas de la que había hablado el inglés.

—«Y se va hasta Dios», es decir, hasta la capilla —dijo, citando el final del texto.

—¿Cómo puede ser? —exclamó Devanne, aturdido por la clarividencia y vivacidad de Herlock Sholmes—. ¿Es posible que le haya bastado esa simple indicación?

—¡Bah! —exclamó el inglés—. Incluso estaba de más. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional, el trazado, como usted sabe, termina con un círculo a la izquierda; pero, a la derecha, como usted no sabe, finaliza con una cruz, pero tan borrosa que solo puede verse con una lupa. Esa cruz designa, evidentemente, la capilla en la que estamos.

El pobre Devanne no daba crédito a sus oídos.

—¡Es asombroso, milagroso y, sin embargo, de una sencillez infantil! ¿Cómo es que nadie ha descifrado este misterio?

—Porque nadie ha reunido nunca los tres o cuatro elementos necesarios, es decir, los dos libros y los textos… Nadie, excepto Arsène Lupin y yo.

—Pero yo también —objetó Devanne—, y el padre Gélis… Los dos sabíamos tanto como ustedes, y sin embargo…

Sholmes sonrió.

—Señor Devanne, no todo el mundo está capacitado para descifrar enigmas.

—Pero es que hace diez años que busco, y usted, en diez minutos…

—¡Bah! La costumbre…

Salieron de la capilla y el inglés exclamó:

—Mire, hay un automóvil esperando.

—¡Claro, es el mío!

—¿El suyo? Creía que su chófer no había vuelto.

—Es verdad… y me pregunto…

Se acercaron al vehículo y Devanne, dirigiéndose al chófer, dijo:

—Édouard, ¿quién le ha ordenado venir?

—El señor Velmont —respondió el chófer.

—¿El señor Velmont? ¿Lo ha visto usted?

—Cerca de la estación. Me dijo que viniera a la capilla.

—¡Que viniera a la capilla! Pero ¿para qué?

—Para recoger al señor… y al amigo del señor.

Devanne y Herlock Sholmes se miraron.

—Ha comprendido —dijo el primero— que el enigma sería un juego para usted. Es un bonito homenaje.

Una sonrisa de satisfacción estiró los delgados labios del detective. El homenaje le gustaba. Inclinando la cabeza, dijo:

—Es todo un señor. Me di cuenta nada más verlo.

—¿Lo ha visto usted?

—Nos cruzamos un momento.

—¿Y sabía usted que era Horace Velmont, quiero decir Arsène Lupin?

—No, pero no tardé en adivinarlo… Había cierta ironía por su parte.

—¿Y lo dejó escapar?

—Pues la verdad es que sí…, y eso que tenía la partida ganada: varios gendarmes pasaron por allí.

—¡Por todos los santos! Era una ocasión única, había que aprovecharla…

—Exactamente, señor —dijo el inglés con altivez—. Cuando el adversario es un hombre como Arsène Lupin, Herlock Sholmes no aprovecha ocasiones: las crea.

Pero el tiempo apremiaba y, dado que Lupin había tenido el detalle encantador de enviarles el automóvil, no era cuestión de rechazarlo. Devanne y Herlock Sholmes se instalaron en la parte posterior del cómodo vehículo. Édouard dio vueltas a la manivela y partieron. Desfilaron campos y arboledas. Ante ellos se extendieron las suaves ondulaciones de la región de Caux. De súbito, los ojos de Devanne fueron atraídos por un pequeño paquete depositado en el bolsillo interior de la portezuela.

—Caramba, ¿qué es esto? ¡Un paquete! Pero ¿a quién va dirigido? Vaya, parece que es para usted.

—¿Para mí?

—Aquí pone: «Sr. Herlock Sholmes, de parte de Arsène Lupin».

El inglés cogió el paquete, rompió el cordel y quitó el envoltorio. Era un reloj de bolsillo.

—¡Por todos los…! —exclamó con un gesto de cólera.

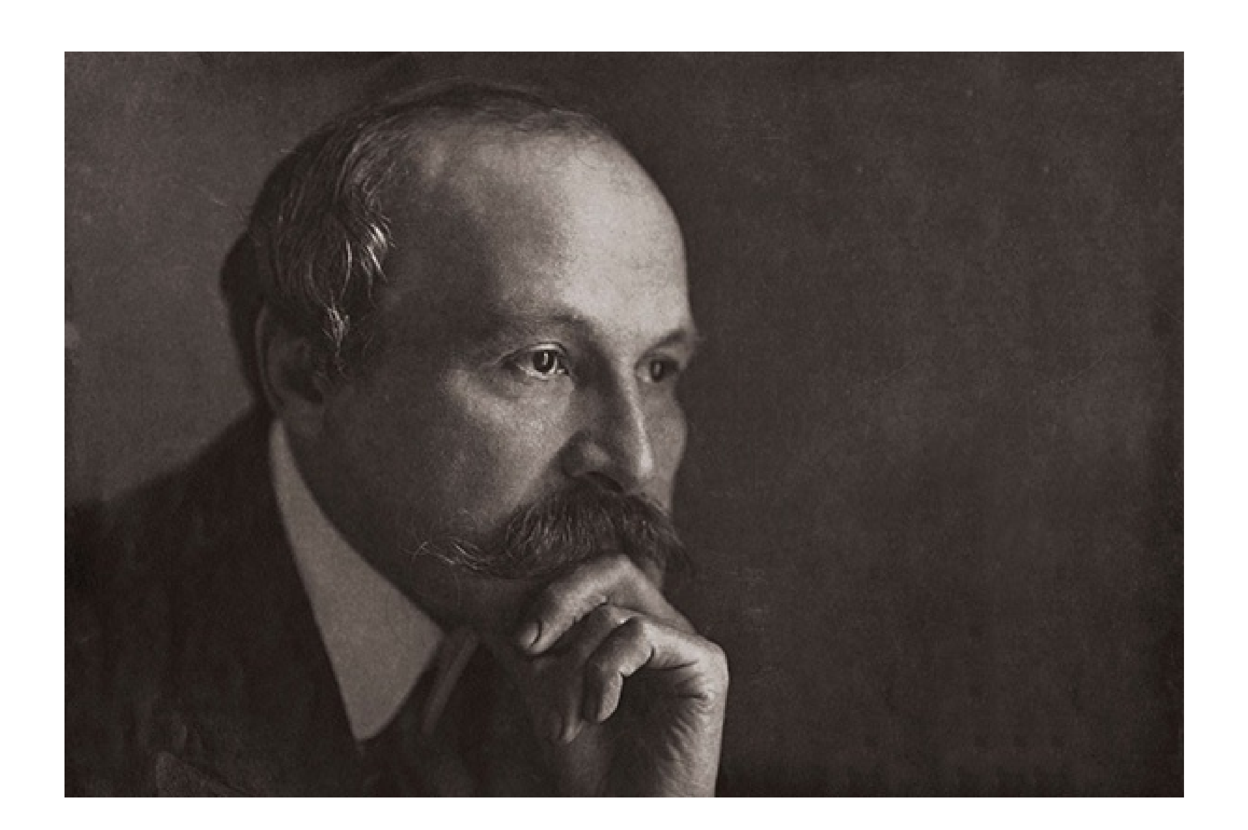
—Un reloj —dijo Devanne—. ¿No será por casualidad…? —El inglés no dijo nada—. ¡Pero si es el suyo! Arsène Lupin le devuelve el reloj. Pero si se lo devuelve, es que se lo quitó. ¡Le robó a usted el reloj! ¡Ja, esta sí que es buena! ¡Arsène Lupin le birla el reloj a Herlock Sholmes! ¡Dios mío, qué divertido! No, de verdad… discúlpeme… pero es más fuerte que yo.

Reía a mandíbula batiente, incapaz de contenerse. Y cuando hubo reído a gusto, afirmó con total convencimiento:

—En efecto, es todo un señor.

El inglés no dijo ni pío. Hasta Dieppe no pronunció palabra, con los ojos clavados en el fugitivo horizonte. Su silencio era terrible, impenetrable, más violento que la ira más feroz. En el muelle, ya sin cólera, pero con un tono que reflejaba toda la voluntad y la energía del personaje, dijo simplemente:

—Sí, es todo un señor, un señor en cuyo hombro me gustaría poner esta mano que le tiendo a usted, señor Devanne. ¿Sabe?, tengo la impresión de que Arsène Lupin y Herlock Sholmes volverán a encontrarse un día u otro… Sí, el mundo es demasiado pequeño para que no vuelvan a coincidir… Y ese día…



MAURICE LEBLANC. Nació en Ruan en 1864. Tras estudiar Derecho, antes de llegar a los treinta, decidió instalarse en París e iniciar su carrera literaria. Pese a publicar algunas novelas, su éxito no llegó hasta 1904, cuando el director de la revista *Je sais tout*, Pierre Lafitte, le encargó el relato que lo cambió todo: *El arresto de Arsène Lupin*. El que había sido concebido como personaje de una única aventura acabó siendo, por clamor popular y por petición del editor, el protagonista de veinte novelas. Nacía así uno de los mejores y más queridos héroes de la literatura policiaca.

ÍNDICE